

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LVII - Núms. 829-830
Julio-Agosto 2000

Edita: Fundación Ramon Orlandis
i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre

Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2º - Tel. 317 47 33
08002 BARCELONA
E-Mail: orlandis@eic.icnet.es

Imprime: E. Rondas, S.L.
Depósito Legal: B-15860-58

El secreto de Fátima

J.M.A.R.

EL SECRETO DE FÁTIMA

Presentación

Tarcisio Bertone, SDB

Primera y segunda parte del Secreto

Tercera parte del Secreto

Carta de Juan Pablo II a Sor Lucía

Coloquio con Sor Lucía de Jesús y del
Inmaculado Corazón

Comunicado de Su Eminencia
el Card. Angelo Sodano, secretario
de Estado de Su Santidad

Comentario teológico

Joseph Card. Ratzinger

«Con el mensaje de Fátima Dios Padre
quiso iluminar a la humanidad en sus
horas sombrías e inquietas»

Juan Pablo II

«Acojamos, amadísimos hermanos y
hermanas, la luz que viene de Fátima:
dejémonos guiar por María»

Juan Pablo II

Cronología del triunfo de la Iglesia por
medio de Nuestra Señora del Rosario:
de Lepanto a Fátima (1571-1917)

J.J.E.-S. del V.

La consagración del mundo
al Inmaculado Corazón de María

Adelio Torres Neira

Los acontecimientos de Rusia a la luz
del Mensaje de Fátima

Werenfried van Straaten

La presencia de Cristo en la Eucaristía

Ignacio M^a Azcoaga Bengoechea

La devoción a la Eucaristía en santa

Teresita del Niño Jesús

Mercedes Ganuza Canals

Mis deseos al pie del tabernáculo

Santa Teresita del Niño Jesús

El Padre Orlandis y su obra

Francisco Canals Vidal

EL SECRETO DE FÁTIMA

La noticia dada por el cardenal Sodano en Fátima después de la ceremonia de beatificación de los dos videntes Francisco y Jacinta dio origen a una renovada expectación sobre el contenido de la tercera parte del llamado secreto de Fátima.

Tuvieron que pasar más de 80 años para que las revelaciones de la Virgen en Cova de Iria dadas en la tercera aparición de los 13 de cada mes, concretamente el 13 de julio, fueran conocidas en su integridad. Recordemos brevemente la historia del secreto y la respuesta de la Iglesia al mensaje de Fátima.

El 13 de julio de 1917 Lucía y Jacinta tuvieron distintas visiones y mensajes de la Virgen con el mandato de guardar secreto; sólo lo podían comunicar a Francisco. El destinatario principal e inmediato del mensaje era Lucía y era una manifestación más, seguramente la más decisiva, de la misión profética que tendría Lucía con el fin de extender a toda la Iglesia la devoción al Corazón Inmaculado de María, como prenda de salvación y misericordia en estos tiempos de olvido y menosprecio del amor de Dios para con todos los hombres.

Las dos primeras partes del secreto fueron conocidas en el año 1941, después de que en 1929 Lucía recibiera la comunicación de la Virgen de que había llegado el momento en que el Papa, junto con toda la Iglesia, consagrara al mundo y de un modo especial a Rusia a su Corazón Inmaculado. Esta petición estaba íntimamente relacionada con una parte del secreto, especialmente con los acontecimientos y promesas que, como había manifestado la Virgen, se derivarían de la fidelidad al cumplimiento de su petición de Consagración del mundo y de Rusia. A partir de aquel momento Lucía procurará que se cumplan los deseos manifestados por la Virgen, después de insistentes peticiones de la vidente dirigidas al Santo Padre, primero a través del obispo de Leiria, luego a iniciativa de todos los obispos portugueses y, por último. Ella misma, y a fin de «abreviar los tiempos de tribulación», se dirige directamente al Santo Padre con la misma petición. Publicada ya esta parte del secreto, el papa Pío XII en un mensaje enviado a Fátima con motivo de la clausura de las celebraciones del 25 aniversario de las apariciones, consagra a toda la humanidad al Corazón Inmaculado de María y aunque no hace mención explícita de Rusia se refiere de un modo claro a aquellos pueblos que tienen especial necesidad y que con tanta y reconocida devoción veneran en sus casas el icono de la Virgen.

La consagración es explícitamente la respuesta de la Iglesia a las peticiones que la Virgen había hecho a través de Lucía. Podemos subrayar algunos aspectos característicos de esta consagración, que se repetirán en el futuro en todo aquello relacionado con Fátima. El Papa consagra no sólo a

los católicos, ni tan sólo a la Iglesia, sino a toda la humanidad, es decir, pueblos y naciones. Este gesto, como el mismo Santo Padre recuerda, tiene un precedente no muy alejado en el tiempo y de origen también parecido. El papa León XIII al inicio del siglo xx, y con motivo del año jubilar, en la encíclica *Annum Sacrum*, en respuesta de igual modo a la petición de una religiosa, sor María del Divino Corazón, transmisora de los deseos del Corazón de Jesús, anuncia la consagración de todo el genero humano al Sagrado Corazón de Jesús, consagración que es prenda y esperanza de conversión de todos los hombres y de que pronto llegue el momento en que de todos pueblos reconozcan a un solo Dios y Señor.

Pío XII en 1942 *«en esta hora trágica de la historia humana –consagra al Corazón Inmaculado de María– no sólo a la Santa Iglesia que pena y sangra en tantas partes y es por tantos modos atribulada, sino también a todo el mundo herido por tantas discordias, abrasado en incendios de odio, víctima de sus propias iniquidades... A los pueblos que por el error y la discordia, especialmente aquellos que os profesan singular devoción y en los que no había casa que no tuviese y venerase vuestra imagen (hoy tal vez escondida y reservada para mejores días)... En fin, como fueron consagrados al Corazón de vuestro Jesús, la Iglesia y todo el genero humano, para que puestos en Él todas nuestras esperanza, les fuese signo y prenda de victoria y salvación, del mismo modo os son perpetuamente consagrados también a Vos y a vuestro Corazón Inmaculado, oh Madre Nuestra, Reina del mundo: para que por vuestro patrocinio se apresure el triunfo del Reino de Dios y todas las generaciones humanas pacificadas entre sí y con Dios, os proclamen bienaventurada y entonen con Vos, de un polo a otro de la tierra, un eterno Magnificat de gloria, amor y reconocimiento al Corazón de Jesús, donde se pueden encontrar la Verdad, la Vida y la Paz».*

Ya es conocida la admirable historia de las repetidas consagraciones; por ocho veces, cuatro en tiempo de Pío XII y cuatro por parte de Juan Pablo II, se va a realizar la consagración de forma solemne y publica. Después de cada una de las siete primeras consagraciones Lucía manifiesta que no se cumple totalmente lo pedido por la Virgen; era necesario que toda la Iglesia consagrara el mundo y Rusia al Corazón Inmaculado. No será hasta 1989, después de la consagración realizada por el Papa Juan Pablo II, junto con todos los obispos, el 25 de marzo de aquel año, cuando, finalmente, sor Lucía manifieste que se había ya cumplido lo pedido por la Virgen.

La respuesta en los acontecimientos ratificaba la realización de aquella petición. En aquel mismo año caía el muro de Berlín, símbolo del poder comunista en una parte de Europa, y se iniciaba el proceso de desintegración del sistema comunista en la URSS, que culminaría el 8 de diciembre de 1991, fecha en que dejaba de existir oficialmente la URSS; el poder político que durante el siglo xx se significó por realizar directamente, o apoyar en otros

lugares mediante los partidos comunistas de su propio país, la persecución más sangrante que los cristianos han sufrido a lo largo de toda su historia, con mayor número de víctimas, con el propósito explícito de borrar de la memoria, de la conciencia y de la vida publica todo rastro de la fe en Dios; poder político, inspirado en una ideología –el marxismo– que había asumido como uno de sus objetivos principales difundir el ateísmo, teórico y practico, en los pueblos donde se instaurase y que debido a las alianzas y consecuencias de las dos guerras mundiales había triunfado en Rusia, convirtiendo aquellos pueblos de gloriosa tradición cristiana en una de las grandes potencias mundiales, exportadora de revolución atea y amenaza permanente de la paz mundial.

Todos estos acontecimientos, de los que se hacia referencia en el mensaje de Fátima, tenían una evolución totalmente inesperada, es decir, providencial, como consecuencia de la consagración del 25 de marzo de 1989. Rusia aún no se ha convertido, tal como había prometido la Virgen, pero podemos confiar fundadamente que la humillación del poder perseguidor y la posibilidad de que de nuevo se predique y difunda la fe cristiana en el pueblo ruso son un signo y anuncio que llegará pronto el día del cumplimiento de las promesas de la Virgen.

Volviendo al tema de la historia del secreto de Fátima, tenemos que hacer ahora referencia a la tercera parte del secreto, que no fue puesta por escrito por Lucía hasta 1944 a petición del obispo de Leiria, ante el temor de que, debido a la falta de salud de la vidente, pudiera a morir sin que la Iglesia hubiera podido tener conocimiento de él. Después de escribirlo, según ha manifestado actualmente, siguiendo su propio criterio, pone como condición, al entregarlo en un sobre lacrado al obispo de Leiria, que no sea dado a conocer hasta el año 1960. Poco antes del cumplimiento de dicho plazo fue entregado a Juan XXIII y, una vez leído, decidió que continuase en secreto. Lo mismo ocurrió años mas tarde en el pontificado de Pablo VI.

El atentado que sufrió Juan Pablo II en la significativa fecha del 13 de mayo de 1981; la realización, según Lucía, de lo pedido por la Virgen, los acontecimientos inesperados que dieron lugar a la caída del comunismo y la beatificación de los videntes Francisco y Jacinta son hechos que preparan la decisión de Juan Pablo II de dar a conocer esta tercera parte del secreto de Fátima. Así era anunciado el 13 de mayo de este año en Fátima por el cardenal Sodano, en presencia de Juan Pablo II, después de la ceremonia de beatificación de los pastorcillos Francisco y Jacinta. Al mismo tiempo, se comunicaba que se daría a conocer junto con un oportuno comentario de la Congregación para la Doctrina de la Fe. El 26 de junio se podía leer por Internet en la página del Vaticano el mensaje, junto a una amplia documentación preparada por dicha Congregación.

(sigue en página 4)



La respuesta de los medios de comunicación que se mueven por el puro sensacionalismo fue de decepción y en muchos de crítica y ridiculización del contenido del mensaje. Nos parece que, como en tantos otros casos, los católicos no hemos sido inmunes a la influencia de estos comentarios. Como era de esperar, una vez satisfecha la curiosidad, el silencio hace pronto olvidar la trascendencia y el carácter providencial del mensaje ahora conocido. En personas bien intencionadas hemos podido comprobar también cierta perplejidad ante el mensaje; se han suscitado numerosas cuestiones en torno a la publicación y a su contenido. ¿Era necesario tanto tiempo en secreto, dado el contenido del mensaje? ¿Se ha publicado en su integridad el mensaje? ¿Ha acontecido todo lo profetizado por el mensaje? ¿Sólo se refiere a hechos del pasado? Creemos que en gran parte estas preguntas y otras semejantes pueden responderse leyendo atentamente el mensaje, con la actitud que nos recomienda el apóstol san Juan en el Apocalipsis: «Dichoso el que lea y dichosos los que escuchen las palabras de esta profecía y guarden lo escrito en ella, porque el Tiempo está cerca». Recordando también las palabras con que se cierra el Apocalipsis, que nos ponen en guardia para que no añadamos ni quitemos nada de lo escrito en este libro.

Como dice la nota de presentación de la Congregación para la Doctrina de la fe, «Fátima es sin duda la más profética de las apariciones modernas», y este mensaje nos tiene que ayudar discernir sobre la realidad de «los dramáticos y crueles acontecimientos del siglo xx, uno de los más cruciales de la historia del hombre» e interpretarlos «según una dimensión espiritual a que la mentalidad actual, frecuentemente impregnada de racionalismo, es refractaria».

Siguiendo también alguna de las indicaciones de la nota firmada por el cardenal Ratzinger, presentada como un intento de interpretación del contenido del mensaje y a modo solamente de sugerencias, nos parece posible subrayar los siguientes puntos. En el mensaje ahora conocido se reitera el anuncio de la intervención maternal de la Virgen María en los acontecimientos presentes, intervención que de no darse el mundo se vería sumido en un gran castigo de destrucción sin precedentes. Por tanto, es una llamada a la conversión, a la penitencia y a la confianza en la intercesión maternal de la Virgen que quiere mostrar a un mundo alejado de Dios que los hombres son el objeto de la misericordia divina, misericordia que siempre pasa por las en-

trañas maternas de la Virgen María. En segundo lugar, también esta parte del mensaje repite algo ya conocido: estamos en la época de la gran persecución, «el siglo de los mártires», como afirma el cardenal Ratzinger, tantos hechos durante el siglo xx así lo atestiguan; persecución tan universal que no solamente alcanza hasta la misma persona del Santo Padre, sino que da lugar a la destrucción de aquello que ha sido y es el objeto de trabajos, ilusiones y desvelos del hombre moderno: la gran ciudad que, como afirma la nota explicativa, inspirándose sin duda en el pensamiento agustiniano, «puede ser el lugar de comunión y de progreso, pero también el lugar de peligro y de la amenaza más extensa». Podríamos también recordar aquello que nos dice el Apocalipsis sobre la gran ciudad de la que se anuncia su destrucción: «sobre la que llorarán los reyes de la tierra, los que con ella fornicaron y se dieron al lujo cuando veían la humareda de sus llamas. Se quedarán a distancia horrorizados ante su suplicio y dirán: ¡Ay, ay, la Gran Ciudad; ¡Babilonia, ciudad poderosa; que en una hora ha llegado tu juicio». Siguen todos las lamentaciones de aquellos que se beneficiaron de la riqueza de la gran ciudad y termina este capítulo con palabras de consuelo y de esperanza muy semejante a las que encontramos en el actual mensaje de Fátima: «Alégrate por ella —la destrucción de Babilonia— cielos, vosotros los santos y los profetas, porque al condenarla a ella Dios ha juzgado sobre nuestra causa... Porque en ella fue hallada la sangre de los profetas y de los santos y de todos los degollados sobre la tierra».

El mensaje termina con palabras de esperanza. La Iglesia de nuestros tiempos se acerca a Dios vivificada por la sangre derramada por los mártires y de este modo el mensaje de la Virgen muestra los planes de misericordia de nuestro Dios que no sólo da la sangre de su Hijo encarnado para la salvación del mundo, sino que, además, quiere asociar a los hombres que también dan su sangre por amor a Dios, al sacrificio redentor de Cristo para la salvación de toda la humanidad. Sólo nos queda, recordando las palabras de Pío XII en la consagración al Inmaculado Corazón de María —«para que se apresure el triunfo del Reino de Dios»— y las de sor Lucía —para que se «abrevien los días de tribulación»—, repetir confiadamente las palabras que cada recitamos después de la consagración: «Ven Señor, Jesús».

J.M.A.R.

Razón de este número

Publicamos a continuación (págs. 5 a 25) la versión castellana completa del documento sobre el secreto de Fátima emanado de la Congregación para la Doctrina de la fe a través de Internet, incluida la reproduc-

ción facsímil de los manuscritos de Sor Lucía con el texto de los tres secretos. Publicamos también la transcripción de estos manuscritos, tomada de la versión portuguesa del citado documento.

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE

EL MENSAJE DE FÁTIMA

PRESENTACIÓN

En el tránsito del segundo al tercer milenio, Juan Pablo II ha decidido hacer público el texto de la tercera parte del «secreto de Fátima».

Tras los dramáticos y crueles acontecimientos del siglo xx, uno de los más cruciales en la historia del hombre, culminado con el cruento atentado al «dulce Cristo en la Tierra», se abre así un velo sobre una realidad, que hace historia y la interpreta en profundidad, según una dimensión espiritual a la que la mentalidad actual, frecuentemente impregnada de racionalismo, es refractaria.

Apariciones y signos sobrenaturales salpican la historia, entran en el vivo de los acontecimientos humanos y acompañan el camino del mundo, sorprendiendo a creyentes y no creyentes. Estas manifestaciones, que no pueden contradecir el contenido de la fe, deben confluír hacia el objeto central del anuncio de Cristo: el amor del Padre que suscita en los hombres la conversión y da la gracia para abandonarse a Él con devoción filial. Éste es también el mensaje de Fátima que, con un angustioso llamamiento a la conversión y a la penitencia, impulsa en realidad hacia el corazón del Evangelio.

Fátima es sin duda la más profética de las apariciones modernas. La primera y la segunda parte del «secreto» —que se publican por este orden por integridad de la documentación— se refieren sobre todo a la aterradora visión del infierno, la devoción al Corazón Inmaculado de María, la segunda guerra mundial y la previsión de los daños ingentes que Rusia, en su defección de la fe cristiana y en la adhesión al totalitarismo comunista, provocaría a la humanidad.

Nadie en 1917 podía haber imaginado todo esto: los tres *pastorinhos* de Fátima ven, escuchan, memorizan, y Lucía, la testigo que ha sobrevivido, lo pone por escrito en el momento en que recibe la orden del Obispo de Leiria y el permiso de Nuestra Señora.

Por lo que se refiere a la descripción de las dos primeras partes del «secreto», por lo demás ya publicado y por tanto conocido, se ha elegido el texto escrito por Sor Lucía en la tercera memoria del 31 de agosto de 1941; después añade alguna anotación en la cuarta memoria del 8 de diciembre de 1941.

La tercera parte del «secreto» fue escrita «por orden de Su Excelencia el Obispo de Leiria y de la Santísima Madre...» el 3 de enero de 1944.

Existe un único manuscrito, que aquí se reproduce en facsímil. El sobre lacrado estuvo guardado primero por el

Obispo de Leiria. Para tutelar mejor el «secreto», el 4 de abril de 1957 el sobre fue entregado al Archivo Secreto del Santo Oficio. Sor Lucía fue informada de ello por el Obispo de Leiria.

Según los apuntes del Archivo, el 17 de agosto de 1959, el Comisario del Santo Oficio, Padre Pierre Paul Philippe, O.P., de acuerdo con el Emmo. Card. Alfredo Ottaviani, llevó el sobre que contenía la tercera parte del «secreto de Fátima» a Juan XXIII. Su Santidad, «después de algunos titubeos», dijo: «Esperemos. Rezaré. Le haré saber lo que decida».¹

En realidad, el Papa Juan XXIII decidió devolver el sobre lacrado al Santo Oficio y no revelar la tercera parte del «secreto».

Pablo VI leyó el contenido con el Sustituto, S. E. Mons. Angelo Dell'Acqua, el 27 de marzo de 1965 y devolvió el sobre al Archivo del Santo Oficio, con la decisión de no publicar el texto.

Juan Pablo II, por su parte, pidió el sobre con la tercera parte del «secreto» después del atentado del 13 de mayo de 1981. S. E. Card. Franjo Seper, Prefecto de la Congregación, entregó el 18 de julio de 1981 a S. E. Mons. Martínez Somalo, Sustituto de la Secretaría de Estado, dos sobres: uno blanco, con el texto original de Sor Lucía en portugués, y otro de color naranja con la traducción del «secreto» en italiano. El 11 de agosto siguiente, Mons. Martínez devolvió los dos sobres al Archivo del Santo Oficio.²

Como es sabido, el Papa Juan Pablo II pensó inmediatamente en la consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María y compuso él mismo una oración para lo que definió «Acto de consagración», que se celebraría en la Basílica de Santa María la Mayor el 7 de junio de 1981, solemnidad de Pentecostés, día elegido para recordar el 1600º aniversario del primer Concilio Constantinopolitano

1. Del diario de Juan XXIII, 17 agosto 1959: «Audiencias: P. Philippe, Comisario del S.O., que me trae la carta que contiene la tercera parte de los secretos de Fátima. Me reservo leerla con mi Confesor». [Añadido de la redacción de *CRISTIANDAD*: El documento original incluye, como parte de esta nota 1, la reproducción facsímil del texto manuscrito de Juan XXIII.]

2. Se puede recordar el comentario que hizo el Santo Padre en la Audiencia General del 14 de octubre de 1981 sobre «evento del 13 de mayo»: «la gran prueba divina», en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, IV, 2, Città del Vaticano 1981, 409-412.

y el 1550º aniversario del Concilio de Éfeso. Estando ausente el Papa por fuerza mayor, se transmitió su alocución grabada. Citamos el texto que se refiere exactamente al *acto de consagración*:

«*Madre de los hombres y de los pueblos*, Tú conoces todos sus sufrimientos y sus esperanzas, Tú sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que sacuden al mundo, acoge nuestro grito dirigido en el Espíritu Santo directamente a tu Corazón y abraza con el amor de la Madre y de la Esclava del Señor a los que más esperan este abrazo, y, al mismo tiempo, a aquellos cuya entrega Tú esperas de modo especial. Toma bajo tu protección materna a toda la familia humana a la que, con todo afecto a ti, Madre, confiamos. Que se acerque para todos el tiempo de la paz y de la libertad, el tiempo de la verdad, de la justicia y de la esperanza».³

Pero el Santo Padre, para responder más plenamente a las peticiones de «Nuestra Señora», quiso explicitar durante el Año Santo de la Redención el acto de consagración del 7 de junio de 1981, repetido en Fátima el 13 de mayo de 1982. Al recordar el *fiat* pronunciado por María en el momento de la Anunciación, en la plaza de San Pedro el 25 de marzo de 1984, en unión espiritual con todos los Obispos del mundo, precedentemente «convocados», el Papa consagra a todos los hombres y pueblos al Corazón Inmaculado de María, en un tono que evoca las angustiadas palabras pronunciadas en 1981:

«Y por eso, *oh Madre de los hombres y de los pueblos*, Tú que conoces todos sus sufrimientos y esperanzas, tú que sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que invaden el mundo contemporáneo, acoge nuestro grito que, movidos por el Espíritu Santo, elevamos directamente a tu corazón: abraza con amor de Madre y de Sierva del Señor a este mundo humano nuestro, que te confiamos y consagramos, llenos de inquietud por la suerte terrena y eterna de los hombres y de los pueblos.

De modo especial confiamos y consagramos a aquellos hombres y aquellas naciones, que tienen necesidad particular de esta entrega y de esta consagración.

¡“Nos acogemos a tu protección, Santa Madre de Dios”!

¡*No deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades!*».

3. Radiomensaje durante el Rito en la Basílica de Santa María la Mayor. Veneración, acción de gracias, consagración a la Virgen María Theotokos, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, IV, 1, Città del Vaticano 1981, 1246.

Acto seguido, el Papa continúa con mayor fuerza y con referencias más concretas, comentando casi el triste cumplimiento del Mensaje de Fátima:

«He aquí que, encontrándonos hoy ante ti, Madre de Cristo, ante tu Corazón Inmaculado, deseamos, junto con toda la Iglesia, unirnos a la consagración que, por amor nuestro, tu Hijo hizo de sí mismo al Padre cuando dijo: “Yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad” (Jn 17, 19). Queremos unirnos a nuestro Redentor en esta consagración por el mundo y por los hombres, la cual, en su Corazón divino tiene el poder de conseguir el perdón y de procurar la reparación.

El poder de esta consagración dura por siempre, abarca a todos los hombres, pueblos y naciones, y supera todo el mal que el espíritu de las tinieblas es capaz de sembrar en el corazón del hombre y en su historia; y que, de hecho, ha sembrado en nuestro tiempo.

¡Oh, cuán profundamente sentimos la necesidad de consagración para la humanidad y para el mundo: para nuestro mundo contemporáneo, en unión con Cristo mismo! En efecto, la obra redentora de Cristo debe ser participada por el mundo a través de la Iglesia.

Lo manifiesta el presente Año de la Redención, el Jubileo extraordinario de toda la Iglesia.

En este Año Santo, bendita seas por encima de todas las creaturas, tú, Sierva del Señor, que de la manera más plena obedeciste a la llamada divina.

Te saludamos a ti, que estás totalmente unida a la consagración redentora de tu Hijo.

Madre de la Iglesia: ilumina al Pueblo de Dios en los caminos de la fe, de la esperanza y de la caridad. Ilumina especialmente a los pueblos de los que tú esperas nuestra consagración y nuestro ofrecimiento. Ayúdanos a vivir en la verdad de la consagración de Cristo por toda la familia humana del mundo actual:

Al encomendarte, oh Madre, el mundo, todos los hombres y pueblos, te confiamos también la misma consagración del mundo, poniéndola en tu corazón maternal.

¡Corazón Inmaculado! Ayúdanos a vencer la amenaza del mal, que tan fácilmente se arraiga en los corazones de los hombres de hoy y que con sus efectos incommensurables pesa ya sobre la vida presente y da la impresión de cerrar el camino hacia el futuro.

¡Del hambre y de la guerra, libranos!

¡De la guerra nuclear, de una autodestrucción incalculable y de todo tipo de guerra, libranos!

¡De los pecados contra la vida del hombre desde su primer instante, libranos!

¡Del odio y del envilecimiento de la dignidad de los hijos de Dios, *libranos!*

¡De toda clase de injusticias en la vida social, nacional e internacional, *libranos!*

¡De la facilidad de pisotear los mandamientos de Dios, *libranos!*

¡De la tentativa de ofuscar en los corazones humanos la verdad misma de Dios, *libranos!*

¡Del extravío de la conciencia del bien y del mal, *libranos!*

¡De los pecados contra el Espíritu Santo, *libranos!*,
¡libranos!

Acoge, oh Madre de Cristo, este grito *lleno de sufrimiento* de todos los hombres.

Lleno del sufrimiento de sociedades enteras.

Ayúdanos con el poder del Espíritu Santo a vencer todo pecado, el pecado del hombre y el «pecado del mundo», el pecado en todas sus manifestaciones.

Aparezca, una vez más, en la historia del mundo el infinito poder salvador de la Redención: poder del Amor misericordioso. Que éste detenga el mal. Que transforme las conciencias. Que en tu Corazón Inmaculado se abra a todos la *luz de la Esperanza*.⁴

Sor Lucía confirmó personalmente que este acto solemne y universal de consagración correspondía a los deseos de Nuestra Señora («*Sim, està feita, tal como Nossa Senhora a pediu, desde o dia 25 de Março de 1984*»: «Sí, desde el 25 de marzo de 1984, ha sido hecha tal como Nuestra Señora había pedido»: carta del 8 de noviembre de 1989). Por tanto, toda discusión, así como cualquier otra petición ulterior, carecen de fundamento.

En la documentación que se ofrece, a los manuscritos de Sor Lucía se añaden otros cuatro textos: 1) la carta del Santo Padre a Sor Lucía, del 19 de abril del 2000; 2) una descripción del coloquio tenido con Sor Lucía el 27 de abril del 2000; 3) la comunicación leída por encargo del Santo Padre en Fátima el 13 de mayo actual por el Cardenal Angelo Sodano, Secretario de Estado; 4) el comentario teológico de Su Eminencia el Card. Joseph Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Una indicación para la interpretación de la tercera parte del «secreto» la había ya insinuado Sor Lucía en una carta al Santo Padre del 12 de mayo de 1982. En ella se dice:

«*La tercera parte del secreto se refiere a las palabras de Nuestra Señora: "Si no [Rusia] diseminará sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre sufrirá mucho, varias naciones serán destruidas" (13-VII-1917).*

La tercera parte es una revelación simbólica, que se refiere a esta parte del Mensaje, condicionado al hecho de que aceptemos o no lo que el mismo Mensaje pide: "si aceptaren mis peticiones, la Rusia se convertirá y tendrán paz; si no, diseminará sus errores por el mundo, etc."

Desde el momento en que no hemos tenido en cuenta este llamamiento del Mensaje, constatamos que se ha cumplido, Rusia ha invadido el mundo con sus errores. Y, aunque no constatamos aún la consumación completa del final de esta profecía, vemos que nos encaminamos poco a poco hacia ella a grandes pasos. Si no renunciamos al camino del pecado, del odio, de la venganza, de la injusticia violando los derechos de la persona humana, de inmoralidad y de violencia, etc.

*Y no digamos que de este modo es Dios que nos castiga; al contrario, son los hombres que por sí mismos se preparan el castigo. Dios nos advierte con premura y nos llama al buen camino, respetando la libertad que nos ha dado; por eso los hombres son responsables».*⁵

La decisión del Santo Padre Juan Pablo II de hacer pública la tercera parte del «secreto» de Fátima cierra una página de historia, marcada por la trágica voluntad humana de poder y de iniquidad, pero impregnada del amor misericordioso de Dios y de la atenta premura de la Madre de Jesús y de la Iglesia.

La acción de Dios, Señor de la Historia, y la corresponsabilidad del hombre en su dramática y fecunda libertad, son los dos goznes sobre los que se construye la historia de la humanidad.

La Virgen que se apareció en Fátima nos llama la atención sobre estos dos valores olvidados, sobre este porvenir del hombre en Dios, del que somos parte activa y responsable.

TARCISIO BERTONE, SDB
Arzobispo emérito de Vercelli
Secretario de la Congregación
para la Doctrina de la Fe

4. En la Jornada Jubilar de las Familias, el Papa consagra a los hombres y las naciones a la Virgen, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, VII, 1, Città del Vaticano 1984, 775-777.

5. [Añadido de la redacción de CRISTIANDAD: La nota 5 del documento es la reproducción facsímil de la carta manuscrita de Sor Lucía al Papa, que reproducimos en la página 35.]

[*Transcripción del original portugués*]⁶

Terei para isso que falar algo do segredo e responder ao primeiro ponto de interrogação.

O que é o segredo?

Parece-me que o posso dizer, pois que do Céu tenho já a licença. Os representantes de Deus na terra, têm-me autorizado a isso várias vezes, e em várias cartas, uma das quais, julgo que conserva V. Ex.cia Rev.ma do Senhor Padre José Bernardo Gonçalves, na em que me manda escrever ao Santo Padre. Um dos pontos que me indica é a revelação do segredo. Algo disse, mas para não alongar mais esse escrito que devia ser breve, limitei-me ao indispensável, deixando a Deus a oportunidade d'um momento mais favorável.

Expus já no segundo escrito a dúvida que de 13 de Junho a 13 de Julho me atormentou e que n'essa aparição tudo se desvaneceu.

Bem o segredo consta de três coisas distintas, duas das quais vou revelar.

A primeira foi pois a vista do inferno!

Nossa Senhora mostrou-nos um grande mar de fôgo que parecia estar debaixo da terra. Mergulhados em êsse fôgo os demónios e as almas, como se fossem brasas transparentes e negras, ou bronzidas com forma humana, que flutuavam no incêndio levadas pelas chamas que d'elas mesmas saíam, juntamente com nuvens de fumo, caindo para todos os lados, semelhante ao cair das faulhas em os grandes incêndios sem peso nem equilíbrio, entre gritos e gemidos de dôr e desespero que horrorizava e fazia estremecer de pavor. Os

demónios distinguiam-se por formas horríveis e ascrosas de animais espantosos e desconhecidos, mas transparentes e negros. Esta vista foi um momento, e graças à nossa bôa Mãe do Céu; que antes nos tinha prevenido com a promessa de nos levar para o Céu (na primeira aparição) se assim não fosse, creio que teríamos morrido de susto e pavor.

Em seguida, levantámos os olhos para Nossa Senhora que nos disse com bondade e tristeza:

—Vistes o inferno, para onde vão as almas dos pobres pecadores, para as salvar, Deus quer estabelecer no mundo a devoção a meu Imaculado Coração. Se fizerem o que eu disser salvar-se-ão muitas almas e terão paz. A guerra vai acabar, mas se não deixarem de ofender a Deus, no reinado de Pio XI começará outra peor. Quando virdes uma noite, alumada por uma luz desconhecida, sabei que é o grande sinal que Deus vos dá de que vai a punir o mundo de seus crimes, por meio da guerra, da fome e de perseguições à Igreja e ao Santo Padre. Para a impedir virei pedir a consagração da Rússia a meu Imaculado Coração e a comunhão reparadora nos primeiros sábados. Se atenderem a meus pedidos, a Rússia se converterá e terão paz, se não, espalhará seus erros pelo mundo, promovendo guerras e perseguições à Igreja, os bons serão martirizados, o Santo Padre terá muito que sofrer, várias nações serão aniquiladas, por fim o meu Imaculado Coração triunfará. O Santo Padre consagrar-me-á a Rússia, que se converterá, e será consedido ao mundo algum tempo de paz.⁷

6. En la «cuarta memoria», del 8 de diciembre de 1941, Sor Lucía escribe:

«Comienzo, pues, mi nuevo trabajo y cumpliré las órdenes de V. E. Rvma. y los deseos del sr. Dr. Galamba. Exceptuando la parte del secreto que, por ahora, no me es permitido revelar,

diré todo. Advertidamente no dejaré nada. Supongo que se me podrán quedar en el tintero sólo unos pocos detalles de mínima importancia».

7. En la citada «cuarta memoria», Sor Lucía añade: «En Portugal se conservará siempre el dogma de la fe, etc...».

[Traducción al castellano]⁶

Tendré que hablar algo del secreto, y responder al primer punto interrogativo.

¿Qué es el secreto?

Me parece que lo puedo decir, pues ya tengo licencia del Cielo. Los representantes de Dios en la tierra me han autorizado a ello varias veces y en varias cartas; juzgo que V. Excia. Rvma. conserva una de ellas, del R. P. José Bernardo Gonçalves, aquella en que me manda escribir al Santo Padre. Uno de los puntos que me indica es la revelación del secreto. Sí, ya dije algo; pero, para no alargar más ese escrito que debía ser breve, me limité a lo indispensable, dejando a Dios la oportunidad de un momento más favorable.

Pues bien; ya expuse en el segundo escrito, la duda que, desde el 13 de junio al 13 de julio, me atormentó; y cómo en esta aparición todo se desvaneció.

Ahora bien, el secreto consta de tres partes distintas, de las cuales voy a revelar dos. La primera fue, pues, la visión del infierno.

Nuestra Señora nos mostró un gran mar de fuego que parecía estar debajo de la tierra. Sumergidos en ese fuego, los demonios y las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana que fluctuaban en el incendio, llevadas por las llamas que de ellas mismas salían, juntamente con nubes de humo que caían hacia todos los lados, parecidas al caer de las pavesas en los grandes incendios, sin equilibrio ni peso, entre gritos de dolor y gemidos de desesperación que horrorizaba y hacía estremecer de pavor. Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes y negros.

Esta visión fue durante un momento, y ¡gracias a nuestra Buena Madre del Cielo, que antes nos había prevenido con la promesa de llevarnos al Cielo! (en la primera aparición). De no haber sido así, creo que hubiésemos muerto de susto y pavor.

Inmediatamente levantamos los ojos hacia Nuestra Señora que nos dijo con bondad y tristeza:

— Visteis el infierno a donde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si se hace lo que os voy a decir, se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra pronto terminará. Pero si no dejaren de ofender a Dios, en el pontificado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes, por medio de la guerra, del hambre y de las persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre. Para impedirla, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora de los Primeros Sábados. Si se atienden mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados y el Santo Padre tendrá mucho que sufrir; varias naciones serán aniquiladas. Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará a Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz.⁷

um pouco mais alto um
estrujo como uma explosão de
fogo em a mão esquerda, as
ecrituras, desprendia chamas que
parecia iam incendiar o
mundo; mas apagam-se
com o contacto do bilho que
da mão direita impedia
seu encontro: o
estrujo apontando com a mão
direita para a terra, com voz
forte disse: Penitência, Penitên-
cia, Penitência! E vimos
N'uma luz enorme que é
Deus: "algo semelhante a como
se vesse as fumaças d'um espelho

quando lhe passaram por diante”
um Bispo vestido de Branco
“tiveram o presentimento de
que era o Santo Padre”. Varios
outros Bispos, sacerdotes, relogia-
ros e relogieras subiu uma
escabroa Montanha, no simo-
da qual estava uma grande
cruz de troncos torcos como se
fira de solteiro como a eccia;
o Santo Padre, antes de chegar
ai, atravessou uma grande
cidade cheia em ruinas e mais
travado com andar vacillante,
acabunhado de dor e pena,
ia orando pelas almas do cado

vezes que encontrava pelo
 caminho; chegou ao sumo do
 Monte, prostrado de juelhos
 ao pé da grande Cruz, foi morto
 por um grupo de soldados que
 lhe dispararam varios tiros e
 estes, e outros muitos foram
 morrendo nos três outros os
 Bispos sacerdotes, religiosos e
 religiosas e varias pessoas secula-
 res, cavalheiros e mulheres de varios
 estões e posições sob os dois bra-
 ços da Cruz estavam dois crucifios
 cada um com um regador
 de cristal em a mão, n'elles reco-
 lham o sangue dos Martires e com
 elle regavam as almas que se aproxi-
 mavam de Deus. July-3-7-1949

[Transcripción del original portugués]⁸

«J.M.J.

A terceira parte do segredo revelado a 13 de Julho de 1917 na Cova da Iria-Fátima.

Escrevo em acto de obediência a Vós Deus meu, que mo mandais por meio de sua Ex.cia Rev.ma o Senhor Bispo de Leiria e da Vossa e minha Santíssima Mãe.

Depois das duas partes que já expus, vimos ao lado esquerdo de Nossa Senhora um pouco mais alto um Anjo com uma espada de fogo em a mão esquerda; ao centilar, despedia chamas que parecia iam encendiar o mundo; mas apagavam-se com o contacto do brilho que da mão direita expedia Nossa Senhora ao seu encontro: O Anjo apontando com a mão direita para a terra, com voz forte disse: Penitência, Penitência, Penitência! E vimos n'uma luz emensa que é Deus: «algo semelhante a como se vêem as pessoas n'um espelho quando lhe passam por diante» um Bispo vestido de Branco «tivemos o

presentimento de que era o Santo Padre». Varios outros Bispos, Sacerdotes, religiosos e religiosas subir uma escabrosa montanha, no cimo da qual estava uma grande Cruz de troncos toscos como se fôra de sobreiro com a casca; o Santo Padre, antes de chegar aí, atravessou uma grande cidade meia em ruínas, e meio trémulo com andar vacilante, acabrunhado de dôr e pena, ia orando pelas almas dos cadáveres que encontrava pelo caminho; chegado ao cimo do monte, prostrado de juelhos aos pés da grande Cruz foi morto por um grupo de soldados que lhe dispararam varios tiros e setas, e assim mesmo foram morrendo uns trás outros os Bispos Sacerdotes, religiosos e religiosas e varias pessoas seculares, cavalheiros e senhoras de varias classes e posições. Sob os dois braços da Cruz estavam dois Anjos cada um com um regador de cristal em a mão, n'êles recolhiam o sangue dos Martires e com êle regavam as almas que se aproximavam de Deus.

Tuy-3-1-1944».

8. En la traducción se ha respetado el texto original incluso en las imprecisiones de puntuación que, por otra parte, no impiden la comprensión de lo que la vidente ha querido decir.

*[Traducción al castellano]*⁸

«J.M.J.

Tercera parte del secreto revelado el 13 de julio de 1917 en la Cueva de Iria-Fátima.

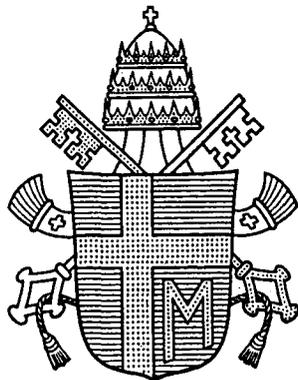
Escribo en obediencia a Vos, Dios mío, que lo ordenáis por medio de Su Excelencia Reverendísima el Señor Obispo de Leiria y de la Santísima Madre vuestra y mía.

Después de las dos partes que ya he expuesto, hemos visto al lado izquierdo de Nuestra Señora un poco más en lo alto a un Ángel con una espada de fuego en la mano izquierda; centelleando emitía llamas que parecía iban a incendiar el mundo; pero se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida hacia él; el Ángel, señalando la tierra con su mano derecha, dijo con fuerte voz: ¡Penitencia, Penitencia, Penitencia! Y vimos en una inmensa luz que es Dios: «algo semejante a como se ven las personas en un espejo cuando pasan ante él» a un Obispo vestido de Blanco «hemos tenido el presentimiento de que fuera el Santo Padre». También a otros Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subir una montaña empinada, en cuya cumbre había una gran Cruz de maderos toscos como si fueran de alcornoque con la corteza; el Santo Padre, antes de llegar a ella, atravesó una gran ciudad medio en ruinas y medio tembloroso con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino; llegado a la cima del monte, prostrado de rodillas a los pies de la gran Cruz fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros de arma de fuego y flechas; y del mismo modo murieron unos tras otros los Obispos sacerdotes, religiosos y religiosas y diversas personas seglares, hombres y mujeres de diversas clases y posiciones. Bajo los dos brazos de la Cruz había dos Ángeles cada uno de ellos con una jarra de cristal en la mano, en las cuales recogían la sangre de los Mártires y regaban con ella las almas que se acercaban a Dios.

Tuy-3-1-1944».

INTERPRETACIÓN DEL «SECRETO»

*CARTA DE JUAN PABLO II A SOR LUCÍA**



Reverenda Sor
María Lucía
Convento de Coimbra

En el júbilo de las fiestas pascuales, le presento el augurio de Cristo Resucitado a sus discípulos: «¡la paz esté contigo!»

Tendré el gusto de poder encontrarme con Usted en el tan esperado día de la beatificación de Francisco y Jacinta que, si Dios quiere, beatificaré el próximo 13 de mayo.

Sin embargo, teniendo en cuenta que ese día no habrá tiempo para un coloquio, sino sólo para un breve saludo, he encargado ex profeso a Su Excelencia Monseñor Tarcisio Bertone, Secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, que vaya a hablar con Usted. Se trata de la Congregación que colabora más estrechamente con el Papa para la defensa de la fe católica y que ha conservado desde 1957, como Usted sabe, su carta manuscrita

que contiene la tercera parte del secreto revelado el 13 de julio de 1917 en la Cueva de Iria, Fátima.

Monseñor Bertone, acompañado del Obispo de Leiria, su Excelencia Monseñor Serafim de Sousa Ferreira e Silva, va en mi nombre para hacerle algunas preguntas sobre la interpretación de la «tercera parte del secreto».

Reverenda Sor Lucía, puede hablar abierta y sinceramente a Monseñor Bertone, que me referirá sus respuestas directamente a mí.

Ruego ardientemente a la Madre del Resucitado por Usted, por la Comunidad de Coimbra y por toda la Iglesia.

María, Madre de la humanidad peregrina, nos manten- ga siempre estrechamente unidos a Jesús, su amado Hijo y Hermano nuestro, Señor de la vida y de la gloria.

Con una especial Bendición Apostólica.

JUAN PABLO II

Vaticano, 19 de abril de 2000.

* [Nota de la Redacción de *CRISTIANDAD*: El documento original contiene la reproducción facsímil de la carta del Papa.]

COLOQUIO CON SOR MARÍA LUCÍA DE JESÚS Y DEL INMACULADO CORAZÓN

La cita de Sor Lucía con Su Excia. Mons. Tarcisio Bertone, Secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, encargado por el Santo Padre, y de Su Excia. Mons. Serafim de Sousa Ferreira e Silva, Obispo de Leiria-Fátima, tuvo lugar el pasado jueves 27 de abril en el Carmelo de Santa Teresa de Coimbra.

Sor Lucía estaba lúcida y serena; estaba muy contenta del viaje del Papa a Fátima para la beatificación, que ella tanto esperaba, de Francisco y Jacinta.

El Obispo de Leiria-Fátima leyó la carta autógrafa del Santo Padre que explicaba los motivos de la visita. Sor Lucía se sintió honrada y la releyó personalmente, teniéndola en sus propias manos. Dijo estar dispuesta a responder francamente a todas las preguntas.

Llegados a este punto, Su Excia. Mons. Tarcisio Bertone le presentó dos sobres, uno externo y otro dentro con la carta que contenía la tercera parte del «secreto» de Fátima, y ella dijo inmediatamente, tocándola con los dedos: «es mi carta»; y después, leyéndola: «es mi letra».

Con la ayuda del Obispo de Leiria-Fátima, se leyó e interpretó el texto original, que está en portugués. Sor Lucía estuvo de acuerdo en la interpretación según la cual la tercera parte del secreto consiste en una visión profética comparable a las de la historia sagrada. Reiteró su convicción de que la visión de Fátima se refiere sobre todo a la lucha del comunismo ateo contra la Iglesia y los cristianos, y describe el inmenso sufrimiento de las víctimas de la fe en el siglo xx.

A la pregunta: «El personaje principal de la visión, ¿es el Papa?», Sor Lucía respondió de inmediato que sí y recuerda que los tres pastorcitos estaban muy apenados por el sufrimiento del Papa y Jacinta repetía: «*Coitandinho do Santo Padre, tenho muita pena dos peccadores!*» («¡Pobrecito el Santo Padre, me da mucha pena de los pecadores!»). Sor Lucía continúa: «Nosotros no sabíamos el nombre del Papa, la Señora no nos ha dicho el nombre del Papa, no sabíamos si era Benedicto XV o Pío XII o Pablo VI o Juan Pablo II, pero era el Papa que sufría y nos hacía sufrir también a nosotros».

Por lo que se refiere al pasaje sobre el obispo vestido de blanco, esto es, el Santo Padre —como se dieron cuen-

ta inmediatamente los pastorcitos durante la «visión»—, que es herido de muerte y cae por tierra, Sor Lucía está completamente de acuerdo con la afirmación del Papa: «una mano materna guió la trayectoria de la bala, y el Papa agonizante se detuvo en el umbral de la muerte» (Juan Pablo II, *Meditación desde el Policlínico Gemelli a los Obispos italianos*, 13 de mayo de 1994).

Puesto que Sor Lucía, antes de entregar al entonces Obispo de Leiria-Fátima el sobre lacrado que contenía la tercera parte del «secreto», había escrito en el sobre exterior que sólo podía ser abierto después de 1960, por el Patriarca de Lisboa o por el Obispo de Leiria, Su Excia. Mons. Bertone le preguntó: «¿por qué la fecha tope de 1960? ¿Ha sido la Virgen quien ha indicado esa fecha?». Sor Lucía respondió: «no ha sido la Señora, sino yo la que ha puesto la fecha de 1960, porque según mi intuición, antes de 1960 no se hubiera entendido, se habría comprendido sólo después. Ahora se puede entender mejor. Yo he escrito lo que he visto, no me corresponde a mí la interpretación, sino al Papa».

Finalmente, se mencionó el manuscrito no publicado que Sor Lucía ha preparado como respuesta a tantas cartas de devotos de la Virgen y de peregrinos. La obra lleva el título «*Os apelos da Mensagen da Fatima*» y recoge pensamientos y reflexiones que expresan sus sentimientos y su límpida y simple espiritualidad, en clave catequética y parenética. Se le preguntó si le gustaría que la publicaran, y ha respondido: «Si el Santo Padre está de acuerdo, me encantaría, si no, obedezco a lo que decida el Santo Padre». Sor Lucía desea someter el texto a la aprobación de la Autoridad eclesiástica, y tiene la esperanza de poder contribuir con su escrito a guiar a los hombres y mujeres de buena voluntad por el camino que conduce a Dios, última meta de toda esperanza humana.

El coloquio se concluyó con un intercambio de rosarios: a Sor Lucía se le dio el que le había regalado el Santo Padre y ella, a su vez, entrega algunos rosarios confeccionados por ella personalmente.

La bendición impartida en nombre del Santo Padre concluyó el encuentro.

COMUNICADO DE SU EMINENCIA EL CARD. ANGELO SODANO, SECRETARIO DE ESTADO DE SU SANTIDAD

Al final de la solemne Concelebración Eucarística presidida por Juan Pablo II en Fátima, el Cardenal Angelo Sodano, Secretario de Estado, ha pronunciado en portugués las palabras que aquí reproducimos en traducción española:

Hermanos y hermanas en el Señor:

Al concluir esta solemne celebración, siento el deber de presentar a nuestro amado Santo Padre Juan Pablo II la felicitación más cordial, en nombre de todos los presentes, por su próximo 80º cumpleaños, agradeciéndole su valioso ministerio pastoral en favor de toda la Santa Iglesia de Dios.

En la solemne circunstancia de su venida a Fátima, el Sumo Pontífice me ha encargado daros un anuncio. Como es sabido, el objetivo de su venida a Fátima ha sido la beatificación de los dos «pastorinhos». Sin embargo, quiere atribuir también a esta peregrinación suya el valor de un renovado gesto de gratitud hacia la Virgen por la protección que le ha dispensado durante estos años de pontificado. Es una protección que parece que guarde relación también con la llamada «tercera parte» del secreto de Fátima.

Este texto es una visión profética comparable a la de la Sagrada Escritura, que no describe con sentido fotográfico los detalles de los acontecimientos futuros, sino que sintetiza y condensa sobre un mismo fondo hechos que se prolongan en el tiempo en una sucesión y con una duración no precisadas. Por tanto, la clave de la lectura del texto ha de ser de carácter simbólico.

La visión de Fátima tiene que ver sobre todo con la lucha de los sistemas ateos contra la Iglesia y los cristianos, y describe el inmenso sufrimiento de los testigos de la fe del último siglo del segundo milenio. Es un interminable *Via Crucis* dirigido por los papas del siglo xx.

Según la interpretación de los *pastorinhos*, interpretación confirmada recientemente por Sor Lucia, el «Obispo vestido de blanco» que ora por todos los fieles es el Papa. También él, caminando con fatiga hacia la Cruz entre los cadáveres de los martirizados (obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y numerosos laicos), cae a tierra como muerto, bajo los disparos de arma de fuego.

Después del atentado del 13 de mayo de 1981, a Su

Santidad le pareció claro que había sido «una mano materna quien guió la trayectoria de la bala», permitiendo al «Papa agonizante» que se detuviera «en el umbral de la muerte» (Juan Pablo II, *Meditación desde el Policlínico Gemelli a los Obispos italianos*, en: *Insegnamenti*, vol. XVIII, 1994, p. 1061). Con ocasión de una visita a Roma del entonces Obispo de Leiria-Fátima, el Papa decidió entregarle la bala, que quedó en el jeep después del atentado, para que se custodiase en el Santuario. Por iniciativa del Obispo, la misma fue después engarzada en la corona de la imagen de la Virgen de Fátima.

Los sucesivos acontecimiento del año 1989 han llevado, tanto en la Unión Soviética como en numerosos países del Este, a la caída del régimen comunista que propugnaba el ateísmo. También por esto el Sumo Pontífice le está agradecido a la Virgen desde lo profundo del corazón. Sin embargo, en otras partes del mundo los ataques contra la Iglesia y los cristianos, con la carga de sufrimiento que conllevan, desgraciadamente no han cesado. Aunque las vicisitudes a las que se refiere la tercera parte del secreto de Fátima parecen ya pertenecer al pasado, la llamada de la Virgen a la conversión y a la penitencia, pronunciada al inicio del siglo xx, conserva todavía hoy una estimulante actualidad. «La Señora del mensaje parecía leer con una perspicacia especial los signos de los tiempos, los signos de nuestro tiempo... La invitación insistente de María santísima a la penitencia es la manifestación de su solicitud materna por el destino de la familia humana, necesitada de conversión y perdón» (Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada Mundial del Enfermo* 1997, n. 1, en: *Insegnamenti*, vol. XIX2, 1996, p. 561).

Para permitir que los fieles reciban mejor el mensaje de la Virgen de Fátima, el Papa ha confiado a la Congregación para la Doctrina de la Fe la tarea de hacer pública la tercera parte del «secreto», después de haber preparado un oportuno comentario.

Hermanos y hermanas, agradecemos a la Virgen de Fátima su protección. A su materna intercesión confiamos la Iglesia del Tercer Milenio.

Sub tuum praesidium confugimus, Santa Dei Genetrix! Intercede pro Ecclesia. Intercede pro Papa nostro Ioanne Paulo II. Amen.

Fátima, 13 de mayo de 2000.

COMENTARIO TEOLÓGICO

JOSEPH CARD. RATZINGER
 Prefecto de la Congregación
 para la Doctrina de la Fe

Quien lee con atención el texto del llamado tercer «secreto» de Fátima, que tras largo tiempo, por voluntad del Santo Padre, viene publicado aquí en su integridad, tal vez quedará desilusionado o asombrado después de todas las especulaciones que se han hecho. No se revela ningún gran misterio; no se ha corrido el velo del futuro. Vemos a la Iglesia de los mártires del siglo apenas transcurrido representada mediante una escena descrita con un lenguaje simbólico difícil de descifrar. ¿Es esto lo que quería comunicar la Madre del Señor a la cristiandad, a la humanidad en un tiempo de grandes problemas y angustias? ¿Nos es de ayuda al inicio del nuevo milenio? O más bien ¿son solamente proyecciones del mundo interior de unos niños crecidos en un ambiente de profunda piedad, pero que a la vez estaban turbados por las tragedias que amenazaban su tiempo? ¿Cómo debemos entender la visión, qué hay que pensar de la misma?

Revelación pública y revelaciones privadas — su lugar teológico

Antes de iniciar un intento de interpretación, cuyas líneas esenciales se pueden encontrar en la comunicación que el Cardenal Sodano pronunció el 13 de mayo de este año al final de la celebración eucarística presidida por el Santo Padre en Fátima, es necesario hacer algunas aclaraciones de fondo sobre el modo en que, según la doctrina de la Iglesia, deben ser comprendidos dentro de la vida de fe fenómenos como el de Fátima. La doctrina de la Iglesia distingue entre la «revelación pública» y las «revelaciones privadas». Entre estas dos realidades hay una diferencia, no sólo de grado, sino de esencia. El término «revelación pública» designa la acción reveladora de Dios destinada a toda la humanidad, que ha encontrado su expresión literaria en las dos partes de la Biblia: el Antiguo y el Nuevo Testamento. Se llama «revelación» porque en ella Dios se ha dado a conocer progresivamente a los hombres, hasta el punto de hacerse él mismo hombre, para atraer a sí y para reunir en sí a todo el mundo por medio del Hijo encarnado, Jesucristo. No se trata, pues, de comunicaciones intelectuales, sino de un proceso vital, en el cual Dios se acerca al hombre; naturalmente en este proceso se manifiestan también contenidos que tienen que ver con la inteligencia y con la comprensión del misterio de Dios. El proceso atañe al hombre total y, por tanto, también a la razón, aunque no sólo a ella. Puesto que Dios es uno solo, también es única la historia que él comparte con la humanidad; vale para todos los tiem-

pos y encuentra su cumplimiento con la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo. En Cristo Dios ha dicho todo, es decir, se ha manifestado a sí mismo y, por lo tanto, la revelación ha concluido con la realización del misterio de Cristo que ha encontrado su expresión en el Nuevo Testamento. El *Catecismo de la Iglesia Católica*, para explicar este carácter definitivo y completo de la revelación, cita un texto de San Juan de la Cruz: «Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra...; porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado todo en Él, dándonos al Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino que haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer cosa otra alguna o novedad» (n. 65, *Subida al Monte Carmelo*, 2, 22).

El hecho de que la única revelación de Dios dirigida a todos los pueblos se haya concluido con Cristo y en el testimonio sobre Él recogido en los libros del Nuevo Testamento, vincula a la Iglesia con el acontecimiento único de la historia sagrada y de la palabra de la Biblia, que garantiza e interpreta este acontecimiento, pero no significa que la Iglesia ahora sólo pueda mirar al pasado y esté así condenada a una estéril repetición. El *Catecismo de la Iglesia Católica* dice a este respecto: «Sin embargo, aunque la Revelación esté acabada, no está completamente explicitada; corresponderá a la fe cristiana comprender gradualmente todo su contenido en el transcurso de los siglos» (n. 66). Estos dos aspectos, el vínculo con el carácter único del acontecimiento y el progreso en su comprensión, están muy bien ilustrados en los discursos de despedida del Señor, cuando antes de partir les dice a los discípulos: «Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga Él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta... Él me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros» (Jn 16, 12-14). Por una parte el Espíritu, que hace de guía y abre así las puertas a un conocimiento, del cual antes faltaba el presupuesto que permitiera acogerlo; es ésta la amplitud y la profundidad nunca alcanzada de la fe cristiana. Por otra parte, este guiar es un «tomar» del tesoro de Jesucristo mismo, cuya profundidad inagotable se manifiesta en esta conducción por parte del Espíritu. A este respecto el *Catecismo* cita una palabra densa del Papa Gregorio Magno: «la comprensión de las palabras divinas crece con su reiterada lectura» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 94; Gregorio, *In Ez* 1, 7, 8). El Concilio Vaticano II señala

tres maneras esenciales en que se realiza la guía del Espíritu Santo en la Iglesia y, en consecuencia, el «crecimiento de la Palabra»: éste se lleva a cabo a través de la meditación y del estudio por parte de los fieles, por medio del conocimiento profundo, que deriva de la experiencia espiritual y por medio de la predicación de «los obispos, sucesores de los Apóstoles en el carisma de la verdad» (*Dei Verbum*, 8).

En este contexto es posible entender correctamente el concepto de «revelación privada», que se refiere a todas las visiones y revelaciones que tienen lugar una vez terminado el Nuevo Testamento; es ésta la categoría dentro de la cual debemos colocar el mensaje de Fátima. Escuchemos aún a este respecto antes de nada el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «A lo largo de los siglos ha habido revelaciones llamadas “privadas”, algunas de las cuales han sido reconocidas por la autoridad de la Iglesia... Su función no es la de... “completar” la Revelación definitiva de Cristo, sino la de ayudar a vivirla más plenamente en una cierta época de la historia» (n. 67). Se deben aclarar dos cosas:

1. La autoridad de las revelaciones privadas es esencialmente diversa de la única revelación pública: ésta exige nuestra fe; en efecto, en ella, a través de palabras humanas y de la mediación de la comunidad viviente de la Iglesia, Dios mismo nos habla. La fe en Dios y en su Palabra se distingue de cualquier otra fe, confianza u opinión humana. La certeza de que Dios habla me da la seguridad de que encuentro la verdad misma y, de ese modo, una certeza que no puede darse en ninguna otra forma humana de conocimiento. Es la certeza sobre la cual edifico mi vida y a la cual me confío al morir.

2. La revelación privada es una ayuda para la fe, y se manifiesta como creíble precisamente porque remite a la única revelación pública. El Cardenal Próspero Lambertini, futuro Papa Benedicto XIV, dice al respecto en su clásico tratado, que después llegó a ser normativo para las beatificaciones y canonizaciones: «No se debe un asentimiento de fe católica a revelaciones aprobadas en tal modo; no es ni tan siquiera posible. Estas revelaciones exigen más bien un asentimiento de fe humana, según las reglas de la prudencia, que nos las presenta como probables y piadosamente creíbles». El teólogo flamenco E. Dhanis, eminente conocedor de esta materia, afirma sintéticamente que la aprobación eclesial de una revelación privada contiene tres elementos: el mensaje en cuestión no contiene nada que vaya contra la fe y las buenas costumbres; es lícito hacerlo público, y los fieles están autorizados a darle en forma prudente su adhesión (E. Dhanis, *Sguardo su Fatima e bilancio di una discussione*, en: *La Civiltà Cattolica* 104, 1953, II. 392-406, en particular 397). Un mensaje así puede ser una ayuda válida para comprender y vivir mejor el Evangelio en el momento presente; por eso no se debe descartar. Es una ayuda que se ofrece, pero no es obligatorio hacer uso de la misma.

El criterio de verdad y de valor de una revelación privada es, pues, su orientación a Cristo mismo. Cuando ella nos aleja de Él, cuando se hace autónoma o, más aún, cuando se hace pasar como otro y mejor designio de salvación, más

importante que el Evangelio, entonces no viene ciertamente del Espíritu Santo, que nos guía hacia el interior del Evangelio y no fuera del mismo. Esto no excluye que dicha revelación privada acentúe nuevos aspectos, suscite nuevas formas de piedad o profundice y extienda las antiguas. Pero, en cualquier caso, en todo esto debe tratarse de un apoyo para la fe, la esperanza y la caridad, que son el camino permanente de salvación para todos. Podemos añadir que a menudo las revelaciones privadas provienen sobre todo de la piedad popular y se apoyan en ella, le dan nuevos impulsos y abren para ella nuevas formas. Eso no excluye que tengan efectos incluso sobre la liturgia, como por ejemplo muestran las fiestas del *Corpus Domini* y del Sagrado Corazón de Jesús. Desde un cierto punto de vista, en la relación entre liturgia y piedad popular se refleja la relación entre Revelación y revelaciones privadas: la liturgia es el criterio, la forma vital de la Iglesia en su conjunto, alimentada directamente por el Evangelio. La religiosidad popular significa que la fe está arraigada en el corazón de todos los pueblos, de modo que se introduce en la esfera de lo cotidiano. La religiosidad popular es la primera y fundamental forma de «inculturación» de la fe, que debe dejarse orientar y guiar continuamente por las indicaciones de la liturgia, pero que a su vez fecunda la fe a partir del corazón.

Hemos pasado así de las precisiones más bien negativas, que eran necesarias antes de nada, a la determinación positiva de las revelaciones privadas: ¿cómo se pueden clasificar de modo correcto a partir de la Sagrada Escritura? ¿Cuál es su categoría teológica? La carta más antigua de San Pablo que nos ha sido conservada, tal vez el escrito más antiguo del Nuevo Testamento, la Primera Carta a los Tesalonicenses, me parece que ofrece una indicación. El Apóstol dice en ella: «No apaguéis el Espíritu, no despreciéis las profecías; examinad cada cosa y quedaos con lo que es bueno» (5, 19-21). En todas las épocas se le ha dado a la Iglesia el carisma de la profecía, que debe ser examinado, pero que tampoco puede ser despreciado. A este respecto, es necesario tener presente que la profecía en el sentido de la Biblia no quiere decir predecir el futuro, sino explicar la voluntad de Dios para el presente, lo cual muestra el recto camino hacia el futuro. El que predice el futuro se encuentra con la curiosidad de la razón, que desea apartar el velo del porvenir; el profeta ayuda a la ceguera de la voluntad y del pensamiento y aclara la voluntad de Dios como exigencia e indicación para el presente. La importancia de la predicción del futuro en este caso es secundaria. Lo esencial es la actualización de la única revelación, que me afecta profundamente: la palabra profética es advertencia o también consuelo o las dos cosas a la vez. En este sentido, se puede relacionar el carisma de la profecía con la categoría de los «signos de los tiempos», que ha sido subrayada por el Vaticano II: «... sabéis explorar el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo no exploráis, pues, este tiempo?» (Lc 12, 56). En esta parábola de Jesús por «signos de los tiempos» debe entenderse su propio camino, el mismo Jesús. Interpretar los signos de los tiempos a la luz de la fe

significa reconocer la presencia de Cristo en todos los tiempos. En las revelaciones privadas reconocidas por la Iglesia –y por tanto también en Fátima– se trata de esto: ayudarnos a comprender los signos de los tiempos y a encontrar la justa respuesta desde la fe ante ellos.

La estructura antropológica de las revelaciones privadas

Una vez que con las precedentes reflexiones hemos tratado de determinar el lugar teológico de las revelaciones privadas, antes de ocuparnos de una interpretación del mensaje de Fátima, debemos aún intentar aclarar brevemente un poco su carácter antropológico (psicológico). La antropología teológica distingue en este ámbito tres formas de percepción o «visión»: la visión con los sentidos, es decir la percepción externa corpórea, la percepción interior y la visión espiritual (*visio sensibilis – imaginativa – intellectualis*). Está claro que en las visiones de Lourdes, Fátima, etc. no se trata de la normal percepción externa de los sentidos: las imágenes y las figuras, que se ven, no se hallan exteriormente en el espacio, como se encuentran un árbol o una casa. Esto es absolutamente evidente, por ejemplo, por lo que se refiere a la visión del infierno (descrita en la primera parte del «secreto» de Fátima) o también la visión descrita en la tercera parte del «secreto», pero puede demostrarse con mucha facilidad también en las otras visiones, sobre todo porque no todos los presentes las veían, sino de hecho sólo los «videntes». Del mismo modo es obvio que no se trata de una «visión» intelectual, sin imágenes, como se da en otros grados de la mística. Aquí se trata de la categoría intermedia, la percepción interior, que ciertamente tiene en el vidente la fuerza de una presencia que, para él, equivale a la manifestación externa sensible.

Ver interiormente no significa que se trate de fantasía, como si fuera sólo una expresión de la imaginación subjetiva. Más bien significa que el alma viene acariciada por algo real, aunque suprasensible, y es capaz de ver lo no sensible, lo no visible por los sentidos, una especie de visión con los «sentidos internos». Se trata de verdaderos «objetos», que tocan el alma, aunque no pertenezcan a nuestro habitual mundo sensible. Para esto se exige una vigilancia interior del corazón que generalmente no se tiene a causa de la fuerte presión de las realidades externas y de las imágenes y pensamientos que llenan el alma. La persona es transportada más allá de la pura exterioridad y otras dimensiones más profundas de la realidad la tocan, se le hacen visibles. Tal vez por eso se puede comprender por qué los niños son los destinatarios preferidos de tales apariciones: el alma está aún poco alterada y su capacidad interior de percepción está aún poco deteriorada. «De la boca de los niños y de los lactantes has recibido la alabanza», responde Jesús con una frase del Salmo 8 (v.3) a la crítica de los Sumos Sacerdotes y de los ancianos, que encuentran inoportuno el grito de «hosanna» de los niños (Mt 21, 16).

La «visión interior» no es una fantasía, sino una propia

y verdadera manera de verificar, como hemos dicho. Pero conlleva también limitaciones. Ya en la visión exterior está siempre involucrado el factor subjetivo; no vemos el objeto puro, sino que llega a nosotros a través del filtro de nuestros sentidos, que deben llevar a cabo un proceso de traducción. Esto es aún más evidente en la visión interior, sobre todo cuando se trata de realidades que sobrepasan en sí mismas nuestro horizonte. El sujeto, el vidente, está involucrado de un modo aún más íntimo. Él ve con sus concretas posibilidades, con las modalidades de representación y de conocimiento que le son accesibles. En la visión interior se trata, de manera más amplia que en la exterior, de un proceso de traducción, de modo que el sujeto es esencialmente copartícipe en la formación como imagen de lo que aparece. La imagen puede llegar solamente según sus medidas y sus posibilidades. Tales visiones nunca son simples «fotografías» del más allá, sino que llevan en sí también las posibilidades y los límites del sujeto percceptor.

Esto se puede comprender en todas las grandes visiones de los santos; naturalmente, vale también para las visiones de los niños de Fátima. Las imágenes que ellos describen no son en absoluto simples expresiones de su fantasía, sino fruto de una real percepción de origen superior e interior, pero no son imaginaciones como si por un momento se quitara el velo del más allá y el cielo apareciese en su esencia pura, tal como nosotros esperamos verlo un día en la definitiva unión con Dios. Más bien las imágenes son, por decirlo así, una síntesis del impulso proveniente de lo Alto y de las posibilidades de que dispone para ello el sujeto que percibe, esto es, los niños. Por este motivo, el lenguaje imaginativo de estas visiones es un lenguaje simbólico. El Cardenal Sodano dice al respecto: «... no se describen en sentido fotográfico los detalles de los acontecimientos futuros, sino que sintetizan y condensan sobre un mismo fondo, hechos que se extienden en el tiempo según una sucesión y con una duración no precisadas». Esta concentración de tiempos y espacios en la única imagen es típica de tales visiones que, por lo demás, pueden ser descifradas sólo *a posteriori*. A este respecto, no todo elemento vivo debe tener un concreto sentido histórico. Lo que cuenta es la visión como conjunto, y a partir del conjunto de imágenes deben ser comprendidos los aspectos particulares. Lo que es central en una imagen se desvela en último término a partir del centro de la «profecía» cristiana en absoluto: el centro está allí donde la visión se convierte en llamada y guía hacia la voluntad de Dios.

Un intento de interpretación del secreto de Fátima

La primera y segunda parte del secreto de Fátima han sido ya discutidas tan ampliamente por la literatura especializada que ya no hay que ilustrarlas más. Quisiera sólo llamar la atención brevemente sobre el punto más significativo. Los niños han experimentado durante un instante terrible una visión del infierno. Han visto la caída de las

«almas de los pobres pecadores». Y se les dice por qué se les ha hecho pasar por ese momento: para «salvarlas», para mostrar un camino de salvación. Viene así a la mente la frase de la Primera Carta de Pedro: «meta de vuestra fe es la salvación de las almas» (1,9). Para este objetivo se indica como camino –de un modo sorprendente para personas provenientes del ámbito cultural anglosajón y alemán– la devoción al Corazón Inmaculado de María.

Para entender esto puede ser suficiente aquí una breve indicación. «Corazón» significa en el lenguaje de la Biblia el centro de la existencia humana, la confluencia de razón, voluntad, temperamento y sensibilidad, en la cual la persona encuentra su unidad y su orientación interior. El «corazón inmaculado» es, según Mt 5,8, un corazón que a partir de Dios ha alcanzado una perfecta unidad interior y, por lo tanto, «ve a Dios». La «devoción» al Corazón Inmaculado de María es, pues, un acercarse a esta actitud del corazón, en la cual el «*fiat*» –hágase tu voluntad– se convierte en el centro animador de toda la existencia. Si alguno objetara que no debemos interponer un ser humano entre nosotros y Cristo, se le debería recordar que Pablo no tiene reparo en decir a sus comunidades: imítadme (1 Co 4, 16; Flp 3, 17; 1 Ts 1,6; 2 Ts 3,7.9). En el Apóstol pueden constatar concretamente lo que significa seguir a Cristo. ¿De quién podremos nosotros aprender mejor en cualquier tiempo si no de la Madre del Señor?

Llegamos así, finalmente, a la tercera parte del «secreto» de Fátima publicado íntegramente aquí por primera vez. Como se desprende de la documentación precedente, la interpretación que el Cardenal Sodano ha dado en su texto del 13 de mayo, había sido presentada anteriormente a Sor Lucía en persona. A este respecto, Sor Lucía ha observado en primer lugar que a ella misma se le dio la visión, no su interpretación. La interpretación, decía, no es competencia del vidente, sino de la Iglesia. Ella, sin embargo, después de la lectura del texto, ha dicho que esta interpretación correspondía a lo que ella había experimentado y que, por su parte, reconocía dicha interpretación como correcta. En lo que sigue, pues, se podrá sólo intentar dar un fundamento más profundo a dicha interpretación a partir de los criterios hasta ahora desarrollados.

Como palabra clave de la primera y de la segunda parte del «secreto» hemos descubierto la de «salvar las almas», así como la palabra clave de este «secreto» es el triple grito: «¡Penitencia, Penitencia, Penitencia!». Viene a la mente el comienzo del Evangelio: «*paenitemini et credite evangelio*» (Mc 1,15). Comprender los signos de los tiempos significa comprender la urgencia de la penitencia, de la conversión y de la fe. Esta es la respuesta adecuada al momento histórico, que se caracteriza por grandes peligros y que serán descritos en las imágenes sucesivas. Me permito insertar aquí un recuerdo personal: en una conversación conmigo Sor Lucía me dijo que le resultaba cada vez más claro que el objetivo de todas las apariciones era el de hacer crecer siempre más en la fe, en la esperanza y en la caridad. Todo el resto era sólo para conducir a esto.

Examinemos ahora más de cerca cada imagen. El ángel

con la espada de fuego a la derecha de la Madre de Dios recuerda imágenes análogas en el Apocalipsis. Representa la amenaza del juicio que incumbe sobre el mundo. La perspectiva de que el mundo podría ser reducido a cenizas en un mar de llamas, hoy no es considerada absolutamente pura fantasía: el hombre mismo ha preparado con sus inventos la espada de fuego. La visión muestra después la fuerza que se opone al poder de destrucción: el esplendor de la Madre de Dios, y proveniente siempre de él, la llamada a la penitencia. De ese modo se subraya la importancia de la libertad del hombre: el futuro no está determinado de un modo inmutable, y la imagen que los niños vieron, no es una película anticipada del futuro, de la cual nada podría cambiarse. Toda la visión tiene lugar en realidad sólo para llamar la atención sobre la libertad y para dirigirla en una dirección positiva. El sentido de la visión no es el de mostrar una película sobre el futuro ya fijado de forma irremediable. Su sentido es exactamente el contrario, el de movilizar las fuerzas del cambio hacia el bien. Por eso están totalmente fuera de lugar las explicaciones fatalísticas del «secreto» que, por ejemplo, dicen que el atentador del 13 de mayo de 1981 habría sido en definitiva un instrumento del plan divino guiado por la Providencia y que, por tanto, no habría actuado libremente, así como otras ideas semejantes que circulan. La visión habla más bien de los peligros y del camino para salvarse de los mismos.

Las siguientes frases del texto muestran una vez más muy claramente el carácter simbólico de la visión: Dios permanece el inconmensurable y la luz que supera todas nuestras visiones. Las personas humanas aparecen como en un espejo. Debemos tener siempre presente esta limitación interna de la visión, cuyos confines están aquí indicados visivamente. El futuro se muestra sólo «como en un espejo de manera confusa» (cf. 1 Co 13,12). Tomemos ahora en consideración cada una de las imágenes que siguen en el texto del «secreto». El lugar de la acción aparece descrito con tres símbolos: una montaña escarpada, una gran ciudad medio en ruinas y, finalmente, una gran cruz de troncos rústicos. Montaña y ciudad simbolizan el lugar de la historia humana: la historia como costosa subida hacia lo alto, la historia como lugar de la humana creatividad y de la convivencia, pero al mismo tiempo como lugar de las destrucciones, en las cuales el hombre destruye la obra de su propio trabajo. La ciudad puede ser el lugar de comunión y de progreso, pero también el lugar del peligro y de la amenaza más extrema. Sobre la montaña está la cruz, meta y punto de orientación de la historia. En la cruz la destrucción se transforma en salvación; se levanta como signo de la miseria de la historia y como promesa para la misma.

Aparecen después aquí personas humanas: el Obispo vestido de blanco («hemos tenido el presentimiento de que fuera el Santo Padre»), otros obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y, finalmente, hombres y mujeres de todas las clases y estratos sociales. El Papa parece que precede a los otros, temblando y sufriendo por todos los horrores que lo rodean. No sólo las casas de la ciudad están medio en

ruinas, sino que su camino pasa en medio de los cuerpos de los muertos. El camino de la Iglesia se describe así como un *viacrucis*, como camino en un tiempo de violencia, de destrucciones y de persecuciones. Se puede ver representada en esta imagen la historia de todo un siglo. Del mismo modo que los lugares de la tierra están sintéticamente representados en las dos imágenes de la montaña y de la ciudad y están orientados hacia la cruz, también los tiempos son presentados de forma compacta. En la visión podemos reconocer el siglo pasado como siglo de los mártires, como siglo de los sufrimientos y de las persecuciones contra la Iglesia, como el siglo de las guerras mundiales y de muchas guerras locales que han llenado toda su segunda mitad y han hecho experimentar nuevas formas de crueldad. En el «espejo» de esta visión vemos pasar a los testigos de la fe de decenios. A este respecto, parece oportuno mencionar una frase de la carta que Sor Lucía escribió al Santo Padre el 12 de mayo de 1982: «la tercera parte del “secreto” se refiere a las palabras de Nuestra Señora: “Si no (Rusia) diseminará sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá que sufrir mucho, varias naciones serán destruidas”».

En el *viacrucis* de este siglo, la figura del Papa tiene un papel especial. En su fatigoso subir a la montaña podemos encontrar indicados con seguridad juntos diversos Papas, que empezando por Pío X hasta el Papa actual han compartido los sufrimientos de este siglo y se han esforzado por avanzar entre ellas por el camino que lleva a la cruz. En la visión también el Papa es muerto en el camino de los mártires. ¿No podía el Santo Padre, cuando después del atentado del 13 de mayo de 1981 se hizo llevar el texto de la tercera parte del «secreto», reconocer en él su propio destino? Había estado muy cerca de las puertas de la muerte y él mismo explicó el haberse salvado, con las siguientes palabras: «... fue una mano materna a guiar la trayectoria de la bala y el Papa agonizante se paró en el umbral de la muerte» (13 de mayo de 1994). Que una «mano materna» haya desviado la bala mortal muestra sólo una vez más que no existe un destino inmutable, que la fe y la oración son poderosas, que pueden influir en la historia y, que al final, la oración es más fuerte que las balas, la fe más potente que las divisiones.

La conclusión del «secreto» recuerda imágenes que Lucía puede haber visto en libros de piedad y cuyo contenido deriva de antiguas intuiciones de fe. Es una visión consoladora, que quiere hacer maleable por el poder salvador de Dios una historia de sangre y lágrimas. Los ángeles recogen bajo los brazos de la cruz la sangre de los mártires y riegan con ella las almas que se acercan a Dios. La sangre de Cristo y la sangre de los mártires están aquí consideradas juntas: la sangre de los mártires fluye de los brazos de la cruz. Su martirio se lleva a cabo de manera solidaria con la pasión de Cristo y se convierte en una sola cosa con ella. Ellos completan en favor del Cuerpo de Cristo lo que aún falta a sus sufrimientos (cf. Col 1,24). Su vida se ha con-

vertido en Eucaristía, inserta en el misterio del grano de trigo que muere y se hace fecundo. La sangre de los mártires es semilla de cristianos, ha dicho Tertuliano. Así como de la muerte de Cristo, de su costado abierto, ha nacido la Iglesia, así la muerte de los testigos es fecunda para la vida futura de la Iglesia. La visión de la tercera parte del «secreto», tan angustiosa en su comienzo, se concluye pues con un imagen de esperanza: ningún sufrimiento es vano y, precisamente, una Iglesia sufriente, una Iglesia de mártires, se convierte en señal orientadora para la búsqueda de Dios por parte del hombre. En las manos amorosas de Dios no han sido acogidos únicamente los que sufren como Lázaro, que encontró el gran consuelo y representa misteriosamente a Cristo que quiso ser para nosotros el pobre Lázaro; hay algo más, del sufrimiento de los testigos deriva una fuerza de purificación y de renovación, porque es actualización del sufrimiento mismo de Cristo y transmite en el presente su eficacia salvífica.

Hemos llegado así a una última pregunta: ¿Qué significa en su conjunto (en sus tres partes) el «secreto» de Fátima? ¿Qué nos dice a nosotros? Ante todo, debemos afirmar con el Cardenal Sodano: «... los acontecimientos a los que se refiere la tercera parte del “secreto” de Fátima, parecen pertenecer ya al pasado». En la medida en que se refiere a acontecimientos concretos, ya pertenecen al pasado. Quien había esperado en impresionantes revelaciones apocalípticas sobre el fin del mundo o sobre el curso futuro de la historia debe quedar desilusionado. Fátima no nos ofrece este tipo de satisfacción de nuestra curiosidad, del mismo modo que la fe cristiana por lo demás no quiere y no puede ser un mero alimento para nuestra curiosidad. Lo que queda de válido lo hemos visto de inmediato al inicio de nuestras reflexiones sobre el texto del «secreto»: la exhortación a la oración como camino para la «salvación de las almas» y, en el mismo sentido, la llamada a la penitencia y a la conversión.

Quisiera al final volver aún sobre otra palabra clave del «secreto», que con razón se ha hecho famosa: «mi Corazón Inmaculado triunfará». ¿Qué quiere decir esto? Que el corazón abierto a Dios, purificado por la contemplación de Dios, es más fuerte que los fusiles y que cualquier tipo de arma. El *fiat* de María, la palabra de su corazón, ha cambiado la historia del mundo, porque ella ha introducido en el mundo al Salvador, porque gracias a este «sí» Dios pudo hacerse hombre en nuestro mundo y así permanece ahora y para siempre. El maligno tiene poder en este mundo, lo vemos y lo experimentamos continuamente; él tiene poder porque nuestra libertad se deja alejar continuamente de Dios. Pero desde que Dios mismo tiene un corazón humano y de ese modo ha dirigido la libertad del hombre hacia el bien, hacia Dios, la libertad hacia el mal ya no tiene la última palabra. Desde aquel momento cobran todo su valor las palabras de Jesús: «padeceréis tribulaciones en el mundo, pero tened confianza; yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). El mensaje de Fátima nos invita a confiar en esta promesa.

«Con el mensaje de Fátima Dios Padre quiso iluminar a la humanidad en sus horas sombrías e inquietas»

Homilía de Juan Pablo II durante la misa de beatificación de los pastorcitos de Fátima Francisco y Jacinta, el sábado 13 de mayo de 2000

1. «Yo te bendigo, Padre, (...) porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños» (Mt 11, 25).

Con estas palabras, amados hermanos y hermanas, Jesús alaba los designios del Padre celestial; sabe que nadie puede ir a él si el Padre no lo atrae (cf. Jn 6, 44), por eso alaba este designio y lo acepta filialmente: «Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito» (Mt 11, 26). Has querido abrir el Reino a los pequeños.

Por designio divino, «una mujer vestida del sol» (Ap 12, 1) vino del cielo a esta tierra en búsqueda de los pequeños privilegiados del Padre. Les habla con voz y corazón de madre: los invita a ofrecerse como víctimas de reparación, mostrándose dispuesta a guiarlos con seguridad hasta Dios. Entonces, de sus manos maternas salió una luz que los penetró íntimamente, y se sintieron sumergidos en Dios, como cuando una persona —explican ellos— se contempla en un espejo.

Más tarde, Francisco, uno de los tres privilegiados, explicaba: «Estábamos ardiendo en esa luz que es Dios y no nos quemábamos. ¿Cómo es Dios? No se puede decir. Esto sí que la gente no puede decirlo». Dios: una luz que arde, pero no quema. Moisés tuvo esa misma sensación cuando vio a Dios en la zarza ardiente; allí oyó a Dios hablar, preocupado por la esclavitud de su pueblo y decidido a liberarlo por medio de él: «Yo estaré contigo» (cf. Ex 3, 2-12). Cuantos acogen esta presencia se convierten en morada y, por consiguiente, en «zarza ardiente» del Altísimo.

2. Lo que más impresionaba y absorbía al beato Francisco era Dios en esa luz inmensa que había penetrado en lo más íntimo de los tres. Además, sólo a él Dios se dio a conocer «muy triste», como decía. Una noche, su padre lo oyó sollozar y le preguntó por qué lloraba; el hijo le respondió: «Pensaba en Jesús, que está muy triste a causa de los pecados que se cometen contra él». Vive movido por el único deseo —que expresa muy bien el modo de pensar de los niños— de «consolar y dar alegría a Jesús».

En su vida se produce una transformación que podríamos llamar radical; una transformación ciertamente no común en los niños de su edad. Se entrega a una vida espiritual intensa, que se traduce en una oración asidua y ferviente y llega a una verdadera forma de unión mística con el Señor. Esto mismo lo lleva a una progresiva purifica-

ción del espíritu, a través de la renuncia a los propios gustos e incluso a los juegos inocentes de los niños.

Soportó los grandes sufrimientos de la enfermedad que lo llevó a la muerte, sin quejarse nunca. Todo le parecía poco para consolar a Jesús; murió con una sonrisa en los labios. En el pequeño Francisco era grande el deseo de reparar las ofensas de los pecadores, esforzándose por ser bueno y ofreciendo sacrificios y oraciones. Y Jacinta, su hermana, casi dos años menor que él, vivía animada por los mismos sentimientos.

3. «Y apareció otra señal en el cielo: un gran Dragón» (Ap 12, 3). Estas palabras de la primera lectura de la misa nos hacen pensar en la gran lucha que se libra entre el bien y el mal, pudiendo constatar cómo el hombre, al alejarse de Dios, no puede hallar la felicidad, sino que acaba por destruirse a sí mismo.

¡Cuántas víctimas durante el último siglo del segundo milenio! Vienen a la memoria los horrores de las dos guerras mundiales y de otras muchas en diversas partes del mundo, los campos de concentración y exterminio, los gulag, las limpiezas étnicas y las persecuciones, el terrorismo, los secuestros de personas, la droga y los atentados contra los hijos por nacer y contra la familia.

El mensaje de Fátima es una llamada a la conversión, alertando a la humanidad para que no siga el juego del «dragón», que, con su «cola», arrastró un tercio de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra (cf. Ap 12, 4). La meta última del hombre es el cielo, su verdadera casa, donde el Padre celestial, con su amor misericordioso, espera a todos.

Dios quiere que nadie se pierda; por eso, hace dos mil años, envió a la tierra a su Hijo, «a buscar y salvar lo que estaba perdido» (Lc 19, 10). Él nos ha salvado con su muerte en la cruz; ¡que nadie haga vana esa cruz! Jesús murió y resucitó para ser «el primogénito entre muchos hermanos» (Rm 8, 29).

Con su solicitud materna, la santísima Virgen vino aquí, a Fátima, a pedir a los hombres que «no ofendieran más a Dios, nuestro Señor, que ya ha sido muy ofendido». Su dolor de madre la impulsa a hablar; está en juego el destino de sus hijos. Por eso pedía a los pastorcitos: «Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, pues muchas almas van al infierno porque no hay quien se sacrifique y pida por ellas».

4. La pequeña Jacinta sintió y vivió como suya esta aflicción de la Virgen, ofreciéndose heroicamente como víctima por los pecadores. Un día —cuando tanto ella como Francisco ya habían contraído la enfermedad que los obligaba a estar en cama— la Virgen María fue a visitarlos a su casa, como cuenta la pequeña: «Nuestra Señora vino a vernos, y dijo que muy pronto volvería a buscar a Francisco para llevarlo al cielo. Y a mí me preguntó si aún quería convertir a más pecadores. Le dije que sí». Y, al acercarse el momento de la muerte de Francisco, Jacinta le recomienda: «Da muchos saludos de mi parte a nuestro Señor y a nuestra Señora, y diles que estoy dispuesta a sufrir todo lo que quieran con tal de convertir a los pecadores». Jacinta se había quedado tan impresionada con la visión del infierno, durante la aparición del 13 de julio, que todas las mortificaciones y penitencias le parecían pocas con tal de salvar a los pecadores.

Jacinta bien podía exclamar con san Pablo: «Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1, 24). El domingo pasado, en el Coliseo de Roma, conmemoramos a numerosos testigos de la fe del siglo xx, recordando las tribulaciones que sufrieron, mediante algunos significativos testimonios que nos han dejado. Una multitud incalculable de valientes testigos de la fe nos ha legado una herencia valiosa, que debe permanecer viva en el tercer milenio. Aquí, en Fátima, donde se anunciaron estos tiempos de tribulación y nuestra Señora pidió oración y penitencia para abreviarlos, quiero hoy dar gracias al cielo por la fuerza del testimonio que se manifestó en todas esas vidas. Y deseo, una vez más, celebrar la bondad que el Señor tuvo conmigo, cuando, herido gravemente aquel 13 de mayo de 1981, fui salvado de la muerte. Expreso mi gratitud también a la beata Jacinta por los sacrificios y oraciones que ofreció por el Santo Padre, a quien había visto en gran sufrimiento.

5. «Yo te bendigo, Padre, porque has revelado estas verdades a los pequeños». La alabanza de Jesús reviste hoy la forma solemne de la beatificación de los pastorcitos Francisco y Jacinta. Con este rito, la Iglesia quiere poner en el candelero estas dos velas que Dios encendió para iluminar a la humanidad en sus horas sombrías e inquietas. Quiera Dios que brillen sobre el camino de esta multitud inmensa de peregrinos y de cuantos nos acompañan a través de la radio y la televisión. Que sean una luz amiga para iluminar a todo Portugal y, de modo especial, a esta diócesis de Leiria-Fátima.

Agradezco a monseñor Serafim, obispo de esta ilustre Iglesia particular, sus palabras de bienvenida, y con gran

alegría saludo a todo el Episcopado portugués y a sus diócesis, a las que amo mucho y exhorto a imitar a sus santos. Dirijo un saludo fraterno a los cardenales y obispos presentes, en particular a los pastores de la comunidad de países de lengua portuguesa: que la Virgen María obtenga la reconciliación del pueblo angoleño; consuele a los damnificados de Mozambique; vele por los pasos de Timor Lorosae, Guinea-Bissau, Cabo Verde, Santo Tomé y Príncipe; y conserve en la unidad de la fe a sus hijos e hijas de Brasil.

Saludo con deferencia al señor presidente de la República y demás autoridades que han querido participar en esta celebración; y aprovecho esta ocasión para expresar, en su persona, mi agradecimiento a todos por la colaboración que ha hecho posible mi peregrinación. Abrazo con cordialidad y bendigo de modo particular a la parroquia y a la ciudad de Fátima, que hoy se alegra por sus hijos elevados al honor de los altares.

6. Mis últimas palabras son para los niños: queridos niños y niñas, veo que muchos de vosotros estáis vestidos como Francisco y Jacinta. ¡Estáis muy bien! Pero luego, o mañana, dejaréis esos vestidos y... los pastorcitos desaparecerán. ¿No os parece que no deberían desaparecer? La Virgen tiene mucha necesidad de todos vosotros para consolar a Jesús, triste por los pecados que se cometen; tiene necesidad de vuestras oraciones y sacrificios por los pecadores.

Pedid a vuestros padres y educadores que os inscriban a la «escuela» de Nuestra Señora, para que os enseñe a ser como los pastorcitos, que procuraban hacer todo lo que ella les pedía. Os digo que «se avanza más en poco tiempo de sumisión y dependencia de María, que en años enteros de iniciativas personales, apoyándose sólo en sí mismos» (san Luis María Grignon de Montfort, *Tratado sobre la verdadera devoción a la santísima Virgen*, n. 155). Fue así como los pastorcitos rápidamente alcanzaron la santidad. Una mujer que acogió a Jacinta en Lisboa, al oír algunos consejos muy buenos y acertados que daba la pequeña, le preguntó quién se los había enseñado: «Fue Nuestra Señora», le respondió. Jacinta y Francisco, entregándose con total generosidad a la dirección de tan buena Maestra, alcanzaron en poco tiempo las cumbres de la perfección.

7. «Yo te bendigo, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños». Yo te bendigo, Padre, por todos tus pequeños, comenzando por la Virgen María, tu humilde sierva, hasta los pastorcitos Francisco y Jacinta.

Que el mensaje de su vida permanezca siempre vivo para iluminar el camino de la humanidad.

«Acojamos, amadísimos hermanos y hermanas, la luz que viene de Fátima: dejémonos guiar por María»

Palabras de Juan Pablo II en la audiencia general del 17 de mayo de 2000

Como sucedió en Lourdes, también en Fátima la Virgen eligió a unos niños, Francisco, Jacinta y Lucía, como destinatarios de su mensaje. Ellos lo acogieron tan fielmente que no sólo merecieron ser reconocidos como testigos creíbles de las apariciones, sino también se convirtieron ellos mismos en ejemplo de vida evangélica. Lucía, la prima, algo mayor, y que vive aún, ha dado retratos significativos de los dos nuevos beatos. Francisco era un niño bueno, reflexivo, de espíritu contemplativo. Jacinta era viva, bastante susceptible, pero muy dulce y amable.

Sus padres los habían educado en la oración, y el Señor mismo los atrajo más íntimamente hacia sí mediante la aparición de un ángel que, con un cáliz y una Hostia en las manos, les enseñó a unirse al sacrificio eucarístico para reparación de los pecados.

Esta experiencia los preparó para los sucesivos encuentros con la Virgen, la cual los invitó a orar asiduamente y a ofrecer sacrificios por la conversión de los pecadores. Con los dos pastorcitos de Fátima la Iglesia ha proclamado beatos a dos niños, porque, a pesar de que no fueron mártires, dieron muestras de vivir las virtudes cristianas en grado heroico, no obstante su tierna edad. Heroísmo de niños, pero verdadero heroísmo.

Su santidad no depende de las apariciones, sino de la fidelidad y del esmero con que correspondieron al don singular que recibieron del Señor y de María santísima. Después del encuentro con el ángel y con la hermosa Señora, rezaban el rosario varias veces al día, ofrecían frecuentes penitencias por el fin de la guerra y por las almas más necesitadas de la misericordia divina, y sentían el intenso deseo de «consolar» al Corazón de Jesús y al de María. Además, los pastorcitos tuvieron que sufrir las fuertes presiones de los que los impulsaban, con la fuerza y con terribles amenazas, a negarlo todo y a revelar los secretos recibidos. Pero ellos se animaban mutuamente, confiando en el Señor y en la ayuda de «aquella Señora», de la que Francisco decía: «Es nuestra amiga». Por su fidelidad a Dios, constituyen un luminoso ejemplo, para niños y adultos, de cómo conformarse de modo sencillo y generoso a la acción transformadora de la gracia divina.

Por consiguiente, mi peregrinación a Fátima fue una acción de gracias a María por lo que quiso comunicar a la Iglesia a través de estos niños y por la protección que me ha concedido durante mi pontificado: una acción de gra-

cias que he querido renovar simbólicamente con el don del precioso anillo episcopal que me regaló el cardenal Wyszynski pocos días después de mi elección a la Sede de Pedro.

Al parecer que los tiempos estaban maduros, he considerado oportuno hacer público el contenido de la así llamada tercera parte del secreto.

Me alegra haber podido orar en la capilla de las Apariciones, construida en el lugar donde la «Señora resplandeciente de luz» se manifestó en varias ocasiones a los tres niños y habló con ellos. Di gracias por lo que la divina misericordia ha realizado en el siglo xx, gracias a la intercesión materna de María. A la luz de las apariciones de Fátima, los acontecimientos de este período histórico tan convulso asumen una elocuencia singular. Por eso, no es difícil comprender mejor cuánta misericordia ha derramado Dios sobre la Iglesia y sobre la humanidad por medio de María.

No podemos por menos de dar gracias a Dios por el testimonio valiente de tantos heraldos de Cristo que han permanecido fieles a él hasta el sacrificio de su vida. Además, me complace recordar aquí a niños y adultos, hombres y mujeres, que, según las indicaciones que dio la Virgen de Fátima, han ofrecido diariamente oraciones y sacrificios, sobre todo con el rezo del santo rosario y con la penitencia. A todos los quisiera recordar una vez más, dando gracias a Dios.

Desde Fátima se difunde por todo el mundo un mensaje de conversión y esperanza, un mensaje que, de acuerdo con la revelación cristiana, está profundamente insertado en la historia. Partiendo precisamente de las experiencias vividas, invite a los creyentes a orar con asiduidad por la paz en el mundo y a hacer penitencia para abrir los corazones a la conversión. Este es el Evangelio genuino de Cristo que vuelve a proponer a nuestra generación, particularmente probada por los acontecimientos pasados. La llamada que Dios nos ha comunicado mediante la Virgen santísima sigue siendo plenamente actual.

Acojamos, amadísimos hermanos y hermanas, la luz que viene de Fátima: dejémonos guiar por María. Que su Corazón inmaculado sea nuestro refugio y el camino que nos lleve a Cristo. Que los beatos pastorcitos intercedan por la Iglesia, para que prosiga con valentía su peregrinación terrena y anuncie con fidelidad constante el Evangelio de la salvación a todos los hombres.

Cronología del triunfo de la Iglesia por medio de Nuestra Señora del Rosario: de Lepanto a Fátima (1571-1917)

J.J.E-S DEL V.

En el siglo XVI la cristiandad, ante el grave peligro que amenaza su fe por el avance del Islam, alza su voz suplicante a María, Auxilio de los Cristianos, quien la salva mediante el Rosario en Lepanto. Era el prelude de lo que había de hacer en el siglo XX, al ver María a sus hijos, inducidos a la general apostasía por el Misterio de Iniquidad de los sistemas políticos anticristianos, materialista y liberal. Compadecida de su tribulación, acude en Fátima en su auxilio, con el medio dispuesto por su Divino Hijo: la Devoción a su Inmaculado Corazón.

San Juan Bosco, el gran vidente del siglo XIX, al diseñar el templo de María Auxiliadora de Turín, proyectó poner en las dos columnas de su portada las fechas de dos grandes triunfos de la Iglesia por medio de María. En una dispuso la de 1571, Lepanto; y en la otra 19... no queriendo entonces precisar más. Hoy, más de un siglo después, desvelados ya tantos acontecimientos, podemos suponer lo que el Santo vio: el anunciado gran triunfo de la Iglesia, prefigurado en la fiesta del Rosario del 7 de octubre de 1571 en Lepanto: El triunfo del Corazón Inmaculado de María, anunciado al mundo en Fátima en 1917.

La cronología que sigue es como el dietario de algo conocido de lo acontecido hasta ahora, ya que lo decisivo, —creemos fundadamente con san Maximiliano Kolbe: *«Veréis un día a la Inmaculada en el centro de Moscú y en lo más alto del Kremlin»*—, está por llegar, pues, como dice A. Borelli en su libro *Fátima*, *«Si el castigo (y con él la vigencia del Mensaje de Fátima) ya hubiese pasado, debiera haberse cumplido también la parte del mensaje que habla de la victoria de María Santísima y de la instauración de su reino, claramente indicadas por las palabras "Por fin, mi Corazón Inmaculado triunfará". Pero ésto es justamente lo que menos se puede decir que haya ocurrido»*.

* * *

1907. 22 de marzo: Nace en la pobre aldea de Aljustrel Lucía do Santos de Jesús. En 11 de junio de 1908 y 11 de marzo de 1911 nacen sus primos los beatos Francisco y Jacinta Martos do Santos.

1916. Primavera. Primera aparición del Ángel de la Paz: *«Orad así: Dios mío, yo creo y espero en Vos. Os adoro y os amo. Os pido perdón por lo que no creen, ni adoran, ni esperan, ni Os aman»*.



1916 Verano. Segunda aparición del Ángel de Portugal: *«Los corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia. Aceptad los sufrimientos que el Señor os envíe.»*

1916. Otoño: Tercera aparición del Ángel, que postrado en tierra repite tres veces esta impresionante oración, que encierra en germen la esencia del mensaje de Fátima: *«Santísima Trinidad, Os adoro y Os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, presente en todos los Sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que es ofendido, y por los méritos infinitos de su Santísimo Corazón, y del Corazón Inmaculado de María, os pido la conversión de los pobres pecadores»*.

1917. 13 de mayo: Primera aparición de la Virgen María en Fátima: Encantador dialogo de María y los niños: *«¿De dónde es Usted? —Soy del Cielo»*, en que promete lle-

varlos al paraíso. Les invita al sacrificio por la reparación de los pecados, conversión de los pecadores y desagravio de las ofensas a su Inmaculado Corazón, que los niños aceptan. Apremiante recomendación del rezo diario del Santo Rosario para obtener la paz en el mundo.

1917. 13 de junio. Segunda aparición. Lucía: «**Querría pedirle que nos lleve a los tres al Cielo. —Sí, a Jacinta y a Francisco vendré a llevármelos pronto, pero tú debes permanecer aquí más tiempo. Jesús quiere servirse de tí para hacerme conocer y amar. Quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado**».

1917. 13 de julio. Tercera aparición: María Reina de los Profetas. «**Visión profética de la historia del mundo, cuya suerte se vincula al cumplimiento de las peticiones de Nuestra Señora y de la consagración a su Inmaculado Corazón. Sólo Ella puede venir en auxilio de la pobre humanidad. «Vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Corazón Inmaculado, y la comunión reparadora de los primeros sábados de mes». Mensaje del triple secreto, que en lenguaje apocalíptico podría llamarse el libro de los tres sellos**» (P. Bover, S.I.). «**Al fin, mi Corazón Inmaculado triunfará.**»

1917. 19 de agosto. Cuarta aparición. El día 13 los tres niños habían sido secuestrados y encarcelados en Vilanova de Ourem por un sectario anticlerical; cuando menos lo esperaban, se les aparece la Virgen en Valiños el día 19: «**Rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores. Muchas almas van al infierno porque no hay quien se sacrifique y ruegue por ellas.**»

1917. 13 de septiembre. Quinta aparición. La Virgen, que les urge el rezo del Rosario, les promete volver en octubre con san José y el Niño Jesús.

1917. 13 de octubre. Sexta aparición: «**Una gran señal apareció en el Cielo**» (Ap 12,1) «**Habrà señales en el sol**» (Lc 21,25). «**Sabéis distinguir los aspectos del cielo, y ¿no sois capaces de discernir las señales de los tiempos?**» (Mt 16,1-3). «**Soy la Señora del Rosario. «No ofendan más a nuestro Señor que está ya muy ofendido**». San José con el Niño Jesús bendicen al mundo. María se despide de los niños como Virgen del Carmen.

1917. 7 de noviembre (25 de octubre en el calendario ruso). Revolución de Octubre. Se instaura la revolución bolchevique en Rusia.

1918. 23 de diciembre. Lucía visita a sus dos primos enfermos. Jacinta, muy alegre, le cuenta: «**Nuestra Señora nos vino a ver y dice que vendrá pronto a buscar a Francisco para llevarlo al cielo. A mí me preguntó si todavía quería convertir más pecadores. Le dije que sí.**

Me dijo que iría a un hospital y que allí sufriré mucho».

1919. 4 de abril. Primer viernes. Muere en Aljustrel el beato Francisco Marto, que trataba sólo de pensar en consolar a Nuestro Señor y a la Virgen, que le habían parecido estar tan tristes.

1919. Diciembre. Jacinta escribe a Lucía: «**Nuestra Señora se me apareció de nuevo. Me dijo que voy a Lisboa a otro hospital. Que después de sufrir mucho moriré sola, pero que no tenga miedo, que Ella me vendrá a buscar para llevarme al Cielo**». El 20 de febrero, tras dolorosa e inútil operación, acompañada sólo por la Reina del Cielo, fallece la beata Jacinta Marto, la apasionada por convertir pecadores: «**!Que pena tengo por los pecadores! ¿Por qué Nuestra Señora no les muestra el infierno y así no pecarían?**».

1925. 24 de octubre. Lucía ingresa como postulante en las Religiosas Doroteas de Tuy. Lee la *Historia de un alma*, de santa Teresita y queda prendada del Carmelo.

1925. 10 de diciembre. Aparición de la Virgen a Lucía en Pontevedra: «**Mira mi Corazón rodeado de espinas que los homòres ingratos me clavan con blasfemias e ingratitudes. Tu al menos haz algo por consolarme y di a todos aquellos que durante cinco meses, en el primer sábado, se confiesen, comulguen, recen el rosario y me acompañen quince minutos meditando sus misterios con el fin de desagraviarme, que yo prometo asistirles en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para su salvación**».

1927. 17 de diciembre. Lucía ante el sagrario pregunta al Señor cómo cumplir la orden de su confesor de escribir cuanto le dijo la Virgen, si ello incluía el secreto que su Madre le había confiado. Jesús le hizo oír: «**Escribe lo que te piden, todo lo que te dijo la Santísima Virgen en la aparición en que te habló de la devoción a su Inmaculado Corazón. En cuanto al resto del secreto, continúa en silencio**».

1929 13 de junio. Tuy. María cumple su anuncio de 13 de julio de 1917. Lucía en la hora santa tiene la visión de la Santísima Trinidad y de sus proyectos sobre el Inmaculado Corazón de María y la consagración de Rusia. María le dice: «**Ha llegado el momento en que Dios pide al Santo Padre que en unión de todos los obispos del mundo haga la consagración de Rusia a mi Corazón, y prometo salvarla por este medio**». Lucía hace llegar el encargo de Nuestra Señora a conocimiento de su destinatario a través de su confesor y del obispo.

1930. 29 de mayo. Carta de Lucía su confesor José Bernardo Gonçalves: «**El buen Dios promete terminar la**



de la de mi Corazón Divino, la devoción de ese Inmaculado Corazón». —Pero, ¡Dios mío, el Santo Padre no me creerá si Vos mismo no le movéis con una inspiración especial! —«¡El Santo Padre! Reza mucho por él. Él la hará pero será tarde. Sin embargo, el Inmaculado Corazón de María ha de salvar a Rusia. Le está confiada».

1936. 26 de mayo. El episcopado portugués reunido en Fátima, temeroso por la revolución de los sin Dios en España, hace voto de promover una peregrinación nacional si Portugal se libra de los horrores de la persecución comunista. Cumplen el voto el 13 de mayo de 1938, en que la Asamblea de los obispos y el pueblo portugués en Cova da Iria dan las gracias a la Virgen por su protección de la revolución que ha assolado España.

1939. 11 de febrero. Muere el papa Pío XI. Es elegido papa Eugenio Pacelli, Pío XII. Lucía le escribe y comunica el segundo secreto confiado por la Virgen en 13 de julio de 1917. Dice en carta de Lucía al obispo de Leiria: «*La guerra predicha por Nuestra Señora es inminente. Las naciones que sufrirán más son las que han intentado destruir el reino de Dios. España ha sufrido ya su castigo, que no está aún del todo terminado. Portugal sufrirá un poco las consecuencias de la guerra, pero por la consagración que han hecho los obispos al Inmaculado Corazón de María, Nuestra Señora lo protegerá.*»

persecución en Rusia si el santo Padre se digna hacer, y mandar que lo hagan igualmente los obispos del mundo católico, un solemne y público acto de reparación y consagración de Rusia a los Santísimos Corazones de Jesús y de María, si su Santidad, a cambio del fin de esta persecución, promete aprobar y recomendar la práctica de la ya iniciada devoción reparadora».

1930. 13 de octubre. Obispo de Leiria: «*Declaramos como dignas de crédito las visiones de los pastorcitos en Cova da Iria en los días 13 de mayo a octubre de 1917, y permitimos oficialmente el culto a Nuestra Señora de Fátima*».

1935. 21 de enero. Lucía escribe a su confesor que Nuestro Señor se queja de que la consagración de Rusia no se ha hecho: «*No quisieron atender mi encargo. Como el rey de Francia, se arrepentirán, y la harán después. Pero será tarde. Rusia habrá ya extendido sus errores por el mundo, provocando guerras y persecuciones contra la Iglesia: el Santo Padre tendrá mucho que sufrir*».

1936. 18 de mayo. Carta de Lucía al padre Gonçalves: «*Le he preguntado a Nuestro Señor por qué no convertía Rusia sin que su Santidad hiciese la consagración*». —«*Porque quiero que toda mi Iglesia reconozca esa consagración como un triunfo del Inmaculado Corazón de María, para después extender su culto y poner, al lado*

1940. 20 de diciembre. Lucía recibe permiso para escribir directamente al Papa: «*Voy a renovar una petición que ya otras veces ha sido presentada a Vuestra Santidad, y que viene de Nuestro Señor y de nuestra buena Madre del Cielo... en 1929 Nuestra Señora pidió la consagración de Rusia a su Inmaculado Corazón. Nuestro Señor no ha dejado de insistir en esta petición, prometiendo últimamente que si Vuestra Santidad se digna hacer la consagración del mundo con especial mención de Rusia al Inmaculado Corazón de María, y ordenar que al mismo tiempo la hagan también todos los obispos de mundo, abreviará los días de tribulación con que ha determinado castigar a las naciones por sus crímenes por medio de la guerra, del hambre y de varias persecuciones a la Santa Iglesia y a su Santidad.*»

1942. 13 de octubre. Pastoral del cardenal Schuster, arzobispo de Milán, dando a conocer por primera vez oficialmente el mensaje de Fátima de 13 de julio de 1917, hasta entonces mantenido secreto, de consagrar el mundo y Rusia a su Inmaculado Corazón, y con ello su conversión y la paz. La censura de los ejércitos aliados elimina del mensaje la mención a Rusia, pues, al ser Stalin un aliado en la guerra contra el nazismo, no cabe que su régimen pueda suponer un peligro contra la paz.

1942. 31 de octubre. Radiomensaje del papa Pío XII a

Portugal en la clausura del XXV año jubilar de las Apariciones: *«Reina del Santísimo Rosario, Auxilio de los cristianos, Refugio del género humano, Vencedora de todas las batallas de Dios... a Vuestro Corazón Inmaculado, en esta hora trágica de la historia humana, confiamos, entregamos y consagramos, no sólo la Santa Iglesia, cuerpo místico de Vuestro Jesús, que pena y sangra en tantas partes, sino también el mundo entero, víctima de sus propias iniquidades... señaladamente dadles la paz y conducidlos al único redil de Cristo, a aquellos pueblos que Os profesan singular devoción, donde no había casa que no ostentase vuestro venerado icono, hoy tal vez escondido y reservado para tiempos mejores... Como fueron consagrados la Iglesia y todo el género humano al Corazón de vuestro Hijo, para que poniendo en Él todas sus esperanzas, fuese una señal y prenda de victoria y de salvación, así desde hoy Os sean también perpetuamente consagrados a Vos y a Vuestro Corazón Inmaculado, para que vuestro amor y patrocinio apresuren el triunfo del Reino de Dios, y todas las naciones, pacificadas entre sí y con Dios, Os proclamen Bienaventurada, y entonen con Vos de uno a otro polo de la tierra el eterno Magnificat de Gloria, amor y reconocimiento al Corazón de Jesús, donde únicamente pueden encontrar la Verdad, la Vida y la Paz»*. Consagración ratificada el 8 de diciembre por Pío XII en la Basílica Vaticana.

1943. 4 de mayo. Carta de Lucía al padre Gonçalves: *«Tuve que manifestar al Sr. Arzobispo de Valladolid un recado de Nuestro Señor para los señores obispos de España... desea que se reúnan en retiro y determinen una reforma del pueblo, clero y órdenes religiosas... si no atienden su deseo Rusia será una vez más el azote con que Dios los castigará. Promete el próximo fin de la guerra en atención al acto que se dignó hacer Su Santidad. Pero como fue incompleto, queda la conversión de Rusia para más adelante»*.

1943. Junio. Tuy. Sor Lucía enferma gravemente hasta el punto que el obispo de Leiria, monseñor Da Silva, teme que muera antes de revelar el secreto, y le escribe ordenándole que lo escriba. Lucía recae, y durante tres meses no puede escribir. El 2 de enero la Virgen se le aparece y le confirma que esa es la voluntad de Dios, y que Él le dará la luz y la fuerza para hacerlo. Lucía, a través de monseñor Ferrera, obispo de Gurza, remite su escrito al obispo de Leiria: *«He escrito lo que Vos me habéis pedido. Dios ha querido probarme un poco, pero finalmente me ha hecho ver que esa era su voluntad*. Monseñor Da Silva recibe el 17 de julio el sobre, que no se atreve a abrir, y escribe al Santo Oficio confiándole.

1946. 4 de diciembre. Cardenal Manuel Cerejeira, Patriarca de Lisboa: *«Muchos andan preocupados por los pormenores del secreto, y olvidan la única cosa necesaria, el sentido del mensaje de Fátima: La cristiana en-*

mienda de la vida para no ofender más a Dios, y la aceptación generosa de todas las penas y sufrimientos que el Señor nos quiera enviar en reparación de nuestros pecados y de los ajenos; y el rezo diario del santo Rosario, resumen de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, que debe ser el modelo de la nuestra».

1947. 13 de mayo. Una imagen de la Virgen de Fátima cruza la frontera española para iniciar viaje por Europa y presidir el Congreso Mariano de Maastrich. Al despedirles Lucía les dice: *«Nuestra Señora llegará hasta los confines de Rusia, pero habrá que rezar mucho para que llegue a Moscú»*. Comienza su peregrinar por todo el mundo, dispensando gracia a las multitudes.

1948. 25 de marzo. Lucía, con autorización del Papa, deja el Instituto de Santa Dorotea para ingresar en el Carmelo de San José de Coimbra con el nombre de Lucía del Corazón Inmaculado.

1952. 7 de julio. El papa Pío XII, personalmente, y mediante la Carta Apostólica *Ad universos Russiae Populos* consagra los pueblos de Rusia: *«Como hace algunos años consagramos todo el género humano al Inmaculado Corazón de la Virgen Madre de Dios, así ahora de un modo especialísimo dedicamos todos los pueblos de Rusia al Inmaculado Corazón»*.

1954. 12 de octubre. El Jefe del Estado ante la Virgen del Pilar de Zaragoza consagra España al Inmaculado Corazón de María. El papa Pío XII interviene a través de la radio: *«Confiamos, entregamos y consagramos la nación española a vuestro Corazón Inmaculado para que vuestro amor y patrocinio acelere la hora del triunfo en todo el mundo del reino de Dios»*.

1956. 13 de mayo. El cardenal Angelo Roncalli, futuro Juan XXIII, preside en Fátima la fiesta del aniversario de las apariciones.

1957. Febrero. El Santo Oficio reclama del obispado de Leiria el texto del secreto de Fátima, y el 16 de abril el sobre de Lucía es entregado a Pío XII, quien, sin abrirlo, lo guarda con la mención: *«Secretum Sancti Officii»*.

1957. 26 de diciembre. Carta de sor Lucía al padre Fuentes, postulador de la causa de Francisco y Jacinta: *«La Santísima Virgen está muy triste, pues nadie hace caso de su Mensaje, ni los buenos ni los malvados»*.

1959 17 de agosto. Juan XXIII pide el texto del secreto, y después de leerlo con ayuda de monseñor Paulo Tavares como traductor, lo da a conocer al cardenal Ottaviani.

1960. 8 de febrero. La agencia de noticias portuguesa

ANI trasmite un comunicado vaticano que anuncia que el texto de tercer secreto de Fátima no va ser por ahora publicado.

1964. 21 de noviembre. El papa Pablo VI en la clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II, aplaudido por los padres conciliares en pie, proclamó a la Santísima Virgen «Madre de la Iglesia»: *«Recordando el acto con que nuestro predecesor Pío XII, no sin inspiración de lo alto, consagró solemnemente al Inmaculado Corazón de María, con este fin hemos decidido enviar la Rosa de Oro al Santuario de Nuestra Señora de Fátima, amado como el que más... y dirigimos nuestra ardiente plegaria a la Virgen para que bendiga el Concilio Ecuménico y a la Iglesia toda, apresurando la hora de la unión de todos los cristianos... A tu Corazón Inmaculado, ¡Oh María!, encomendamos todo el género humano».*

1965. 27 de marzo. Pablo VI lee el texto del secreto y decide devolverlo al Santo Oficio y no revelarlo.

1967. 13 de octubre. Pablo VI, acompañado de Sor Lucía, preside en Fátima la fiesta jubilar de los 50 años de las Apariciones: *«Venimos como peregrino a rendir homenaje filial a Nuestra Señora de Fátima para que haga reinar en la Iglesia y en el mundo el bien inestimable de la paz».* Mediante la Exhortación *Signum Magnum* invita a renovar la consagración al Inmaculado Corazón de María.

1977 Julio. El cardenal Luciani, luego Juan Pablo I, peregrina a Fátima. Enterada Lucía, pide verle, y mantiene con él una larga entrevista en el Carmelo de Coimbra.

1981. 13 de mayo. En la plaza de San Pedro, en el día y a la hora de la aparición de Fátima, el terrorista Ali Agka, elegido por ser el mejor tirador, dispara a pocos metros de distancia tres balazos contra el papa Juan Pablo II, que, sin intervención de María, debieran haberle causado la muerte. Dos meses después Mons. Martínez Somalo entrega al Papa convaleciente el texto de la tercera parte del secreto, que éste le había solicitado.

1982. 20 de abril. Juan Pablo II envía una carta a todos los obispos del mundo en la que les solicita se le unan espiritualmente, y renueva la consagración del mundo de Pío XII.

1982. 13 de mayo. El papa Juan Pablo II peregrina a Fátima para agradecer a la Virgen su especial protección: *«Vengo aquí hoy porque precisamente en este día el año pasado, en la plaza de San Pedro de Roma, sucedió el atentado contra la vida del Papa, coincidiendo misteriosamente con el aniversario de la primera aparición en Fátima, que tuvo lugar el 13 de mayo de 1917. Estas fechas se han cruzado entre sí de tal modo que me ha parecido reconocer en ello una especial llamada a ve-*

nir. Por eso estoy aquí para dar gracias a la Divina Providencia en este lugar que la Madre de Dios parece haber escogido de modo particular.»

1984. 25 de marzo. Fin del Año Santo. Juan Pablo II, en unión con todos los obispos del mundo, consagra solemnemente al Inmaculado Corazón de María: *«Este mundo del segundo milenio, que está terminando»,* e implícitamente a Rusia: *«De modo especial te consagramos aquellos hombres y naciones de los que esperas nuestra consagración».*

1989. Se derrumba inexplicablemente el –hasta entonces por todos tenido como incommovible– sistema comunista soviético.

1994. 13 de mayo. En meditación desde el Policlínico Gemelli a los obispos italianos: *«Una mano materna guió la trayectoria de la bala, y el Papa agonizante se detuvo en el umbral de la muerte».*

2000. 13 de mayo. Beatificación por Juan Pablo II en Fátima de dos de los confidentes de la Virgen, los hermanos Francisco y Jacinta Marto, en presencia de la tercera, sor Lucía del Corazón de María, carmelita de 93 años. *«Te bendigo Padre, porque has tenido escondidas estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños».* Terminada la beatificación, el secretario de Estado, cardenal Sodano, en nombre del Papa, anuncia que en breve se dará a conocer la parte no publicada del secreto comunicado por la Virgen a los niños el 13 de julio de 1917, tan celosamente guardado durante 83 años.

2000. 26 de junio. Publicación del texto de la tercera parte del secreto de Fátima, con una nota explicativa del Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, cardenal Ratzinger.

* * *

A la clarificadora luz del texto ya completo del Mensaje de Fátima, y conforme a la nota introductoria con que ha sido presentado, creemos más claro y vigente que nunca lo que afirma Joao de Marchi en el epílogo de su admirable libro *Era una Señora más brillante que el Sol* (Fátima, 1996, 9.ª ed., Edições Missoes Consolata), de que la recurrente mención de Rusia en el mensaje de Fátima no hay que verla sólo como un acontecer histórico concreto, de suyo caduco, sino como *«un elemento simbólico que encarna una significación, no ya temporal, sino “escatológica”, el “topos” en el que se asienta en un cierto periodo de la historia el “Misterium iniquitatis”, porque más allá de la historia y del tiempo, Fátima se proyecta en el futuro como continuando infatigablemente la lucha genesiaca y apocalíptica de la Mujer y el dragón».*

La consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María*

ADELIO TORRES NEIRA

La consagración hecha por Pío XII

El 13 de junio de 1917, Nuestra Señora comunica a los pastorcillos un mensaje, clasificado como la segunda parte del secreto de Fátima, que más tarde Lucía sería autorizada a revelar: «Si se hace lo que os voy a decir, se salvarán muchas almas y habrá paz, la guerra se acabará. Pero si no se deja de ofender a Dios, en el pontificado de Pío XI comenzará otra peor... Para impedirlo deberéis pedir la consagración de Rusia a mi Corazón Inmaculado y la comunión reparadora los primeros sábados. Si se atienden mis peticiones, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, expandirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones contra la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre deberá sufrir mucho, varias naciones serán aniquiladas. Por fin, mi corazón triunfará. El Papa me consagrará Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz».

El 13 de junio de 1929, encontrándose Lucía en oración en Tuy, Nuestra Señora le dijo: «Ha llegado el momento en que Dios pide al Santo Padre hacer, en unión con todos los obispos del mundo, la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón, prometiendo salvarla por este medio».

El nombre de Rusia no aparece ni en la III ni en la IV Memoria. En contrapartida, después de la revelación del 13 de junio de 1929, Rusia, cuya consagración a María se pedía, es citada frecuentemente en las cartas de Lucía. Desde 1929 Lucía venía dando noticias a sus confesores y al obispo de Leiria de que había recibido la comunicación de que había llegado el tiempo de hacer la consagración de Rusia al Corazón de María. Su insistencia es impresionante. Pero sus cartas eran morosamente estudiadas y analizadas por las autoridades competentes y la solicitud no llegaba al Papa. El obispo de Leiria acabó por transmitir al Papa en 1937 la solicitud de Lucía. «Según una revelación celeste, el Buen Dios promete poner fin a la persecución en Rusia, si Vuestra Santidad se digna pedir a todos los obispos del mundo católico que hagan un acto solemne y público de reparación y de consagración

de Rusia a los Sacratísimos Corazones de Jesús y María y se digna aprobar y pedir la práctica reparadora de los cinco sábados».

En junio de 1938, al término de su retiro anual, los obispos portugueses se dirigieron al Papa en los siguientes términos:

«Beatísimo Padre:

»El Cardenal Patriarca de Lisboa y todos los obispos y arzobispos de Portugal, reunidos en el santuario de Fátima a los pies de la Beatísima Virgen María, para renovar la consagración llevada a cabo en otros tiempos a su Corazón Inmaculado, en acción de gracias por haber salvado a Portugal, sobre todo en estos últimos años, del peligro del comunismo, exultando de alegría por un beneficio tan grande y tan milagrosamente concedido por la Divina Madre, humildemente postrados a los pies de Vuestra Santidad, ruegan insistentemente que, cuando Vuestra Santidad lo juzgue oportuno, también el orbe entero sea consagrado al mismo purísimo Corazón, para que al fin se vea libre de una vez de tantos peligros que de todas partes le amenazan y reine la paz de Cristo en el Reino de Cristo, por mediación de la Madre de Dios».

En octubre de 1940, Lucía recibió la orden de escribir directamente al Papa. De esta carta tenemos dos redacciones: una, de exclusiva inspiración de la vidente, datada el 24 de octubre de 1940. Este original fue después corregido de principio a fin por el obispo de Leiria, por lo que la carta oficial está datada el 2 de diciembre de 1940. En cualquier caso, el contenido fundamental se mantiene en ambas redacciones.

Los dos pasajes esenciales de esta carta son los siguientes:

«En varias comunicaciones íntimas, Nuestro Señor no ha dejado de insistir en esta petición, prometiendo, si Vuestra Santidad se digna hacer la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María, con mención especial de Rusia, y ordenar que en unión con Vuestra Santidad y al unísono la hagan también todos los obispos del mundo, abreviar los días de la tribulación con la que tiene determinado castigar a las naciones por sus crímenes, por medio de la guerra, del hambre y de diversas persecuciones a la Santa Iglesia y a Vuestra Santidad...»

*Fragmento de la conferencia que el autor pronunció durante el Congreso «Fenomenología y teología de las apariciones», celebrado en Fátima en octubre de 1997.

De hecho, el confesor de Lucía había decidido ampliar la consagración al mundo entero a fin de aumentar la probabilidad de que la propuesta fuese aceptada. La mención oficial a Rusia creaba un problema no sólo diplomático sino teológico, porque se trataba de consagrar un estado que se declaraba oficialmente ateo.

El segundo pasaje es el siguiente:

«¡Santísimo Padre! Si en la unión de mi alma con Dios no estoy engañada, Nuestro Señor promete, en atención a la consagración que los excelentísimos prelados portugueses hicieron de la nación al Inmaculado Corazón de María, una protección especial para nuestra Patria durante esta guerra; y que esta protección será una prueba de las gracias concedidas a las otras naciones si como ella le son consagradas».

Aconteció que el 13 de mayo de 1942 se celebraban tanto los 25 años de las apariciones de Fátima como los 25 años de la consagración episcopal de Pío XII, acontecimientos que tuvieron lugar el mismo día 13 de mayo de 1917 y, según confesó el mismo Papa, a la misma hora de la primera aparición. El acontecimiento fue debidamente celebrado en Portugal, mereciendo un relieve especial la peregrinación del 13 de mayo. El Cardenal Patriarca evocó el doble acontecimiento durante la homilía.

Este año jubilar sería clausurado solemnemente el 31 de octubre de este año de 1942. Se había anunciado que Pío XII se dirigiría este día a los portugueses. Todos los prelados portugueses del continente se hallaban reunidos en Lisboa y a las cinco de la tarde el Papa habló en portugués, en un largo mensaje de 35 minutos. Este mensaje terminó con la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María. De esta consagración extraemos los párrafos más sobresalientes:

«A Vos, a vuestro Corazón Inmaculado, Nos, como padre común de la gran familia cristiana, como vicario de Aquel a quien fue dado todo poder en el cielo y en la tierra (Mt 28,18) y de quien recibimos la solicitud de cuantas almas redimidas con su sangre pueblan el universo mundo, a Vos, a vuestro Corazón Inmaculado, en esta hora trágica de la historia humana, nos confiamos y nos consagramos, en unión no sólo de la Santa Iglesia, Cuerpo Místico de tu Jesús, que sufre y se desangra en tantas partes, atribulada de tantas maneras, sino también de todo el mundo, desgarrado por feroces discordias, ardiendo en un incendio de odios, víctima de la propia iniquidad.

»Conmuévante tantas ruinas materiales y morales, tantos dolores, tantas angustias de padres, de madres, de esposos, de hermanos, de niños inocentes; tantas vidas tronchadas en flor, tantos cuerpos maltrechos en horrible carnicería, tantas almas torturadas y agonizantes, tantas en peligro de perderse eternamente.

»¡Alcánzanos de Dios, Tú, oh Madre de Misericordia, la paz!...

»A los pueblos separados por el error o por la discordia y en particular a los que siempre te han profesado una singular devoción y en cuyo hogares todos se veneraba tu icono (hoy quizá oculto y guardado para tiempos mejores), dales la paz y encamínalos de nuevo al único redil de Cristo, bajo el único y verdadero Pastor...

»Finalmente, así como al Corazón de tu Jesús fueron consagrados la Iglesia y todo el género humano con el fin de que, depositando en Él toda su confianza, fuese para ellos señal y prenda de victoria y salvación; así, igualmente, nos consagramos perpetuamente a Ti, a tu Corazón Inmaculado, ¡oh Madre nuestra, Reina del mundo!, a fin de que tu amor y patrocinio acelere el triunfo del Reino de Dios, y todos los pueblos, pacificados entre sí, y con Dios, te aclamen Bienaventurada y contigo entonces de un extremo a otro de la tierra el eterno "Magnificat" de gloria, amor y reconocimiento al Corazón de Jesús, el único en quien pueden encontrar la Verdad, la Vida y la Paz».

En este mensaje no se hacía alusión directa de Rusia, pero es evidente una alusión velada: «A los pueblos separados por el error o por la discordia y en particular a los que siempre te han profesado una singular devoción y en cuyo hogares todos se veneraba tu icono (hoy quizá oculto y guardado para tiempos mejores), dales la paz y encamínalos de nuevo al único redil de Cristo, bajo el único y verdadero Pastor».

El 8 de diciembre de este mismo año de 1942, en la fiesta de la Inmaculada Concepción, por tanto, poco más de un mes después de la consagración solemne del 31 de octubre, Pío XII renovó esta consagración en la basílica de San Pedro, con estas expresivas palabras: «A Vos, a vuestro Corazón Inmaculado, en esta hora trágica de la historia humana, confiamos, entregamos, consagramos no sólo a la Santa Iglesia, sino el mundo entero».

Pero el 4 de mayo de 1943, Lucía hacía saber que estas fórmulas eran insuficientes para el cumplimiento de la promesa.

El 13 de junio de 1946, el legado pontificio coronó la imagen de Nuestra Señora de Fátima como reina de la paz y del mundo.

En varias ocasiones, Pío XII estimuló a las diócesis, parroquias y, sobre todo, a las familias a que llevaran a cabo esta consagración. El 1 de mayo de 1948, en la encíclica *Auspicia quaedam* escribía: «Deseamos que siempre que las circunstancias lo aconsejen se haga esta consagración (al Inmaculado Corazón de María), tanto en las diócesis como en cada una de las parroquias y en las familias».

Como conclusión de la consagración del mundo al Corazón de María, Fátima sería escogida como lugar de conclusión del Año Santo de 1951 *extra urbem*, habiéndose realizado en esta altura el Congreso Internacional sobre el Mensaje de Fátima, bajo la presidencia del legado pontificio, el cardenal Tedeschini (13 de octubre de 1951).

La consagración de Rusia

Entre tanto, Lucía continuaba insistiendo para que se consagrara explícitamente a Rusia al Corazón Inmaculado de María. Pío XII, plenamente convencido de que era necesario corresponder a las llamadas de la Madre de Dios, el día 7 de julio de 1952, fiesta de los santos Cirilo y Metodio, apóstoles de los pueblos eslavos, consagró finalmente a Rusia al Inmaculado Corazón de María, con la carta apostólica *Sacro vergente anno*. Es una carta sobre las relaciones históricas y amistosas que ligan a la Santa sede con los pueblos de Rusia y de solicitud pastoral que este pueblo merece del Papa, especialmente en la coyuntura actual. Las palabras formales de consagración con que termina la Carta Apostólica son las siguientes: «Y Nos, para que sean más fácilmente oídas nuestras y vuestras súplicas, y para daros esta singular prueba de nuestra particular benevolencia, así como hace pocos años consagramos todo el género humano al Inmaculado Corazón de la Virgen Madre de Dios, así ahora de modo especialísimo dedicamos y consagramos todos los pueblos de Rusia al mismo Corazón Inmaculado, en la segura confianza de que, con el poderosísimo patrocinio de la Virgen María, se verán realizados en el más breve tiempo posible los votos que Nos, junto con todas las almas buenas, hacemos por la verdadera paz, por la concordia fraterna y por la libertad debida a todos, y en primer lugar a la Iglesia. De manera que por vuestra oración, unida a la nuestra y a la de todos los cristianos, el Reino salvífico de Cristo, que es reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz, triunfe y se consolide establemente en todas las partes de la tierra».

Pío XII, al instituir en 1954 la fiesta de María Reina del mundo, ordenaba que se renovase la consagración del género humano al Corazón de María. Pero Lucía hizo saber de nuevo que las condiciones de la promesa todavía no se habían cumplido. «Estoy desolada porque la consagración que Nuestra Señora pedía todavía no se ha llevado a cabo». De hecho, el Papa no había hecho la consagración en unión con todos los obispos, conforme Nuestra Señora lo había pedido en Tuy en junio de 1929.

El Papa tomó esto en consideración y renovó por cuarta vez la consagración durante el Año Mariano en la encíclica *Ad coeli Reginam* el 11 de octubre de 1954. Esta vez ordenaba a todos los obispos renovar, el día 31 de mayo, día de la fiesta de la Realeza de María, la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María. Pero, esta vez, Rusia no era mencionada, por lo que Lucía mantuvo sus reservas.

La consagración de Paulo VI durante el Concilio

Durante el concilio Vaticano II circulaban dos corrientes sobre la consagración a María: una en la línea de Fátima, con apenas referencia explícita a María y otra más

conforme con Montfort, con referencia más teocéntrica: consagración a Dios por María. Las dos corrientes llegarían a un acuerdo. La referencia a Rusia constituía un pequeño problema, porque en el Concilio había observadores rusos y no era de desear un contencioso entre la Iglesia y el gobierno marxista del país.

Paulo VI, en pleno concilio, al final de la tercera sesión, en el discurso del 21 de noviembre de 1964, en un esfuerzo manifiesto por satisfacer todas las peticiones de la Virgen de Fátima y salvaguardar las conveniencias necesarias, se expresaba en estos términos:

«Al paso que elevamos nuestro espíritu en ardiente oración a la Virgen para que bendiga el Concilio ecuménico y a toda la Iglesia, acelerando la hora de la unión entre todos los cristianos, nuestra mirada se abre a los ilimitados horizontes del mundo entero, objeto de las más vivas atenciones del Concilio ecuménico, y que nuestro predecesor Pío XII, de venerable memoria, no sin una inspiración del Altísimo, consagró solemnemente al Corazón Inmaculado de María. Creemos oportuno, particularmente hoy, recordar este acto de consagración... Virgen María, Madre de la Iglesia, te recomendamos toda la Iglesia, nuestro Concilio ecuménico... Finalmente, encomendamos a tu Corazón Inmaculado todo el género humano».

De hecho, Paulo VI contentóse con recordar la consagración que Pío XII había hecho en 1942, lo cual tampoco podía satisfacer la petición de Lucía.

Las consagraciones de Juan Pablo II

Juan Pablo II quedó especialmente motivado por los acontecimientos de Fátima después del atentado de que fue víctima en la plaza de San Pedro el 13 de mayo de 1981. En su lecho del hospital Gemelli se hizo leer por su amigo de la infancia, el doctor Poltawska, los textos de Fátima, convencido como estaba de que Nuestra Señora de Fátima le había librado del atentado. Un año más tarde, el 13 de mayo de 1982, Juan Pablo II vino a Fátima para renovar la consagración pedida por Lucía. Al contrario que Paulo VI, que no quiso ver a Lucía en privado, Juan Pablo II quiso hablar con ella antes de realizar la consagración, pero sólo pudo hacerlo después. Conversó con ella durante veinte minutos, pudiendo así conocer el punto de vista de la vidente en todos sus detalles. Lucía no estaba satisfecha, tal vez porque Rusia sólo aparecía veladamente en la fórmula de consagración, tal vez porque los obispos, avisados tardíamente, no se habían podido asociar a esta consagración.

Juan Pablo II renovó efectivamente la consagración en Fátima el 13 de mayo de 1982. Decía:

«Hace cuarenta años, y nuevamente diez años después, tu siervo el Papa Pío XII, teniendo ante sus ojos las dolo-

... A terceira parte do segredo: - Refere-se às palavras de Nossa Senhora: "... Se não, espalhara seus erros pelo mundo, provocando guerras e perseguições à Igreja. Os bairros serão destruídos, o Santo Padre terá muito que sofrer, ... Várias nações serão aniquiladas." (13-VII-1917).

... A terceira parte do segredo, que tanta ansiedade por conhecer, é uma revelação simbólica, que se refere a este trecho do Mensageiro, com a seguinte frase: "... não, mas aceitamos a não, o que a Mensageira nos pede: "Se atenderem a Mens... pedidos, a Rússia se converterá. Então, por, se não, espalhara seus erros pelo mundo... do" etc.

Porque não temos atendido a este apelo da Mensageira, vimos a Rússia que ela se tornou pródigo, a Rússia foi invadida do mundo com os seus erros. E se não vemos ainda, o facto consumado, da final desta profecia, vemos que porca... e' caminhámos a passo largos. Se não reemarmos no caminho do pecado do ódio, da vingança, da injustiça e oprimando os direitos da pessoa hu... mana, da imortalidade e da violência etc.

É não dignos que é Deus, que assim nos castiga, mas sim, que são os homens, que para si mesmos se prepararam a castigo. Deus, apenas nos adverte e chama ao bem, respeitando a liberdade que nos deu, por isso, os homens são responsáveis.

Manuscrito de sor Lucía al que se alude en la nota 5 de la presentación de monseñor Tarcisio Bertone (p. 5)

rosas experiencias de la familia humana, puso bajo tu confianza y consagró a tu Corazón Inmaculado todo el mundo, y especialmente los pueblos que eran objeto de tu amor y solicitud particular. Este mundo de los hombres y de las naciones es el que hoy tengo ante los ojos yo también, en el momento en el que deseo renovar el ofrecimiento y la consagración realizada por mi predecesor en la sede de Pedro: este mundo del segundo milenio que está terminando, el mundo contemporáneo, nuestro mundo de hoy.

«... ¡Oh Madre de los hombres y de los pueblos!, Tú que conoces todos sus sufrimientos y esperanzas, Tú que sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que invaden el mundo contemporáneo, acoge nuestro grito que, como movidos por el Espíritu santo, elevamos directamente a tu corazón, y abraza, con tu amor de Madre, este nuestro mundo humano, que ponemos bajo tu confianza y te consagramos, llenos de inquietud por la suerte terrena y eterna de los hombres y de los pueblos. De modo especial ponemos bajo tu confianza y te consagramos aquellos hombres y naciones que necesitan especialmente esta entrega y esta consagración».

El 16 de octubre de 1983, el Papa renovaba esta consagración con los obispos reunidos en Sínodo, al final de la

Eucaristía celebrada en la plaza de San Pedro. Con este gesto pretendía hacerlo moralmente unido a todos los obispos allí representados en el Sínodo. Parece que quiso hacer de esta consagración una consagración colegial, en consonancia con la petición de Lucía.

El 8 de diciembre del mismo año de 1983, fiesta de la Inmaculada Concepción, en el contexto del Año Santo de la Redención, Juan Pablo II escribe una carta a todos los obispos del mundo, invitándoles a renovar con él, dondequiera que se encuentren y en la forma que crean más adecuada, la consagración del Mundo al Corazón de María en la próxima solemnidad de la Anunciación del Señor, el 25 o 24 de marzo de 1984 (el 25 era domingo y la fiesta sería anticipada al 24), porque este día concluiría el Año Santo de la Redención. La fórmula a usar sería la que pronunciara él mismo en Fátima el 13 de mayo de 1982, con ligeras adaptaciones.

Esta consagración fue efectivamente renovada el 25 de marzo de 1984 por todos los obispos del mundo entero. Juan Pablo II la hizo en Roma, delante de la imagen de Nuestra Señora de Fátima, de la capilla de las Apariciones, expresamente enviada a Roma para esta ocasión y colocada junto al altar papal, sobre el túmulo de San Pedro. La colegialidad de tal consagración es la característica nueva y más significativa de este acto: nunca tal consa-

gración había sido hecha simultáneamente por el Papa y por todos los obispos. Mientras tanto, los familiares de Lucía repetían que, según ella, la consagración hecha no respondía todavía a los requisitos pedidos por Lucía. Los motivos serían los mismos: Rusia no había sido sola y exclusivamente nombrada y los obispos no habían correspondido suficientemente a las peticiones del Papa. Pero, la verdad es que la consagración realizada por Juan Pablo II correspondía efectivamente en lo esencial a la petición de Lucía. Efectivamente, en una carta dirigida a la hermana Belem, el 29 de agosto de 1989, Lucía, después de repetir que las consagraciones hechas el 31 de octubre de 1942 por Pío XII y las que la siguieron, inclusive la de Juan Pablo II el 13 de mayo de 1982, eran insuficientes, declaraba que esta consagración hecha por el Papa el 24 de marzo de 1984, en unión con los obispos del mundo entero, satisfacía las demandas de Nuestra Señora:

«Después, este mismo pontífice escribió a todos los obispos del mundo entero para pedirles que se unieran a él. Hizo llevar la estatua de Nuestra Señora de Fátima (la de la Capilla), a Roma y el 25 de marzo de 1984, públicamente y en unión con todos los obispos que se quisieron unir a Su Santidad, hizo la consagración tal como Nuestra Señora la había pedido, y ella dice que sí. Desde entonces, está hecha».

Nótese que Lucía habla de «obispos que se quisieron unir a Su Santidad», sabiendo muy bien que no todos los obispos lo habían hecho, y que acepta la consagración del mundo, sin que Rusia hubiera sido nombrada. De hecho, por una parte, Rusia ya había sido nombrada varias veces, explícita o implícitamente, y por otra, la petición de Lucía a Pío XII en 1942 se refería de hecho a la consagración del mundo, aunque fuese una concesión que ella había hecho a su confesor, para que su petición «pasara» más fácilmente.

Juan Pablo II renovarían más de una vez la consagración del mundo al Inmaculado Corazón de María, en Fátima, el 13 de mayo de 1991, porque, como él dijo en 1982, «la petición de María no es para una sola vez. Continúa abierta para las generaciones que se renuevan, para ser correspondida de acuerdo con los signos de los tiempos, siempre nuevos. A ella se debe volver incesantemente. Hay que tomarla siempre de nuevo.

»En unidad colegial con todos los pastores, en comunión con todo el pueblo de Dios, expandido por los cuatro extremos de la tierra, también hoy os renuevo la consagración filial del género humano. A Vos, con confianza, nos consagramos todos. Con Vos queremos seguir a Cristo, Redentor de los hombres: que el cansancio no nos abata, que la fatiga no nos desaliente, las dificultades no extingan el coraje, ni la tristeza la alegría de nuestro corazón».

Pío XII y Juan Pablo II renovaron efectivamente ocho veces de forma solemne, sin contar los actos secundarios, la consagración pedida por Nuestra Señora de Fátima. Como dice el padre Laurentin, «cada vez que volvía a empezar era para que se conformase cada vez más con la voluntad expresada por la Virgen. Para eso Juan Pablo II se encontró con Lucía, en la mañana del 13 de mayo de 1982, a fin de realizar de modo cabal la petición de la Señora: esa es la razón por la cual renovó tres veces (aparte de otros actos episódicos) esta consagración oficial. Jamás los papas fueron tan lejos, para obedecer con un acto público, a escala de la Iglesia universal, la petición de un vidente. Roma evitaba esta sumisión del Papa a los videntes, para no oscurecer el carácter supremo de su magisterio».

Siempre que renovaban esta consagración, los papas insistían en dos constantes que, según parece, nunca habían satisfecho plenamente a Lucía:

—la unión con los obispos del mundo entero, como se ve en la primera y en la cuarta consagración de Pío XII y en todas las que hizo Juan Pablo II;

—la mención de Rusia, unas veces en forma alusiva (Pío XII el 31 de octubre de 1942), otras como mención silenciosa (Juan Pablo II el 13 de mayo de 1982) y otras de forma explícita, como fue el caso de Pío XII en 1952, en que habla de «todos los pueblos de Rusia».

Lucía apenas menciona en su carta el primer punto: la unión de los obispos como elemento esencial. La mención explícita de Rusia ya no aparece.

El padre Laurentin se pregunta por qué Lucía esperó hasta 1989 para confirmar la consagración hecha por Juan Pablo II el 25 de marzo de 1984. Tal vez porque, de hecho, fue en este año de 1989, con el fin de la persecución en Rusia y las numerosas conversiones allí sucedidas, cuando se hizo realidad la promesa de Nuestra Señora.

«... que tu amor y patrocinio acelere el triunfo del Reino de Dios, y todos los pueblos, pacificados entre sí, y con Dios, te aclamen Bienaventurada y contigo entonen de un extremo a otro de la tierra el eterno “Magnificat” de gloria, amor y reconocimiento al Corazón de Jesús, el único en quien pueden encontrar la Verdad, la Vida y la Paz.»

Pío XII: *Consagración del género humano al Inmaculado Corazón de María* (31 de octubre de 1942)

Los acontecimientos de Rusia a la luz del Mensaje de Fátima*

WERENFRIED VAN STRAATEN

Al acabar la Segunda Guerra Mundial, mis superiores me pidieron que organizara, en Flandes, la ayuda para los catorce millones de alemanes expulsados de su patria, entre los que había tres mil sacerdotes. Era ayudar a los enemigos. Desde entonces, he considerado como mi vocación particular la reconciliación y la restauración de la caridad en la Iglesia y en el mundo, vocación más actual que nunca.

No quiero hablar de cómo hemos ayudado a la Iglesia en peligro en el pasado. Quiero hablar del presente y del porvenir. Séame permitido empezar enunciando una profecía del profeta Daniel que, me parece, afecta de alguna forma a los acontecimientos asombrosos que, en los últimos tres años han modificado el curso de la historia del mundo.

Al final de la Segunda Guerra mundial, que concluyó con la caída de Hitler y del TERCER Reich, la Unión Soviética se convirtió en una potencia mundial. Mucho tiempo antes, el profeta Daniel había profetizado al rey de Babilonia que después de él vendría un segundo, un tercero y, en fin, un CUARTO reino, duro como el hierro, que destruiría todos los reinos precedentes pero que, a su vez, sería destruido por Dios sin que fuera tocado por mano de hombre (Dn 2,37-45).

Cuando en su sueño Daniel vio surgir de las aguas la cuarta bestia, ¿tenía ante sus ojos a Stalin y a sus esbirros que, más de dos mil años después, exterminarían a cincuenta millones de hombres y llevarían a la ruina a centenares de millones más?

Juzguen ustedes a la vista de las citas siguientes del Libro de Daniel: «Hete aquí una cuarta bestia, espantable, terrible y extraordinariamente fuerte; tenía grandes dientes de hierro, comía y trituraba, y lo sobrante lo hollaba con sus patas. Era distinta de todas las bestias que la habían precedido» (Dn 7,7). «Se alzarán un rey de mirada soberbia y experto en astucias. Su poder crecerá con fuerza (...). Hará grandes destrozos y tendrá éxito en todas sus empresas. Destruirá a los poderosos y al pueblo de los santos. Por su habilidad la traición triunfará entre sus manos; se enorgullecerá en su corazón y destruirá a muchos por sorpresa. Se opondrá al Príncipe de los príncipes, pero —sin intervención de mano humana— será quebrantado» (Dn 8,23-25). «El tribunal se sentará y lo aniquilará para siempre» (Dn 7,26)

* Conferencia pronunciada por el autor, de la asociación de Ayuda a la Iglesia Necesitada, en mayo de 1992, en el congreso «Fátima y la paz».

En 1989 vimos que —tras el Tercer Reich de Hitler— el cuarto Reich de Stalin ha sido quebrado por Dios «sin intervención de mano humana»: un prodigio, inexplicable por causas naturales. Se encuentra la explicación sobrenatural en la visión de la Mujer y el Dragón del Apocalipsis del apóstol Juan, capítulo 12, versículos 1-10.

En esta visión, Juan ve a una mujer vestida de sol, la Luna a sus pies y una corona de doce estrellas sobre la frente. La liturgia aplica estas palabras a María. Ella es la madre del Cristo y al mismo tiempo el símbolo y el miembro principal de la santa Iglesia.

Pero, otro signo aparece en el cielo. Es el adversario de la Mujer y del Niño: un dragón rojo como el fuego, llamado en otra parte «la antigua serpiente que es el diablo y Satán» (Ap 12,9). La corona de fuego significa su naturaleza mortífera. Por eso Cristo le ha llamado «homicida desde el principio» (Jn 8,44). Posee siete cabezas: muestran su carácter voraz, porque el demonio merodea como un león rugiente buscando a quien devorar (1 P 5,8-9). Tiene diez cuernos, signos de su formidable poder. Y sobre sus cabezas lleva siete diademas, expresión de su realeza, porque reivindica la dominación del mundo y Cristo le llama «el Príncipe de este mundo» (Jn 12,31).

Este dragón rojo derriba a una tercera parte de las estrellas del firmamento y muestra así su odio a la luz, símbolo del mismo Dios: «cubierto de luz como de un manto» (Ps 104,2). Se alza contra la Mujer para devorar a su hijo. Esta tentativa del demonio oculta todo el odio implacable que tiene a Cristo y a Su cuerpo místico. Cuando Cristo, subido al cielo, es sustraído por toda la eternidad al poder del dragón, la Mujer —que simboliza también a la Iglesia— queda expuesta a la persecución sobre la tierra. Ella huye al desierto, donde Dios le ha preparado un refugio. Esto significa, por una parte, que a pesar de la persecución, la santa Iglesia se encuentra siempre bajo la custodia de Dios, pero, por otra parte, que María siempre está junto a ella.

No, María no abandona a sus hijos. He aquí porque Nuestra Señora, venerada tanto en el este como en el oeste —ella que, según la leyenda, asistió al ejército ruso como Nuestra Señora de Kazán, el 22 de octubre de 1612, tras la conquista de Moscú— ha posado de nuevo su mirada maternal sobre Rusia cuando, en 1917, en Fátima, se comprometió en la lucha contra la revolución mundial de Lenin.

Esta revolución fue, por su misma esencia, una revolución total contra Dios. En Fátima, María ha anunciado el

remedio. Su revelación tiene poco eco y sigue la Segunda Guerra Mundial, que termina con la victoria del comunismo, que sojuzga a la mitad de la humanidad. He aquí las consecuencias: sin contar los innumerables millones de víctimas en China, en Corea y en Indochina... millones de personas muertas de hambre, asesinadas o exterminadas en el Archipiélago del gulag; un telón de acero a través de Europa y un muro dividiendo Berlín; una sexta parte de la superficie de la tierra ecológicamente siniestrada, la mitad de un continente, rico y fértil, humillado hasta la mendicidad, pero dotado de una arsenal de armas nucleares amenazando la supervivencia de nuestro planeta; decenas de millones de refugiados y centenares de millones de oprimidos; y, sobre todo, una persecución inaudita que ha privado a dos o tres generaciones de todo lo que es verdadero, bueno y bello, para abandonarles enseguida a su suerte, totalmente pervertidos. Para hacer frente a este mal, nuestra acción de ayuda a la Iglesia en peligro empezó en 1947. Después de permanecer durante 45 años en el centro del combate, os digo: tras el juego de los diplomáticos y la palabrería de las conferencias internacionales, yace la lucha de todos los tiempos, aquella que Juan ha descrito en la visión de la Mujer y el dragón. El instigador de los espíritus infernales es Satán. La Reina de los Ángeles conduce las legiones celestiales. El que dijo NO a Dios combate contra aquella que dijo SÍ. He aquí el verdadero sentido de la revolución de Octubre y la única filosofía de la historia que explica las causas finales.

En Fátima, María nos ha revelado el remedio. Antes de que se supiera que Lenin había llegado a Rusia para desencadenar la revolución, María había llamado por seis veces, entre el 13 de mayo y el 13 de octubre, a la cristiandad occidental a la oración, a la conversión, a la penitencia y a la consagración total a su Corazón Inmaculado, para que Rusia también se convierta y se evite que en tanto que órgano ejecutivo de Satán este país destruya el reino de Dios en innumerables almas; ya que María había añadido a su llamada: «Si se me escucha, Rusia se convertirá; si no, ella expandirá sus errores por el mundo entero, desencadenará guerras y persecuciones. Muchos justos serán martirizados, el Papa también deberá sufrir mucho, pueblos enteros serán exterminados». Dios ha confirmado estas palabras con el signo grandioso en el cielo de Fátima del que, el 13 de octubre de 1917, setenta mil peregrinos fueron testigos.

El milagro de Fátima no ha convencido al mundo. Los milagros de la misericordia de Dios en la Europa del Este, ¿convencerán al Occidente infiel? ¿Para cuándo el fin de la descristianización de los países cristianos, del materialismo de consumo que nos ha contaminado a todos, del egoísmo que prefiere los perros y los gatos a los niños, y que seca la fuente de las vocaciones sacerdotales? ¿Para cuándo el fin de las masacre de los niños antes de nacer?

No, Occidente no se ha convertido. Por eso la cuarta bestia no ha muerto. Ni en China ni en Rumanía. Ni en la ex Yugoslavia. Y tampoco en el caos en que se disgrega el

imperio de Stalin. La cuarta bestia no ha muerto. Se esconde. Lame sus llagas. Espera su hora. La hora del golpe de Estado en Moscú. O la hora de golpear sin piedad en Croacia y en Bosnia-Herzegovina. ¿Dónde golpeará mañana? En la Europa del Este muchos tiene miedo...

Frente a esta situación dramática, no hay que pensar que la actual evolución de los países comunistas sea un espectáculo que podamos admirar de lejos, sin riesgo. No creáis que este drama pasará junto a nuestras vidas sin dejar huella, y no tenemos ningún papel que jugar aquí. No creáis que Dios, que dirige un «halte» atronador al comunismo, no tiene nada que decir a la cristiandad occidental que reniega demasiado a menudo de la doctrina de Cristo. ¿No escandalizamos así a los pueblos de Europa del Este que han abjurado de la fe en Marx y buscan a Cristo?

Los años de terror, de propaganda y de educación materialista han dejado cicatrices profundas en las almas de la cristiandad de la Europa del Este. El Telón de Acero no sólo ha aumentado la distancia geográfica, sino también la distancia psicológica entre el Este y el Oeste. Más que nunca, somos una cristiandad desgarrada. Incluso sin el Telón de Acero, el desgarramiento espiritual permanece. Ya no son comunistas, ni socialistas, pero no por eso cristianos lo que encontramos hoy en la Europa del Este. Todavía no tienen este nombre. Son «los que vienen después del comunismo». Son la antítesis de la tesis comunista y, por esto mismo, adversarios encarnizados de un sistema que han interiormente vencido. Tienen hambre de justicia, de libertad, de amor y de verdad, en una palabra, de todo aquello que el comunismo niega. Pero, ¡no caigamos en un error! Los que vienen después del comunismo no pueden ser incorporados sin más a la Iglesia. Están heridos y tienen necesidad de una nueva evangelización. Y para llevar a buen término, de manera creíble, esta evangelización, para conquistar a los que han abjurado del materialismo ateo, Occidente debe renunciar en primer lugar a su propio materialismo práctico. Mientras no lo consigamos, seremos incapaces de reevangelizar a nuestros hermanos del Este.

Roguemos intensamente por ellos, a fin de que el Señor les libere cuanto antes. Pero roguemos también por nosotros, para que Dios nos purifique y para que nuestro cristianismo engañoso no entorpezca la unión con los que, purificados por el sufrimiento, buscan la verdad. Por algo María, en Fátima, nos ha dicho que nuestra propia conversión debe preceder a la de Rusia.

Durante más de setenta años, la Iglesia se ha opuesto al comunismo. Papas, obispos, sacerdotes y laicos han luchado contra esta fe de incrédulos, contra este sol glacial que congelaba todo lo que debía ser vivo, cálido y floreciente. Pero, en todas partes por igual, se han alzado hombres y mujeres que abrían del todo los brazos, como para captar el resplandor rojo sanguíneo del Este. Y mientras unos cerraban sus oídos porque oían la lamentación anunciada por esta luz aterradora, otros han cantado himnos



Nuestra Señora presenta a su divino Hijo las súplicas del pueblo ruso, representado por Andrés Bogolubski, gran príncipe de Kiev en el siglo XII, e intercede por él (icono del siglo XIV).

arrebatados para saludar la tierra nueva que se había proclamado cielo.

Demasiadas veces, este conflicto ha sido una lucha entre pecadores. Porque la estulticia, la infidelidad, el egoísmo, la corrupción, la falsedad y la voluntad de poder, aunque esto signifique opresión, no son vicios específicos de los comunistas. Son también vicios de los que han jurado fidelidad a la democracia y a la doctrina de Cristo. El comunismo tenía sus dogmas y sus aspiraciones. Sus aspiraciones han sido la nostalgia de quienes habían sido privados de amor. Por culpa de los pueblos cristianos también, la fraternidad en el Señor era para ellos letra muerta. Si se mira desde esta perspectiva a los millones de hombres y mujeres que en Occidente daban su voto a los partidos comunistas y a los centenares de millones que en el Este eran forzados a vivir y morir en la fe comunista, no se descubre sólo en ellos la voluntad de poder y una inclinación al caos; al lado del déspota, del aprovechado corrupto, del adversario inveterado de Dios y del Judas dispuesto a cualquier traición, se encuentra en sus filas también un sinnúmero de personas que han confesado el error y la

mentira con más devoción, más fe y más energía que no hemos confesado nosotros la verdad.

Después del hundimiento de todos los valores y de todos los ideales comunistas, la tarea de la Iglesia consiste en predicar la Buena Nueva de Cristo a millones de descarriados. Pero, ¿cómo puede aceptar nuestra fe un antiguo comunista si no percibe nuestro amor? Sólo la prueba universal, y vivida durante años —que la cristiandad realice al fin el «ved como se aman»—, puede vencer el espíritu pervertido y la cultura contra natura del comunismo, siempre vivos en innumerables corazones y que hacen fracasar cualquier reforma en la Europa del Este.

Entre Tirana y Vladivostok viven millones de poscomunistas en una situación desesperada. Después de haber sido liberados de un sistema que los ha extraviado, sojuzgado, explotado, mutilado espiritualmente y precipitado en la desgracia, constituyen una mezcla caótica de países y de pueblos que, como los tigres, siguen la ley de la jungla. Sin la ayuda extranjera no pueden salir de su miseria. Si no se les predica a Cristo todo el antiguo bloque comunista perecerá. Se convertirá en un cuerpo en descomposición ante nuestra puerta, un cadáver diez veces más grande que la Europa del Oeste. Un cadáver cuyo veneno y cuyo hedor contaminarán desde un principio el próximo milenio. Queridos amigos, si pretendemos considerar la reevangelización de la Europa del Este como nuestra tarea principal, mientras que nuestros desvelos se dirigen en primer lugar a mantener nuestro propio bienestar, no alcanzaremos jamás nuestro objetivo. Entonces, también nosotros entraremos a formar parte del lastre humano que ha hecho del buque corsario del Espíritu un navío mercante que de cristiano sólo tiene el nombre. Un barco mercante que no es ni brillante ni defendible y que no inspira ni admiración ni respeto.

Formamos un todo. Estamos embarcados en el mismo navío. Nosotros, los occidentales, viajamos en primera clase, en camarote de lujo; las gentes del Este, en tercera clase, en el entrepuente o en la misma bodega. Pero, es el mismo barco. ¿Para qué sirve estar en un camarote de lujo cuando el barco hace agua por todas partes? Incluso en primera clase nos iremos a pique. Y, ciertamente, el barco hace agua y está en peligro de hundirse. Y, por tanto, también nosotros, en el camarote de lujo, debemos tomar nuestras mangueras y bombear agua para salvar el barco. Formamos un todo. O nos hundimos juntos o nos salvamos juntos. Por esto debemos ayudar a nuestros hermanos y hermanas del Este.

Los principales proyectos —de un volumen financiero de unos treinta millones de dólares por año— que apoyamos actualmente en la Europa oriental son la formación y la subsistencia de seminaristas y de religiosos; la formación de periodistas auténticamente católicos; becas de estudio para sacerdotes en las universidades de Roma; la construcción o restauración de iglesias y conventos; la motorización del clero, el envío o la impresión de biblias y otras obras de carácter religioso y el apoyo del apostolado

a través de los medios de comunicación. Quisiera decir algo más sobre nuestro apostolado a través de los libros y de los medios de comunicación social.

Muchos años antes del hundimiento del comunismo, habíamos empezado a enviar literatura religiosa a direcciones particulares en la Unión Soviética, y nuestros envíos aumentaron rápidamente. Al anuncio de nuestros envíos de libros hecho a través de la radio, recibimos en dos años más de medio millón de cartas, sobre todo de Ucrania, muchas veces dos mil por día: testimonios emotivos de hambre espiritual y de gratitud. Todas estas direcciones están grabadas en nuestro ordenador y les remitimos todas las novedades. Desde hace años mandamos cada día más de mil ejemplares de libros de plegarias, de nuestro pequeño *Dios habla a sus hijos*, catecismos, biblias y demás literatura religiosa.

Más importantes son aún los programas religiosos radiofónicos, producidos con la ayuda de un equipo ruso de primer orden. Se emiten cada día en ruso, ucraniano y lituano por Radio Blagovest, nuestra radio rusa, que significa «Buena Nueva». Estas emisiones son muy apreciadas en todo el territorio ruso. Son retransmitidas cada día por Radio Montecarlo, por once emisoras en Lituania, por Radio Lviv en Ucrania, por Radio Veritas en Manila y por la radio estatal de Bielorrusia. Como por milagro, cada semana nacen nuevas posibilidades. A menudo, la iniciativa parte de los ortodoxos. Por ejemplo, nuestros programas también son transmitidos a Moscú por una emisora que hemos ofrecido a nuestros hermanos ortodoxos. En contrapartida, ellos difunden gratuitamente nuestras emisiones católicas. ¡Es una emisora ecuménica! Desgraciadamente, al principio, nuestro corresponsal ortodoxo no consiguió la autorización para emitir. Mientras tanto, la emisora fue guardada en un almacén.

Después vino el golpe del 19 de agosto. Todas las emisoras estaban en manos de los golpistas. Después de haber intentado arengar a la multitud desde lo alto de un tanque, Eltsin volvió a entrar desanimado en el Parlamento rodeado por la tropa y exclamó: «Me es imprescindible una emisora». Nuestro corresponsal ortodoxo, un diputado, le confió: «Yo tengo una». Una hora más tarde, un camión militar introducía la emisora en el Parlamento, escondida entre las ensaladas y los tomates. Algunas horas más tarde, Boris Eltsin podía pedir la ayuda de la población. Fue el principio del fin del golpe. Obviamente, obtuvimos inmediatamente autorización para emitir. Nuestra emisora permaneció hasta finales de diciembre en el recinto del parlamento de Moscú, difundiendo cada día nuestras emisiones religiosas. ¡Un verdadero milagro! Un segundo milagro se produjo en junio, cuando el director de nuestra sección Radio-Televisión, un brasileño, se entrevistó con el responsable de la televisión estatal en Moscú. Cuando el funcionario pidió a nuestro amigo cómo él, un brasileño, se estaba ocupando de la radiodifusión en Moscú, él le explicó que su interés por Fátima le había permitido conocer nuestra obra y de esta forma se había comprometido

con el apostolado radiofónico y televisivo. Cuando el ruso quiso saber más cosas sobre Fátima, le explicó lo que María había revelado a propósito de Rusia. El funcionario, sorprendido, declaró que aunque él era ateo pensaba que el tema interesaría seguramente a los creyentes. Y propuso hacer un reportaje televisado.

Lo que parecía imposible se realizó el 13 de octubre. De un golpe, el mensaje de la Santísima Virgen se expandió por todo el territorio soviético. En Fátima, novecientos mil peregrinos rogaron por la conversión del Occidente materialista y de Rusia. El coro de la catedral de Moscú se puso a cantar cuando el icono de Nuestra Señora de Kazán, exiliado en Fátima, apareció en la pantalla. Por primera vez, se olvidaron las recomendaciones de los diplomáticos, que habían impedido que la palabra Rusia se pronunciara en Fátima. El arzobispo Kondrusiewicz, venido de Moscú, y el obispo de Fátima imploraron públicamente, como hice yo en mi alocución final, la protección de María sobre Rusia.

Este reportaje en directo de setenta y cinco minutos ha alcanzado prácticamente todas las repúblicas soviéticas. La emisión del 13 de octubre llegó a cuarenta millones de personas. Fue difundida de nuevo el 7 de octubre, día del aniversario de la revolución de Octubre, y una segunda vez en abril de 1992. El éxito fue tal que se nos pidió preparar para la Televisión rusa otros cuatro programas de 75 minutos, el primero de los cuales —el viacrucis del Papa en el Coliseo con la bendición «urbi et orbi»— fue emitido el primero de mayo por todas las emisoras rusas y las de muchas otras repúblicas.

De forma inexplicable y a pesar de todos los malentendidos entre la Iglesia ortodoxa y el Vaticano, hemos conseguido ampliar y consolidar nuestra colaboración cordial entre el Estado y la Iglesia en Rusia, iniciada el 13 de octubre de 1991 sobre el puente entre Fátima y Moscú. Innumerables personas, en el imperio de Satán en derrota, conocen desde hoy el deseo de María: ver a los cristianos superar al fin todas sus discordias y, por la oración, la conversión y la penitencia, restablecer la unidad en su Corazón Inmaculado. Un milagro realizado por María, en el cual nuestra Obra ha podido jugar un papel de intermediario.

La crisis posconciliar ha hecho que no se encuentren suficientes sacerdotes para anunciar la Buena Nueva en Rusia o para acompañar las nuevas iglesias volantes que queremos construir. Mientras tanto, gracias a nuestro apostolado radiotelevisivo en plena expansión, y a la espera de los nuevos sacerdotes que Dios dará a su Iglesia, la súplica secular ya ha sido acogida: «Rorate Coeli... Cielos, desde lo alto, derramaos como un rocío, y que las nubes hagan llover la justicia». Llevada por los medios más modernos de la técnica, la Palabra eterna de Dios puede descender ahora hasta los rincones más apartados del reino rojo de Satán, descender noche y día sobre una tierra abrasada; descender irresistiblemente sobre las almas hambrientas y sedientas que claman al Redentor.

XLVII Congreso Eucarístico Internacional

En la segunda quincena del pasado mes de junio tuvo lugar en Roma el XLVII Congreso Eucarístico Internacional, presidido por el Papa. Juan Pablo II destacó en el acto de inauguración que este Congreso se celebraba dentro del Gran Jubileo y era una invitación a mirar la Encarnación como el «evento histórico que supuso el cumplimiento de nuestra salvación». Su lema era precisamente «Jesucristo, único salvador». El Congreso se inició el 18 de junio con el rezo solemne de las Vísperas en la plaza de San Pedro y se concluyó el 25 con una misa en el atrio de la basílica de San Pedro. Tuvo especial relieve la misa de la festividad del Corpus Christi, celebrada en la basílica de San Juan de Letrán, seguida de la procesión por las calles de Roma, tal como informábamos en nuestro número anterior. El día 24 se representó en la Sala Nervi del Vaticano, donde se celebran las audiencias pontificias de los miércoles, el auto sacramental de Calderón de la Barca *El gran teatro del mundo*. En su homilía de la misa del Corpus Christi Juan Pablo II destacó que el significado de la celebración era precisamente la profesión de fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Por eso nos parecen muy oportunos los trabajos que dos colaboradores de nuestra revista han preparado con motivo del Congreso.

LA PRESENCIA DE CRISTO EN LA EUCARISTIA

IGNACIO M^a AZCOAGA BENGOCHEA

Leemos en el Catecismo de la Iglesia Católica¹ que el modo de presencia de Cristo, bajo las especies eucarísticas, es singular. Pablo VI, en la Encíclica *Mysterium fidei*, califica de verdaderamente sublime el modo con el que Cristo está presente en su Iglesia en el Sacramento de la Eucaristía.

En virtud de esta presencia, la Eucaristía es el más excelente de los Sacramentos. Dice el Catecismo, citando a Santo Tomás de Aquino,² que el modo de presencia de Cristo en las especies eucarísticas eleva la Eucaristía por encima de todos los sacramentos y hace de ella como la perfección de la vida espiritual y el fin al que tienden los otros sacramentos.

El angélico doctor, examinando la excelencia de los sacramentos y comparando los sacramentos entre sí, señala que la Eucaristía es el más excelente de los sacramentos porque «la Eucaristía tiene algo sagrado absoluto, a Cristo mismo, mientras que los otros sacramentos no contienen más que una virtud instrumental recibido de Cristo por participación».

Comparando el Bautismo con la Eucaristía dice santo Tomás que hay una doble diferencia. La primera es que el Bautismo es principio de la vida espiritual, mientras que la Eucaristía es su consumación. La segunda diferencia es

que por el Bautismo se ordena el hombre a la Eucaristía como a su fin.³ En este sentido, en otro lugar, el Aquinate afirma que «todos los sacramentos están ordenados a la Eucaristía como a su fin».

Por eso, el Catecismo recuerda que a la Eucaristía se le llama el Santísimo Sacramento,⁴ el Sacramento por excelencia.

La presencia de Cristo en la Eucaristía no es meramente espiritual o simbólica

Dado que a lo largo de la historia, se han venido repitiendo interpretaciones falsas y por lo tanto heréticas acerca de la naturaleza de la presencia de Cristo en la Eucaristía, conviene recordar primeramente las principales de ellas para saber cómo no hay que entender la presencia de Cristo en la Eucaristía.

Así, falsamente explicarían el modo de presencia de Cristo en la Eucaristía los que hablan de una «naturaleza pneumática» del Cuerpo glorioso de Cristo presente en todas partes.⁵

Tampoco se debe entender la presencia de Cristo en la

1. Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, núm. 1374

2. Santo Tomás de Aquino: Sth.III,q.73.a.3.

3. Santo Tomás de Aquino: Sth.III,q.73.a.3.

4. Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, núm. 1330

5. Encíclica *Mysterium Fidei*, núm. 11.



Eucaristía de forma simbólica, como si la Eucaristía no fuera más que un signo eficaz «de la presencia espiritual de Cristo y de su íntima unión con los fieles miembros del Cuerpo Místico».⁶

El simbolismo eucarístico, la unidad de la Iglesia, nos hace comprender bien el efecto propio de este Sacramento, que es la unidad del Cuerpo Místico. Pero, no explica, no expresa la naturaleza del Sacramento, por la cual el sacramento de la Eucaristía se distingue de los demás.⁷

En el Santísimo Sacramento de la Eucaristía está contenido verdadera, real y substancialmente Cristo entero

El Catecismo de la Iglesia Católica nos explica el sentido del término *real* cuando nos referimos a la presencia de Cristo en la Eucaristía. En efecto, dice:⁸ La presencia de Cristo en la Eucaristía se llama «real» por antonomasia, no porque las otras presencias, como la prometida a los que estén reunidos en su nombre, o a la presencia en su Iglesia hasta la consumación de los siglos, no sean reales,

6. Encíclicas *Humani géneris*, núm. 20; *Mysterium Fidei*, núm. 11.

7. Encíclica *Mysterium Fidei*, núm. 11.

8. Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, núm. 1374

sino porque la presencia de Cristo en el sacramento de la Eucaristía es substancial.

Por otra parte, la fe de la presencia real de Cristo en la Eucaristía proviene de la revelación divina, por enseñanza del mismo Cristo. Esta presencia la conocemos única y exclusivamente por la revelación. Lo enseñó el propio Cristo en el «Sermón del pan de vida», en la Sinagoga de Cafarnaún, y está recogido en el Evangelio de San Juan en su capítulo 6. Además, en la Institución de la Eucaristía, en la Última Cena, Cristo lo dijo textualmente como se recoge en los evangelios sinópticos y en San Pablo a los Corintios.

La Iglesia, desde el principio, entendió este misterio de forma que después de la consagración Cristo se encuentra substancialmente presente en el sacramento de la Eucaristía. Así, el Concilio de Trento enseña que «en el benéfico sacramento de la Santa Eucaristía, después de la consagración del pan y del vino, se contiene bajo la apariencia de estas cosas sensibles, verdadera, real y substancialmente Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dio y verdadero hombre.

La conversión del pan y vino en el Cuerpo y Sangre de Cristo se llama *justa y apropiadamente* «transubstanciación»

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña que,⁹ mediante la conversión del pan y del vino en su Cuerpo y Sangre, Cristo se hace presente en este Sacramento. Trento enseña que Cristo se hace presente en este Sacramento por la conversión de toda la substancia del pan en su Cuerpo y de toda la substancia del vino en su Sangre.¹⁰

Pablo VI, en la encíclica *Mysterium fidei*, denuncia el error de los que reducen la «transubstanciación» a «transignificación» o a «transfinalización» y no dicen una palabra de la admirable conversión de toda la substancia del pan en el Cuerpo de Cristo y de toda la substancia del vino en su Sangre.¹¹

La «transubstanciación» consiste en la total conversión de toda la substancia del pan en el Cuerpo de Cristo y de toda la substancia del vino en su Sangre, permaneciendo solamente las especies o accidentes del pan y del vino.

El Catecismo de la Iglesia Católica recuerda que¹² el concilio de Trento resume la fe católica cuando afirma: «Porque Cristo, nuestro Redentor, dijo que lo que ofrecía bajo la especie de pan era verdaderamente su Cuerpo, se ha mantenido siempre en la Iglesia esta convicción, que declara de nuevo el Santo Concilio: por la consagración del pan y del vino se opera el cambio de toda la substancia

del pan en la substancia del Cuerpo de Cristo nuestro Señor y de toda la substancia del vino en la substancia de su Sangre. La Iglesia católica ha llamado justa y apropiadamente a este cambio, transubstanciación.

En paralelo con esa doctrina, Trento condena la doctrina de quien «dijere que en el sacrosanto sacramento de la Eucaristía permanece la substancia del pan y del vino juntamente con el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo y negare aquella maravillosa y singular conversión de toda la substancia del pan en el Cuerpo y de toda la substancia del vino en la Sangre, permaneciendo sólo las especies de pan y de vino; conversión que la Iglesia aptísimamente llama transubstanciación».¹³

Por otra parte, Santo Tomás enseña que «si se dice que después de la consagración está el pan y el vino se niega la verdad del sacramento y... lo contrario a la veneración del sacramento,¹⁴ es decir, el culto de latría que la Iglesia da a la Eucaristía. Así, la aparición del Cuerpo de Cristo bajo las especies sacramentales se hace por conversión de toda la substancia del pan y del vino en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, en virtud de la cual, el mismo Cristo que está en el cielo comienza a existir bajo las especies sacramentales, sin experimentar ninguna inmutación, ni movimiento local.¹⁵

La conversión del pan en el Cuerpo de Cristo es diferente de cualquier conversión natural

Santo Tomás dice que la conversión del pan en el Cuerpo de Cristo se distingue de todas las demás conversiones naturales. En éstas, permanece el sujeto y cambia la forma substancial o accidental, pero en la transubstanciación el sujeto se cambia en otro y permanecen los accidentes, se llama substancial. No se puede llamar movimiento, en el sentido que ese término tiene en la física, sino cierta sucesión substancial.¹⁶

Esta conversión se realiza por una acción de Dios como autor del ser, en virtud de la cual todo lo que hay de entidad en la substancia del pan y del vino se cambia inmediatamente en lo que hay de entidad en la substancia del Cuerpo de Cristo, de suerte que lo que antes era la substancia del pan y del vino, es ahora el Cuerpo de Cristo ya preexistente en el cielo. Sin esta preexistencia no sería conversión, sino creación porque se produciría «ex nihilo». Esta conversión no es formal, sino substancial y no se encuentra entre las especies de movimiento natural, sino que con nombre propio se llama «transubstanciación».¹⁷

En virtud de esta acción no se muda el Cuerpo de Cris-

13. Dz, 884

14. Santo Tomás de Aquino: Sth.III,q.75.a.2.

15. Santo Tomás de Aquino: Sth.III,q.75.a.2.

16. Santo Tomás de Aquino: Summa contra gentes lib. III, cap. 63.

17. Santo Tomás de Aquino: Sth.q.75,a.4.

9. Op. cit. núm. 1375.

10. Dz, 877.

11. Encíclica *Mysterium Fidei*, núm. 11.

12. Catecismo de la Iglesia Católica, núm. 1376.

to, sino únicamente el pan; que se convierte en Cristo; el pan, por su parte, no se aniquila, sino que por acción de la divina Omnipotencia, todo lo que tiene de entidad se convierte en el Cuerpo preexistente e inmutado de Cristo; por lo que se puede decir que el pan se hace Cristo.

Realizada la transubstanciación, bajo las especies de pan y de vino, ya no hay substancia de pan y de vino, sino Cristo entero, aun corporalmente, aunque no del mismo modo que están los cuerpos en un lugar.¹⁸

El modo como Cristo y la Trinidad están presentes en la Eucaristía

El Catecismo de la Iglesia Católica nos explica también el modo de la presencia de Cristo en la Eucaristía. La presencia eucarística de Cristo comienza en el momento de la consagración y dura todo el tiempo que subsistan las especies eucarísticas. Cristo está todo entero en cada una de las especies.¹⁹

Bajo cada una de las especies sacramentales y bajo cada una de sus partes cuando se separan, está contenido Jesucristo entero, o sea Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad.

Santo Tomás explicó la presencia de Cristo en la Eucaristía diciendo que en este sacramento hay algo en virtud de la conversión y algo por la concomitancia. En virtud de la conversión, bajo las especies del pan está el Cuerpo de Cristo. Por natural concomitancia, no por conversión del pan, el alma de Cristo y la divinidad por la unión de ambos al Cuerpo de Cristo.²⁰

En otro lugar precisa el Angélico Doctor que bajo las especies del pan se encuentra el Cuerpo de Cristo por efecto del sacramento y la sangre, alma y divinidad de Cristo por natural concomitancia. Bajo las especies del vino está la sangre de Cristo por virtud del sacramento y el cuerpo por real concomitancia, como el alma y la divinidad.²¹

La unión del alma de Cristo a su Cuerpo es unión substancial como en nosotros, la unión de la divinidad a la humanidad es por la unión hipostática. Por estas dos uniones naturales, es por lo que al hacerse presente substancialmente el Cuerpo de Cristo por virtud del sacramento, se hace presente Cristo entero.

Por otra parte, el Padre y el Espíritu Santo están realmente presentes en la Eucaristía en virtud de la circuminsesión de las divinas personas, que las hace absolutamente inseparables entre sí.

De donde se concluye que el Verbo divino se hace presente en la Eucaristía en virtud de la Unión Hipostática con el Cuerpo y la Sangre de Cristo. El Padre y el Espíritu Santo en virtud de la circuminsesión intratrinitaria.

El Cuerpo de Cristo está presente a modo de substancia, no como un cuerpo en un lugar²²

El Catecismo de la Iglesia Católica recuerda que²³ «La fracción del pan no divide a Cristo», porque bajo cada una de las especies y cada una de las partes de ellas, se encuentra Cristo todo entero», a modo de substancia.

El Cuerpo de Cristo está presente en el sacramento del altar, al modo de substancia, y no como los cuerpos en un lugar. La cantidad dimensiva del Cuerpo de Cristo se encuentra por natural concomitancia. La cantidad dimensiva del Cuerpo de Cristo no está «localizada» en la Eucaristía, sino que está allí al modo de la substancia que prescinde en absoluto de la extensión en el lugar.²⁴

El Cuerpo de Cristo está realmente presente en la Eucaristía, sin ocupar en ella lugar circunscriptivo alguno, o sea, prescindiendo en absoluto de la extensión y del espacio. La cantidad dimensiva está en la Eucaristía al modo de las substancias que prescinde directamente o «per se» de la extensión y del espacio, aunque se encuentren indirectamente «per accidens» aprisionadas por la dimensión de sus propios accidentes.

Las especies o accidentes están localmente, o sea, ocupando el lugar correspondiente a la cantidad o extensión de las mismas. Y Cristo está allí substancialmente, o sea, prescindiendo en absoluto de la extensión y del espacio.

Los accidentes del pan y del vino se conservan y por un milagro divino no se sustentan en ninguna substancia y tienen las propiedades de la substancia.²⁵

La presencia del verdadero Cuerpo y de la verdadera Sangre de Cristo en este sacramento, no se conoce por los sentidos, sino por la fe

El Catecismo de la Iglesia Católica nos recuerda que²⁶ la presencia del verdadero Cuerpo de Cristo y de la verdadera Sangre de Cristo en este Sacramento no se conoce por los sentidos, sino sólo por la fe que se apoya en la autoridad de Dios.

La presencia de Cristo en la Eucaristía no se puede demostrar por la razón. Es una verdad estrictamente sobrenatural. A este respecto conviene recordar que hay tres tipos de conocimiento en nosotros: el de los sentidos o experimental, el de la inteligencia o racional y el de la fe. Los dos primeros son naturales para el hombre, el tercero, es sobrenatural. Las verdades de fe sólo se pueden conocer por la fe que es un conocimiento de nuestra razón ayudada por la gracia.

18. Encíclica *Mysterium Fidei*, núm. 47.

19. Catecismo de la Iglesia Católica n° 1377

20. Santo Tomás de Aquino: *Summa contra gentes*, lib. III, cap. 64.

21. Santo Tomás de Aquino: *Sth,III,q.76,a.2*.

22. Encíclica *Mysterium Fidei*, núm. 47.

23. Catecismo de la Iglesia Católica, núm. 1377.

24. Santo Tomás de Aquino: *Sth,III,q.76,a.3* y *a.5*.

25. Santo Tomás de Aquino: *Sth,III,q.77,a.1*.

26. Catecismo de la Iglesia Católica, núm. 1381.

La presencia de Cristo en la Eucaristía no se conoce, ni por los sentidos, ni por la razón

En los himnos *Adoro te devote* y *Pange lingua*, Santo Tomás expresa esta verdad de manera muy clara y pedagógica:

ADORO TE DEVOTE

«Se engañan en Ti la vista, el tacto, el gusto,
mas tu palabra engendra fe rendida;
cuanto el Hijo de Dios ha dicho creo:
pues no hay verdad cual la verdad divina».

«En la cruz la Deidad estaba oculta.
aquí la humanidad yace escondida;
y una y otra creyendo y confesando,
imploro yo lo que imploraba Dimas».

PANGE LINGUA

«Adorad postrados
este sacramento.
Cese el viejo rito
Se establezca el nuevo

Dudan los sentidos
y el entendimiento:
que la fe los supla
con asentimiento.

La presencia de Cristo en la Eucaristía se cree por la fe

Dice santo Tomás que ni el sentido, ni el entendimiento pueden apreciar que estén en el sacramento el verdadero Cuerpo y la Sangre de Cristo, sino sola la fe, que se apoya en la autoridad divina.²⁷

El acto de fe es un asentimiento de nuestra razón imperada por la voluntad y movida por la gracia a lo que Dios nos revela. El motivo formal de la fe es Dios que revela, verdad primera, que no puede engañarse ni engañarnos.

La seguridad del conocimiento de la fe no viene de lo conocido que excede nuestra razón, sino de la autoridad de Dios. En el acto de fe concurren dos causas: una, nuestra razón. Así influyen favorablemente los motivos de credibilidad, como son los milagros, la profecías y la santidad de la Iglesia. Esta causa no es suficiente para producir en nosotros el acto de fe. La otra, la moción interna del Espíritu Santo que mueve nuestra voluntad para que haga asentir al entendimiento, la cual es eficaz, mueve eficazmente a la voluntad para que impere el asentimiento de la inteligencia a las verdades reveladas.

La caridad de Cristo, razón de conveniencia de la presencia real de Cristo en la Eucaristía

Conviene, no obstante, recordar que hay una razón de conveniencia, no demostrativa, para aceptar el sacramento de la Eucaristía como lo creemos por la fe, esto es, la infinita caridad de Cristo para con los hombres. Santo Tomás dice que «conviene a la caridad de Cristo la institución de la Eucaristía porque es propio de la amistad, como dice el Filósofo, «convivir con los amigos» y por eso promete el Señor premiarnos con su presencia corporal.

No quiso privarnos en este destierro de su presencia, antes bien se une a nosotros en el sacramento por la realidad de su Cuerpo y de su Sangre. Por eso, dice: «Quien come mi carne y bebe mi sangre está en Mí y Yo en él».²⁸

En la Encíclica *Haurietis aquas*, Pío XII enseña que fueron dones del Corazón de Jesús en la Última Cena la Eucaristía y el Sacerdocio. En la Cruz nos dio a su Madre y del Corazón traspasado por la lanza nació la Iglesia, simbolizada en la Sangre y el Agua que según los Santos Padres representan la Eucaristía y el Bautismo.

Finalmente, leemos en el Catecismo de la Iglesia Católica que²⁹ puesto que Cristo iba a dejar a los suyos bajo su forma visible, quiso darnos su presencia sacramental.

El motivo formal por el que creemos es que Dios lo ha revelado y que es omnipotente

Los Padres de la Iglesia afirmaron con fuerza la fe de la Iglesia en la eficacia de la Palabra de Cristo y de la acción del Espíritu Santo para obrar esta conversión. San Juan Crisóstomo: «No es el hombre quien hace que las cosas ofrecidas se conviertan en Cuerpo y Sangre de Cristo, sino Cristo mismo que fue crucificado por nosotros. El sacerdote, figura de Cristo, pronuncia estas palabras, pero su eficacia y su gracia provienen de Dios. San Ambrosio: Estamos bien persuadidos de que «esto no es lo que la naturaleza ha producido, sino lo que la bendición ha consagrado... La palabra de Cristo, que pudo hacer de la nada lo que no existía, ¿no podría cambiar las cosas existentes en lo que no eran todavía? Porque no es menos dar a las cosas su naturaleza primera que cambiársela».³⁰

Ni el sentido ni el entendimiento pueden apreciar que estén en el sacramento el verdadero Cuerpo y la Sangre de Cristo, sino sola la fe, que se apoya en la autoridad de Dios.

28. Santo Tomás de Aquino: Sth,III,q.75,a.1.

29. Catecismo de la Iglesia Católica, núm. 1380.

30. Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, núm. 1375.

27. Santo Tomás de Aquino: Sth,III,q.75,a.1.

LA DEVOCIÓN A LA EUCARISTÍA EN SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS

MERCEDES GANUZA CANALS

En muchos pensamientos de la *Historia de un Alma* demuestra santa Teresita del Niño Jesús su gran amor a Jesús en la Eucaristía.

Esta devoción le fue inculcada desde muy niña en su hogar a través de sus padres y hermanas, destacando el ejemplo de su padre, al que acompañaba a diario a visitar al Santísimo Sacramento. Sus hermanas le enseñaron el catecismo y en especial María le ayudó a prepararse para su primera comunión.

Es tal el fervor con que santa Teresita acudía a misa que varios de los acontecimientos espirituales más importantes de su vida giran en torno a ella.

Hizo su primera comunión a la edad de once años, pero ella hubiese querido que fuera mucho antes. Respecto a ese día escribe: «*¡Ah, qué dulce fue el primer beso de Jesús a mi alma! Fue un beso de amor (...) Desde hacia mucho tiempo Jesús y la pobre Teresita se habían mirado y se habían comprendido... Aquel día no era ya una mirada, sino una fusión*». Desde entonces suspira «*por el momento en que podría recibirle por segunda vez*».

Como no estaba permitida la comunión diaria, obtiene permiso del confesor para hacerlo al cabo de un mes, el día de la Ascensión. Y escribe: «*¡Qué dulce recuerdo he conservado de esta segunda visita de Jesús! De nuevo corrieron las lágrimas con inefable dulzura; me repetía a mí misma sin cesar estas palabras de San Pablo: "ya no vivo yo, es Jesús quien vive en mí". Y a partir de esta comunión mi deseo de recibir a Dios se hizo cada vez mayor*». Y en su confirmación: «*Aquel feliz día tuve de nuevo la dicha de unirme a Jesús*».

Ansia de la Comunión frecuente

Teresita hubiera querido recibir a Jesús todos los días de su vida: «*No baja Él todos los días del cielo para permanecer en el copón de oro, sino para encontrar otro cielo, que le es infinitamente más querido que el primero, el cielo de nuestra alma*».

Santa Teresita en una ocasión en que la comunidad sufre una epidemia de gripe, cuenta: «*Durante todo el tiempo que duró esta tribulación de la comunidad, yo tuve el inefable consuelo de recibir todos los días la Sagrada Comunión... ¡Ah, qué dulce fue!*».

Vemos cómo se refiere a la comunión como un consuelo para su alma. Porque santa Teresita sabía que la comu-

nión no es un premio para los santos, como decía el jansenismo. Esta herejía exigía muchas y difíciles condiciones para poder comulgar, haciendo que pocos se consideraran dignos de recibir la Eucaristía diariamente y desaprovechando los saludables efectos de este sacramento tan importante para la vida espiritual del cristiano. No, es para los pecadores, que necesitan al Señor. Decía San Agustín: «*Cada día pecas; comulga, pues, cada día*».

No cayó nunca en la tentación de los escrúpulos ni tampoco en la rutina. Preparaba su corazón para que fuera «*como un pequeño tabernáculo donde Jesús pueda refugiarse*». «*Me imagino a mi alma como un terreno libre, y pido a la Santísima Virgen que quite de él los escombros que pudieran impedirle ser libre. Luego le suplico que levante ella misma una amplia tienda digna del cielo, que la adorne con sus propios aderezos. Después invito a todos los santos y ángeles a que vengan a dar un magnífico concierto. Creo que cuando Jesús baja a mi corazón, está contento al verse tan bien recibido, y yo también estoy contenta...*».

«*Nada de esto impide, sin embargo, que las distracciones y el sueño vengan a visitarme. Pero cuando salgo de la acción de gracias, al ver lo mal que la he hecho, tomo la resolución de permanecer todo el día en una continua acción de gracias*».

Consejos a su prima María Guerin

En una carta a su prima María Guerinn le anima a comulgar a pesar de sus temores y escrúpulos: «*Hay que despreciar todas esas tentaciones (...) Cuando el diablo ha logrado alejar a un alma de la Sagrada Comunión, lo ha ganado todo... ¡Y Jesús llora!... ¡Oh, querida mía! Piensa, pues, que Jesús está allí, en el tabernáculo, expresamente para ti, para ti sola, arde en deseos de entrar en tu corazón... No escuches al demonio, búrlate de él, y llégate sin temor a recibir al Jesús de la paz y del amor! (...) No, es imposible que un corazón que no descansa sino a la vista de un tabernáculo, ofenda a Jesús hasta el punto de no poder recibirle. ¡Lo que ofende a Jesús, lo que hiere su corazón es la falta de confianza!... Y por último le da este consejo: «*Hermanita querida, comulga frecuentemente, muy frecuentemente... He ahí el único remedio, si quieres curarte. No en vano puso Jesús en tu alma esa inclinación*».*

También son abundantísimas las manifestaciones de su piedad eucarística. Cuenta Paulina: «Cuando, siendo muy niña, arrojaba flores al paso del Santísimo Sacramento, su mirada era celestial; se hacía evidente que el amor divino abrasaba su corazón. Concentraba su atención y su mirada en la Sagrada Hostia, y arrojaba muy alto sus pétalos de rosas, tratando de que tocasen el sagrado ostentorio».

Ya en el Carmelo, siendo sacristana, era edificante ver con qué respeto y con cuánta dicha tocaba las cosas santas, «se le antojaba estar tocando los pañales del Niño Jesús». Cuando hallaba en el copón o en los corporales alguna pequeña partícula, manifestaba la más viva alegría. Una vez, habiendo encontrado una bastante grande, corrió al lavadero, donde estaba la comunidad, e hizo señas a varias religiosas para que acudieran. Fue la primera en arrodillarse para adorar a nuestro Señor, metió el corporal en la bolsa y a continuación nos lo dio a besar. Su rostro dejaba traslucir una emoción indecible».

Anuncio profético de la comunión frecuente

Dos cosas padeció Santa Teresita respecto a la práctica eucarística.

Por una parte, la larga espera hasta que hizo la primera comunión a los once años. Cuenta su hermana María: «Teresa hizo su primera comunión a los once años y cuatro meses. La hizo sufrir mucho la espera que se le impuso; no podía comprender aquella ley severa, que la condenaba a la espera de un año por haber nacido con un retraso de dos días (el 2 de enero). Un día, encontramos a monseñor Hugonin, que se dirigía a la estación: “¡Oh María!, dijo ella, ¿quieres que corra a pedirle permiso para hacer mi primera comunión?”. Me costó mucho retenerla. Cuando le explicaba que en los primeros tiempos del cristianismo los niños, de muy pequeños recibían la Sagrada Eucaristía inmediatamente después de su bautismo, manifestaba gran asombro: “Pues, ¿por qué ahora ya no es como antes?”. Por Navidad, viéndonos ir a la misa de medianoche mientras ella se quedaba en casa por ser demasiado pequeña, me decía también: “Si tú quisieras llevarme, iría a comulgar también yo; me colaría por entre los demás, nadie se daría cuenta. ¿Podría hacer esto?”. Y se quedaba muy triste cuando le decía que aquello era imposible».

Por otra parte está su deseo de comulgar más a menudo, expresado así en el acto de ofrenda al amor misericordioso: «¡Ah, no puedo recibir la santa comunión con la frecuencia que deseo; pero, Señor, ¿no sois todopoderoso?... Permaneced en mí como en el tabernáculo, no os alejéis nunca de vuestra pequeña hostia». Basándose en estas líneas, algunos han sostenido la hipótesis de que las especies sacramentales permanecerían sin corromperse, de comunión a comunión, en el corazón de Teresa, gracia que tuvieron algunos santos, como san Antonio M^o Claret.

Se alegró mucho cuando, en 1891, apareció el decreto *Quemadmodum* con León XIII. Este decreto retiraba a los superiores de los institutos religiosos el derecho a regular las comuniones y daba esta autoridad a los confesores para permitir una comunión más frecuente, incluso diaria. Pero, cuenta sor Inés de Jesús, Paulina: «¡Qué gran decepción sufrió al ver que la Madre María de Gonzaga, aun admitiendo en teoría que el confesor quedaba libre, manifestaba su descontento ante el hecho de que algunas hermanas comulgaban con mucha frecuencia y otras con menos! De donde resultó que la comunión diaria, concedida en un principio a muchas de las religiosas, fue bien pronto retirada por el señor abate Youf, para evitar mayores males».

Santa Teresita, poco antes de morir, le dijo a la Madre María de Gonzaga: «*Madre mía, cuando esté en el cielo os haré cambiar de parecer*». Y a sus hermanas les predijo que después de su muerte no les faltaría «*nuestro pan cotidiano*». Y recuerda Celina: «La Madre María de Gonzaga cambió, en efecto, repentinamente, su modo de obrar, y los capellanes se vieron libres para introducirnos en régimen de comunión diaria».

Por último, María del Sagrado Corazón recuerda que dijo: «*Ya lo veréis, cuando esté en el cielo, habrá un cambio en la práctica de la Iglesia en cuanto a la sagrada comunión*».

Decretos eucarísticos de san Pío X

Se cuenta que San Pío X, tras la lectura de la carta de la Santa a su prima María Guerin en torno a la comunión, exclamó: «Oportunísimo, esto es oportunísimo». Y poco después apareció el Decreto *Sacra Tridentina Synodus* (1905) animando a todos los fieles a la práctica de la comunión diaria: «Se deben dar amplias facilidades a todos los fieles, de cualquier clase y condición, para la comunión frecuente y diaria, pues éste es el deseo ardiente de Nuestro Señor y de la Iglesia Católica; así pues, no se debe prohibir a nadie que se encuentre en estado de gracia y tenga intención recta y piadosa, que se acerque a la sagrada mesa».

Un poco más tarde, en 1910, el llamado Papa de la Eucaristía, que sin duda conocía la doctrina espiritual de santa Teresita, sacó a la luz un segundo decreto: *Quam Singulari*, adelantando la edad de la primera comunión a «aquella en la que el niño empieza a razonar, o sea, hacia los siete años más o menos».

Fue san Pío X quien llamó a santa Teresita de Lisieux «la santa más grande de los tiempos modernos». Y su hermana María dijo de ella: «Sufrió tanto en su vida por verse privada de la comunión diaria, que he llegado a pensar deberse a su intercesión la gracia de la comunión frecuente concedida a los fieles, y que es a ella a quien los niños deben la concesión de hacer su primera comunión a tan temprana edad».

MIS DESEOS AL PIE DEL TABERNÁCULO

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS

Llavecita, yo te envidio,
porque puedes cada día
abrir y cerrar la puerta
de la cárcel donde mora
el Dios hecho Eucaristía.
Mas, ¡oh dichoso milagro!,
por la virtud de mi fe
y de mi amor también puedo
el tabernáculo abrir
y en él esconderme yo
cerca de mi amado rey...

Quisiera en el santuario
junto a mi Dios consumirme,
y, como tú, *lamparilla*,
brillar siempre en el misterio.
¡Oh qué dicha!, yo también
unas llamas tengo en mí,
y con ellas ganar puedo
para Jesús muchas almas
y abrasarlas en su amor...

En cada aurora te envidio,
pedra santa del altar.
Como un día en el establo
veo en ti nacer a Dios.
Atiende mi humilde ruego,
ven a mi alma, mi Señor.
Lejos de hallar piedra fría,
en ella hallarás el eco
de tu propio corazón.

Corporales, rodeados
de ángeles blancos, también
envidia os tengo a vosotros.
Como los limpios pañales
envolvéis a mi Jesús,
mi único y solo tesoro.
Mi corazón cambia, ¡oh Virgen!,
en *corporal* puro y bello,
para poder recibir
la hostia blanca do se esconde
tu amado y dulce Cordero.

Patena santa, te envidio...
En ti viene a reposar
Jesús, el Verbo hecho carne.
¡Que su infinita grandeza
se digno abajarse a mí!...



Jesús colma mi esperanza
sin esperar a que llegue
la tarde de mi destierro.
¡Viene a mí!... Con su presencia
me hace su *custodia* viva.

Yo quisiera ser el *cáliz*.
En él que adoro la sangre
de un Dios hecho cuerpo humano.
Mas puedo en la santa Misa
recogerla cada día.
A Jesús le gusta mi alma
más que los vasos de oro.
El altar es un calvario
donde por mí y para mí
se derrama gota a gota
toda su sangre divina.

¡Oh Jesús, *Viña* sagrada!,
lo sabes, mi Rey divino:
soy un *racimo dorado*
que han de arrancar para ti.
Exprimida en el lagar
del oscuro sufrimiento,
yo te probaré mi amor.
Mi único gozo será
inmolarme cada día.

¡Oh, qué suerte para mí!
Fui contada entre *los granos*
de maduro y puro trigo
destinados a perder
por Jesús su ser y vida.
¡Oh exquisito arrobamiento!
Tu esposa querida soy,
ven, mi Amado, vive en mí.
¡Ven, tu belleza me encanta,
ven a transformarme en ti!

UNA PRESENCIA PERENNE: EL PADRE ORLANDIS Y SU OBRA

Nuestro colaborador Francisco Canals Vidal publicó en La Vanguardia del pasado 16 de julio la semblanza del padre Orlandis que reproducimos a continuación. En ella se alude a los actos de homenaje que se le tributaron durante el mes de abril, con motivo del 75 aniversario de Schola Cordis Iesu, de los que dimos amplísima información en números anteriores. Aquellos actos fueron un reflejo de la fecundidad de la obra inspirada por el padre Orlandis y una esperanza de nuevo impulso y expansión. Nos

llegan ecos lejanos del impacto causado por el poder de convocatoria del nombre del insigne jesuita, por la densidad espiritual y cultural de los actos y por el fervor de los asistentes. Por todo ello damos gracias al Sagrado Corazón.

Esperamos que también contribuirá a un mayor conocimiento de la obra del padre Orlandis la expansión de sus escritos, publicados con el título Pensamientos y ocurrencias, cuya lectura y difusión aconsejamos encarecidamente a nuestros lectores y amigos.

Los actos de homenaje a aquel hombre de Iglesia que fue el jesuita mallorquín Ramón Orlandis Despuig (1873-1958), han reavivado su recuerdo y el deseo de acercarse a la comprensión de su persona y de su obra.

Era un gran maestro, no en un sentido meramente metodológico y didáctico, sino como motivador de vida personal. Gran humanista, que para perfeccionar nuestro griego nos recitaba el «Edipo Rey» de Sófocles, su sobrenaturalismo era antitético de cualquier beatería, que definía como «la inconsciencia en lo sobrenatural».

El activo educador Pau López Castellote, que decía de sí mismo que era «obra del Padre Orlandis», lo caracterizaba como un hombre muy eclesial: insistía en la urgencia de entender sobrenaturalmente el Papa y la Iglesia, y entendía la Iglesia como destinada a elevar todo lo humano por la gracia; muy humano: se sentía hombre entre los hombres, le interesaba la humanidad, no en abstracto, sino como familia de los hombres: de aquí su interés por la historia y por la teología de la historia.

Otros han comentado que aquel «devorador de libros» era también un hombre de tres libros: los «Ejercicios espirituales», la «Summa Theologica» y la «Historia de un alma». Porque, como Ignasi Casanovas, vivía en unidad la espiritualidad ignaciana y el camino de Santa Teresita del Niño Jesús, hoy declarada doctora de la Iglesia. Por sus estudios sobre los Ejercicios de San Ignacio fue elo-

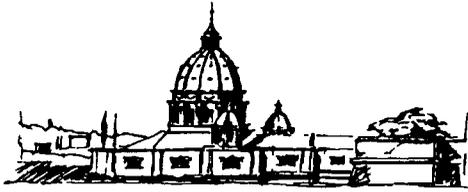


giado por jesuitas como Pedro Leturia y José María Murall como quien encontró la vía de los primeros grandes comentadores.

Se daba en él una coincidencia con las líneas centrales de la pastoral pontificia de Pío XI, porque el padre Orlandis vivió de la convicción de sus enseñanzas sobre la devoción al Corazón de Jesús como síntesis de toda la religión y la norma más perfecta de vida cristiana.

Centró, a partir de 1920, en Barcelona su actividad en el Apostolado de la Oración y en él fundó, en 1925, Schola Cordis Iesu. Esta Sección ha sido reconocida por dirigentes internacionales de aquella obra como «única en el mundo en cuanto a desarrollar en el plano cultural el ideal de Apostolado de la Oración».

A esta fructificación cultural pertenece el que el Padre Orlandis descubriese en Jaume Bofill su vocación filosófica, que le llevó a él, y después a mí mismo, a la Cátedra de Metafísica de la Universidad de Barcelona. El Padre Orlandis fue así el iniciador de la «Escuela tomista de Barcelona», a la que legó su actitud de búsqueda viva de la síntesis de Santo Tomás de Aquino, lo que suponía para él la continuidad de la obra del gran Doctor con San Agustín y el neoplatonismo cristiano de los Padres griegos.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Medellín se consagra al Corazón de Jesús

Fieles a una tradición que se remonta a 114 años atrás, la archidiócesis de Medellín, Colombia, renovó su consagración al Corazón de Jesús. La celebración comenzó con una procesión, «Marcha de la fe y del amor», hasta llegar a la Catedral Basílica Metropolitana en la que el arzobispo, monseñor Alberto Giraldo, celebró la Eucaristía con los fieles de su archidiócesis.

Durante la homilía, Monseñor Giraldo recordó que «la consagración al Sagrado Corazón no es una fórmula vacía; es un compromiso muy concreto y muy real con el país. Con ella colocamos una base de respuesta a todas las angustias que vive Colombia» y agregó que «el Papa Juan Pablo II explica el sentido actual de la consagración al Corazón de Jesús como un compromiso con la construcción de la “Civilización del Amor”». Civilización inspirada en el Evangelio del perdón, la misericordia y la reconciliación. Y para lograr esta tarea, como señaló ya el día del Corpus Christi, los colombianos deben colocar al Señor Jesús en el primer lugar y, desde allí, empezar a construir nuestras personas, nuestras familias, nuestra ciudad, nuestro país.

El genoma humano confirma la dignidad del hombre desde su concepción

Haciéndose eco de la actualidad y difusión que ha tenido el reciente descubrimiento del mapa genético humano, el presidente de la Sociedad Valenciana de Bioética, José Hernández Yago, aseguró que este nuevo paso en el conocimiento del genoma humano demuestra inequívocamente que en el momento de la fecundación del óvulo con el espermatozoide surge un ser humano con todo el genoma completo. La primera célula del ser humano «contiene ya completo el genoma que informará su desarrollo posterior y nada más se añadirá a la cadena genética durante el resto de su vida» y, por tanto, si hemos de respetar al ser humano, hemos de hacerlo desde el primer momento porque la vida humana se puede llamar tal desde la fecundación. No hay discontinuidad en ningún momento sino que, desde entonces, la vida es un proceso del mismo y único ser. Señaló Hernández Yago la importancia histórica de este hallazgo, que puede suponer una revolución en la medicina preventiva, pero advirtió sobre las grandes implicaciones éticas que conlleva, así como los usos negativos que se le pueden dar, como el aborto eugenésico.

¿Escuelas católicas de Malawi enseñando el Corán?

La reforma de la educación religiosa en Malawi pretende ser un paso más en el objetivo de islamizar el país. El gobierno analiza en estos momentos la posibilidad de obligar a todas las escuelas a enseñar el Corán y las religiones tradicionales africanas dentro de una nueva asignatura de Educación Moral y Religiosa, aboliendo de esta manera las lecciones de Sagrada Escritura.

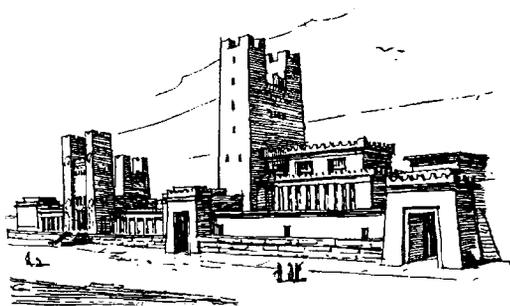
La Iglesia Católica, que ya ha enviado un memorándum de protesta contra la reforma, y el Consejo de Iglesias de Malawi piden la retirada de la reforma y el mantenimiento de la enseñanza de la Biblia. Por su parte, los adventistas defienden la abolición de ambas asignaturas mientras que los animistas, seguidores de las religiones tradicionales de África, exigen, en caso de aceptarse, una revisión de la reforma por considerar «secretas» algunas de las enseñanzas de dichas religiones. Finalmente, la Asociación Musulmana, última de las confesiones implicadas, mantiene que la Educación Moral y Religiosa debe ser la única posible dentro del estado.

En la última reunión de la Comisión de Consulta Nacional, se alcanzó un acuerdo para hacer opcionales ambas asignaturas. Estos acontecimientos resultan más sorprendentes aún si tenemos en cuenta que Malawi tiene una población de 10 millones de habitantes, de los que un 64,5% son cristianos mientras que sólo el 16 % son musulmanes y el resto, animistas.

Abundancia de vocaciones en Sudáfrica y Rusia

Por primera vez en su historia, Sudáfrica ha contado este año con más de 500 seminaristas. El incremento de vocaciones supone para la Iglesia local el reto de ampliar y renovar sus estructuras de formación para dar cabida a todos los jóvenes que quieren prepararse para el sacerdocio y que actualmente se reparten entre el instituto San Francisco Javier, el seminario de San Juan Vianney y el de San Pedro, éstos dos últimos al límite de su capacidad.

También en Rusia, país en el que los católicos son una minoría de 500 000 fieles frente a una población de 145 millones de habitantes, las vocaciones sacerdotales van en aumento. En 1995, había 30 aspirantes al sacerdocio, mientras que en la actualidad la cifra asciende a 75, provenientes de las cuatro administraciones apostólicas rusas (Moscú, Saratov, Novosibirsk e Irkutsk), además de otros 25 que proceden de congregaciones religiosas.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Jerusalén, escollo en las negociaciones israelo-palestinas

Tras dos semanas de negociaciones en Camp David entre las delegaciones encabezadas por Barak y Arafat han sido muchos los obstáculos que se han superado. Los palestinos están dispuestos a conceder a Israel suficientes territorios como para que pueda mantener bajo su soberanía hasta un 80% de sus colonos a cambio de ceder algo de terreno en el desierto del Neguev para así aliviar la superpoblación de Gaza. Asimismo los palestinos se contentarían con unas meras medidas simbólicas en lo que concierne al retorno de los refugiados a sus hogares: varios miles podrían volver aprovechando el derecho al reagrupamiento familiar, los casi tres millones y medio restantes tendrían que contentarse con una indemnización a cargo de la ONU. La cuestión del agua, el mantenimiento de parte del desierto de Judea en manos israelíes e incluso la aceptación de un Estado palestino son cuestiones sobre las que existe un razonable consenso. Pero el último muro infranqueable tiene un nombre: Jerusalén, la Ciudad Santa.

Si para los judíos el valor de Jerusalén es evidente, Arafat ha afirmado con total claridad que todavía «no ha nacido el líder árabe dispuesto a renunciar a Jerusalén». La ciudad antigua, bajo soberanía israelí desde 1967, con sus cuatro barrios (judío, musulmán, cristiano y armenio) y alrededor de 15.000 vecinos es el centro de la disputa. La reunión del Muro de las Lamentaciones, el Santo Sepulcro y las mezquitas de Al Aqsa y Omar en un mismo perímetro se traducen en una carga simbólica única y explosiva.

«Escúchanos, oh Dios, escúchanos y preserva la tierra en las manos del pueblo de Israel e impide y frustra los planes de todos aquellos que planean incluso dar una pequeña parte de tierra a los extranjeros». Esta oración, compuesta por el rabino Mordechai Eliyahu, quien está al frente del Tribunal Rabínico de Israel, y que deberán repetir a diario todos los fieles, hasta nueva orden, cuando se levanten, como parte integrante de la rutinaria *amida*, ilustra bien la tensión existente. El rabino Eliyahu, cercano al Partido Nacional Religioso, es un destacado exponente del sionismo religioso y ya saltó a las primeras páginas de la prensa por reclamar a Hafez el-Assad la entrega de la ciudad de Damasco como parte integrante de la

Tierra Prometida. Además, el rabino ha pedido que los judíos enciendan dos velas suplementarias y reciten ante ellas otra oración en la que se reclama a Dios que «frustre los consejos y dañe los proyectos de todos aquellos que planeen un endiablado plan contra tu nación la casa de Israel».

El contrapunto a la ofensiva sionista-religiosa ha llegado desde el rezo que el imán Yusef Salameh efectuó desde la mezquita de Al Aqsa: «Os digo a todos vosotros que estamos aquí desde hace más de 5.000 años y que Jerusalén es la única capital para los palestinos. Jerusalén siempre será una ciudad árabe y palestina». Por otro lado, el muftí de Jerusalén ha declarado una *fatwa* (edicto religioso) por la que se prohíbe a los refugiados palestinos aceptar cualquier compensación que no suponga el regreso a sus hogares. El jeque Ikrima Sabri declaró a la prensa que el decreto religioso está basado en una antigua *fatwa* de las «autoridades islámicas en los años treinta en la que se prohibía formalmente toda venta de terrenos en Palestina». «El refugiado no tiene derecho a aceptar compensaciones, ya que sería como vender su tierra, lo que supondría violar el islam y la charia en virtud de los cuales Palestina es una tierra sagrada», explicó el muftí.

Ante esta cruce de declaraciones, la voz de la Iglesia también se ha querido alzar, recordando, en palabras del obispo auxiliar católico de Jerusalén, Kamel Batish, que «hay que respetar la naturaleza de la ciudad antigua de Jerusalén, que es la capital de Dios, y por tanto indivisible». Juan Pablo II también ha reiterado la posición tradicional de la Iglesia al afirmar que «la Santa Sede continúa pensando que sólo un estatuto especial internacionalmente garantizado podrá preservar efectivamente las partes más sagradas de la Ciudad Santa y asegurar la libertad de fe y de culto para todos los fieles que, en la región y en el mundo entero, ven Jerusalén como una encrucijada de paz y convivencia».

La salida a este laberinto es complicada y humanamente raya lo imposible. Hay que tener en cuenta que cualquier acuerdo debe ser ratificado posteriormente en referéndum para adquirir validez, algo cada vez más difícil. Las últimas encuestas realizadas en Israel indican que, en caso de elecciones anticipadas, Netanyahu vencería a Barak, quien vería descender sus apoyos hasta sólo un 36%. Conseguir apoyo popular a la cesión de parte de Jerusalén parece

poco probable, pero también es cierto que, en caso de fracaso en las negociaciones, el futuro se vislumbra conflictivo.

El ambiente del mundo árabe es de renovado nacionalismo y militarismo: Saddam Hussein ha sobrevivido victoriosamente a las sanciones norteamericanas, el príncipe regente Abdalah ibn-Saud de Arabia se acerca a un Irán modernizado y respetable, a punto de convertirse en potencia nuclear. El petróleo bate récords; Siria, con un relevo en el poder nada traumático, rechaza todo compromiso con Israel, y el Hizbolah libanés se presenta como vencedor de una epopeya histórica en la que el Estado judío ha sido finalmente humillado. En estas condiciones, un fracaso en las negociaciones dejaría a la Autoridad Palestina en una situación incontrolable que podría inaugurar una nueva etapa de conflictos armados.

Acaban 71 años de gobierno del PRI en México

La derrota de Francisco Labastida, candidato del PRI, a manos de Vicente Fox, el candidato del opositor PAN, ha supuesto el final de una época marcada por la hegemonía de un partido que se ha adueñado del Estado y que ha hecho de la convivencia con unos índices altísimos de corrupción una de sus marcas personales.

Fundado en 1929 por diversos caudillos revolucionarios que buscaban terminar las endémicas luchas de la Revolución mexicana y, de este modo, repartirse el poder, el PRI fue un partido de marcada impronta masónica y anticlerical. Esa hostilidad respecto a la Iglesia se transformó, a partir de la visita papal de 1991, en reconocimiento oficial e incluso apoyo a algunas obras católicas por parte de un partido cada vez más dividido entre diferentes familias y corrientes.

El PAN, que nació como oposición católica a la Revolución, ha vivido su peculiar «camino hacia el centro» durante los últimos años. Desplazando el peso del partido de las bases católicas de Guadalajara, centro del levantamiento cristero, hacia el Norte industrial, moderno y pro-estadounidense, el PAN se ha presentado cada vez más como un partido liberal con un líder como Fox, emprendedor, ex presidente de Coca-Cola en México, divorciado y proclive a una mayor integración con Estados Unidos. Con todo, este nuevo PAN mantiene una postura firme contra el aborto y parece más abierto a normalizar las relaciones con la Iglesia que el PRI. Fox, en su campaña electoral, prometió que, si ganaba las elecciones, se comprometería a respetar e impulsar la libertad religiosa y la familia.

Una de las incógnitas que surgen es acerca de la capacidad del PAN de dirigir un país que ve cómo sus estructuras, estrechamente ligadas al PRI, se desmoronan. El riesgo existe, pero la victoria de Fox no ha sido un hecho

aislado, sino que es el final de un largo proceso que ha llevado al PAN al gobierno en 11 estados, entre los que se cuentan los de mayor peso y dinamismo.

El descenso del PRI también ha sido progresivo, con un 50,3% de los votos a la presidencia en 1988, el 48,3% en 1994 y el 35,7% el pasado 2 de julio. Una parte importante de las élites, en muchos casos caciquiles, que en su día apoyaron al PRI se han ido pasando al PAN, sin contar a las nuevas élites, mucho más ligadas a los Estados Unidos, que han apostado por una renovación a través del PAN.

Resta, pues, por ver cómo será el nuevo gobierno panista y si sabrá estabilizar un país repleto de incógnitas. Esperando ver cómo será la evolución sí podemos prever que la influencia norteamericana en México será mayor y que la Iglesia verá desaparecer algunas de las trabas que todavía limitaban su acción (los santos mexicanos, recientemente canonizados, están teniendo un protagonismo especial en este proceso). También es probable que, como en *El Gatopardo*, todo tenga que cambiar para que todo continúe igual, al menos en su esencia liberal, consiguiendo el PAN la paradoja de institucionalizar definitivamente la revolución. Y es que, como dijo Chesterton, los conservadores son aquellos que evitan que los errores de los revolucionarios sean corregidos.

Indonesia: nueva limpieza étnica en las Molucas

El caso de Timor Oriental se repite en las islas Molucas. Ante la pasividad internacional, milicias musulmanas se dedican a la matanza de cristianos impunemente. Las fuerzas armadas indonesias, una vez más, apoyan a los más de tres mil hombres de Laskar Jihad, el movimiento paramilitar islamista infiltrado en el archipiélago. Llegan noticias del asesinato de cientos de personas, incluyendo mujeres y niños, y varias iglesias y otras instituciones vitales, como el campus de la Universidad Cristiana, han sido quemados y destruidos. Son ya 70.000 los cristianos que han abandonado la isla de Ambon.

Ante la repetición de la tragedia, una vez más silenciada por una prensa sospechosamente selectiva, ¿dónde está, por enésima vez, la ONU? ¿Qué dicen aquellos que sostenían que se había abierto una nueva era, la de las injerencias por motivos humanitarios? ¿Dónde están los aviones que «protejan» a la población kosovar de la agresión serbia? ¿Es qué no van a proteger a los cristianos de Ambon de la agresión indonesia? Por lo que parece, los moluqueños, cristianos, lejanos y sin petróleo no merecen la atención de Occidente, demasiado ocupado en maquillar su egoísta política exterior y en preservar su riqueza a salvo en su fortaleza asediada por los bárbaros de más allá del limes occidental.

CRISTIANDAD hace cincuenta años

El poder espiritual y el poder temporal

J. M^a P. S.

En agosto de 1950, bajo la dirección minuciosa de Tomás Lamarca, la revista dedicaba un número monográfico al tema de la Cristiandad medieval, en particular a tratar la obra que, arrancando de la regla de san Benito –declarado patrón de Europa–, y plasmada en las abadías benedictinas, fue especialmente influyente a partir de la reforma de Cluny. No todos los duques, reyes o emperadores fueron siempre como el emperador san Enrique. La «lucha de las investiduras» fue una lucha característica de esta época y fue definitivamente juzgada por el gran Papa san Gregorio VII, el célebre monje cluniacense Hildebrando. Esta es una cuestión histórica que parece hoy inexistente.

Pero ¿se ha pensado en el planteamiento doctrinal que ello implicaba? ¿Se han aceptado los principios que resolvieron aquel conflicto? Esta era la cuestión –de constante actualidad– que se planteaba en aquel número de CRISTIANDAD un artículo titulado «La lucha de las investiduras» cuyos textos más significativos se sacaban de una obra del que fuera cardenal Luis Billot, S.I. Su contenido resulta también hoy de gran actualidad para entender la, siempre incomprendida, doctrina tradicional católica en la manera de juzgar las relaciones entre el poder espiritual detentado por la Iglesia y el poder temporal o civil. Lo transcribimos hoy, a los cincuenta años, en sus párrafos más significativos.

LA LUCHA DE LAS INVESTIDURAS

«No es nada extraño que los malos sacerdotes hagan causa común con un rey impío; pues, habiendo recibido de este rey sus honores de un modo ilegítimo le sirven y le temen a un tiempo; y, al consentir en las ordenaciones simoníacas, venden, podríamos decir, a Dios por precio vil.

»Como los elegidos están indisolublemente unidos a su Cabeza, así los perversos, cuando se trata sobre todo de coligarse contra los buenos, se agrupan pertinazmente alrededor del que es principio del mal»

Estas palabras del Papa Gregorio VII en carta a Hermann, obispo de Metz, precisan un aspecto fundamental de aquella lucha entre el pontificado y los poderes seculares, que llenó casi todo el siglo XI.

Se ha observado con acierto que, mientras no han escaseado los elogios tributados por los historiadores a la obra de reforma emprendida principalmente por los cluniacenses y encarnada gloriosamente en aquel gran Papa, por el contrario, ha sido por muchos presentado su pontificado –incluso por muchos de los que le elogian en aquel sentido– como caracterizado por una política de odiosa aspiración a un dominio universal, en lo temporal. Gregorio VII habría sido, según los que así escriben, uno de los más eficaces creadores de la «teocracia» medieval.

«Los malos sacerdotes se coligaban con los reyes impíos», «como los malos al principio del mal». La Historia prueba que no es calumniosa esta apreciación.

Es conocida en sus términos generales la llamada «cues-

tión de las investiduras»; sólo queremos subrayar de nuevo que la enseñanza que de aquella situación se desprende es que precisamente aquella indebida subordinación de la Iglesia a los señores temporales era la principal causa de la simonía y de la consiguiente corrupción del clero.

Esto nos llevará a comprender la conveniencia y urgencia de que la Iglesia luchase por su libertad y se enfrentase, para recobrarla, contra el Imperio y los reyes. Pero tal vez no dejaremos de preguntarnos: ¿por qué no se esforzaron los Papas de la Edad Media en libertar a la Iglesia, sin tratar, a la vez, de vindicar para sí la supremacía sobre los reyes? ¿No había un término medio entre el César-papismo de los Emperadores alemanes y la «teocracia» de Gregorio VII?

«Es necesario –dice Suárez– que estas dos potestades guarden entre sí algún orden; de otro modo no podría conservarse en la Iglesia la paz y la unidad. Frecuentemente, las utilidades temporales repugnan a las espirituales y, por tanto, o se dará una guerra justa entre ambas potestades, o es necesario, para que todo se ordene rectamente, que una de ellas ceda a la otra. Por tanto, o el poder espiritual se someterá al temporal, o lo contrario. Lo primero no puede decirse ni pensarse según la recta razón, porque todas las cosas temporales deben subordinarse al fin espiritual. Luego, por el contrario, hay que decir que el poder temporal debe estar sujeto al espiritual, para que no se desvíe de su fin.»

Este texto del Doctor Eximio —citado por el P. Billot, S.I., en su tratado «De Ecclesia Christi» (*Pars tertia*, q. XVIII) como argumento central para defender la doctrina del poder indirecto sobre la sociedad civil— proyecta un rayo potente de luz para plantear y resolver debidamente la cuestión que aludimos.

(...)

Y dice también el P. Billot:

«Esto es lo que acerca del poder indirecto de la Iglesia sobre los príncipes como tales, se desprende certísimamente de las palabras de Cristo nuestro Dios y Señor, cuando, al instituir la Iglesia misma, ordenaba que fuese Pedro su cabeza suprema, y le confiaba el cuidado de toda su grey. Esto es lo que por otra parte se ve convenir en todo al recto orden, porque así como es debido que el cuerpo se someta al alma y las cosas temporales se sometan y subordinen a las eternas, así es necesario que en la Iglesia de Cristo, el poder político esté sometido al poder sacerdotal, para ser por éste dirigido al fin de la bienaventuranza eterna, y en cuanto se aparte de este fin sea enmendado y corregido. Esto es, finalmente, lo que tan constante y unánimemente han sentido los teólogos y ha sido confirmado solemnemente por el uso y la práctica de los Sumos Pontífices, principalmente, y también de los concilios ecuménicos, que la opi-

nión contraria, según testimonio de Belarmino, mejor que opinión debe ser llamada *antigua herejía*.

»El mismo Belarmino invoca más de setenta autores en el prefacio de su tratado contra Guillermo Barclai, entre los que sobresalen, entre los italianos, Santo Tomás, San Buenaventura, Egidio Romano, San Antonino, Cayetano; entre los franceses, San Bernardo, Durando; entre los españoles, San Raimundo, Torquemada, Soto, Báñez, Valencia, Molina; de Alemania, Hugo de San Víctor, Enrique de Gante, Dionisio Cartujano, etc.; entre los ingleses, Alejandro de Hales, Tomás Valdense, Reginaldo Polo, etc. Además, refiere ilustres hechos de la historia de la Iglesia, de nadie desconocidos, y que, por tanto, no es necesario aquí mencionar de modo especial.

»Todo lo cual, si consideramos bien, fácilmente veremos qué hay que sentir de la explicación propuesta por algunos católico-liberales de fin de siglo XIX. Los cuales, como no se atreviesen directamente a contradecir a tales autoridades y a acusar a los Papas de abuso y de inicua usurpación de poder, dijeron que éstos ejercieron justificadamente su juicio en las cosas políticas, pero esto no en virtud de la autoridad pontificia, sino sólo por el

derecho público vigente entonces en Europa, es decir, por razón del consentimiento expreso o tácito de los pueblos cristianos, que habían instituido así al Romano Pontífice en supremo moderador, incluso del orden político.»

(...)

«Por lo demás, ¿qué cosa más inaudita en toda la tradición antigua, que este inepto recurso al derecho público de la Edad Media? Y digo inepto, porque así ni siquiera tiene sentido ya la distinción entre el poder directo y el indirecto, universalmente aceptada por los teólogos. Porque el poder indirecto en las cosas temporales no se entiende si no es en sí espiritual y extendiéndose a las cosas temporales, no por sí mismas, sino en cuanto que se relacionan a las espirituales.»

(...)

«Es, pues, necesario que una espada esté bajo la otra y la autoridad temporal sometida a la espiritual, porque ambas potestades vienen de Dios y lo que de Dios procede debe estar ordenado. Por lo que el que resiste a esta ordenación resiste a la ordenación de Dios, a no ser que finja que son dos principios distintos, uno del que procede el poder espiritual y otro origen del temporal, lo cual sería maniqueísmo. Decía la Bula *Unam sanctam* del Papa Bonifacio VIII, de 18 de noviembre de 1302: «En la sociedad cristiana se requiere una doble potestad, o dos espadas, la temporal y

la espiritual: pero el poder temporal hay que ejercerlo en servicio de la Iglesia; el espiritual lo ejerce la Iglesia misma. Éste se ejerce por los sacerdotes, aquél por los reyes y señores bajo la dirección del sacerdote... Por tanto, declaramos, decimos, definimos y pronunciamos que es absolutamente necesario para la salvación que toda criatura humana se someta al Romano Pontífice.

»Así, pues, estos intentos de explicación son de ningún valor y no aprovechan otra cosa que el nunca bastante deplorado temor a la verdad íntegra: lo cual es la enfermedad propia de los católicos liberales. Pues el virus revolucionario ha irreficionado de tal modo las inteligencias de nuestros contemporáneos, que a la mayoría les parecen paradojas ridículas los principios «teocráticos» acerca de la subordinación del orden político al religioso; o donde viene que no se atreven a resistir y busquen paliativos, creyendo que de ningún otro modo se puede tomar la defensa de los tiempos pretéritos, como no sea legitimando por el contingente y mudable derecho humano aquellos ilustres hechos de la historia de la Iglesia que repugnan a las ideas y prejuicios modernos. Pero esto es avergonzarse del Evangelio. Dios nos guarde de este pecado.»

